EL PROCLAMADOR - LA IDA

ROBERT SILVERBERG

albia ficción

Robert SILVERBERG

EL PROCLAMADOR

LA IDA



LIBROdot.com

http://www.librodot.com

EL PROCLAMADOR

1
LUZ DE LUNA, LUZ DE ESTRELLAS, LUZ DE ANTORCHAS

¿Cuánto durará esta noche? La oscuridad, aunque atravesada por la luz de la luna, las estrellas y las antorchas, es densa y tangible. Cantan, entonan himnos en el valle. El humo amargo de las teas asciende a lo alto de la colina donde está Tomás flanqueado por sus más íntimos seguidores. Fragmentos de viejos himnos bailan entre los árboles: «Roca de las edades, hendida para mí.» «Oh, Dios, nuestra Ayuda en edades pasadas.» «Jesús, Amante de mi alma, déjame volar a Tu Seno.» Tomás es el centro de toda atención. Una especie de atmósfera invisible rodea su figura fornida y poderosa, un resplandor imperceptible, crepitante, eléctrico. Saúl Kraft, a su lado, parece eclipsado y oscurecido, un hombre pequeño y aparentemente frágil, ensombrecido ahora, pero en absoluto insignificante respecto a los acontecimientos de esta noche. «Más cerca, mi Dios, de Ti.» Tomás empieza a entonar la melodía a media voz, luego a cantar. Su voz, aunque profunda y mágica, una voz verdaderamente carismática, da tumbos al azar, de tono en tono: El profeta no tiene oído para la música. Kraft sonríe agriamente escuchando los desconsolados sones de Tomás.

Guarda, cuéntanos de la noche.
Sus señales de promesa, ¿cuáles son?
Viajante, detrás de las altas montañas
mira la estrella brillante de gloria.

Ásperos gritos desde abajo. De vez en cuando, sollozos y fuertes golpes de tos. ¿Qué hora es? Una hora avanzada. Tomás pasa las manos por su largo pelo enredado; tira, atusa, estira las hebras hacia sus gruesos hombros. El gesto conocido, amado por las multitudes. Se pregunta si debería presentarse. Están clamando su nombre; oye los gritos rítmicos que taladran la maraña de himnos en discordia. *¡To-más! ¡To-más! ¡To-más!* La histeria en sus voces. Quieren que se presente ya y extienda los brazos y haga moverse los cielos de nuevo, exactamente como los hizo detenerse. Pero Tomás se resiste a ese gesto grande pero vacío. ¡Qué fácil es desempeñar el papel de profeta! De todos modos, él no causó la detención de los cielos, y sabe que no puede hacerlos andar otra vez. No por su propia voluntad, en cualquier caso.

-¿Qué hora es? -pregunta.

-Las diez menos cuarto -le dice Kraft. Y añade, después de pensar un momento-: de la noche.

Así que el plazo de veinticuatro horas casi ha terminado. Y todavía el cielo está en suspenso, helado. ¿Y qué, Tomás? ¿No es lo que pediste? Poneos de rodillas, gritaste, y rogadle a Él que os dé una señal, para que podamos saber que Él está todavía con nosotros, en ésta nuestra hora de necesidad. Y rendir hacia Él una gran voz. Y la gente se arrodilló por todas

las tierras. Y rogaron. Y gritaron. Y fue dada la señal. ¿Por qué, entonces, este presentimiento ominoso? ¿Por qué estos miedos? Seguro que pasará esta noche. Mira a Kraft. Que sonríe serenamente. Kraft nunca ha experimentado ninguna duda. Esos ojos fríos, esos labios delgados, tersos, la expresión fija de tranquilidad.

-Debes hablarles -dice Kraft.

-No tengo nada que decir.

-Unas pocas palabras de consuelo.

-Vamos a ver qué pasa primero. ¿Qué puedo decirles ahora?

-¿Vaciado de palabras, Tomás? ¿Tú que has tenido tanto que proclamar?

Tomás se encoge de hombros. Hay veces que Kraft le pone furioso: Ese pequeñín, pinchándole, incitándole, maquinando intrigas, sin parar, siempre empujando esta Cruzada hacia algún fin determinado o sólo comprendido por Kraft. La intensidad de la fe de Kraft agota a Tomás. Molesto, el profeta le vuelve la espalda. Tomás ve incendios esparcidos por el horizonte. ¿Reuniones para rezar? ¿O son motines? Fijando la vista en los lejanos fuegos, Tomás da unos golpes distraídos en el sintonizador de la radio que hay delante de él.

-... Completando el transcurso sin precedente de veinticuatro horas de luz de día continua en la mayor parte del hemisferio oriental, un amanecer interminable sobre el Cercano Oriente y un mediodía interminable sobre Siberia, la China oriental, las Filipinas e Indonesia. Mientras tanto la Europa occidental y las Américas inmovilizadas bajo una noche interminable.

-... Entonces Josué habló a Jehová el día que Jehová entregó al Amorrhéo delante de los hijos de Israel, y dijo en presencia de los israelitas: Sol, detente en Gabaón, y tú, Luna, en el valle de Ajalón. Y el sol se detuvo, y la luna se paró hasta tanto que la gente se hubo vengado de sus enemigos. ¿No está esto escrito en el libro de Jasher? Y el sol se paró en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse durante casi un día entero...

-... Una culminación asombrosa, aparentemente de la campaña encabezada por Tomás Davidson de Reno, Nevada, conocido popularmente como Tomás el Proclamador. Barbudo, con melena larga, este autoelegido Apóstol de la Paz, llevó al climax ayer su Cruzada de la Fe con el programa mundial de oraciones simultáneas que parece que han sido la causa de...

Guarda, ¿predice su rayo hermoso
alguna felicidad, alguna esperanza?
Viajante, nos acerca el día,
el día prometido de Israel.

Kraft dice severamente:

-¿Oyes lo que cantan, Tomás? Tienes que hablarles. Tú les metiste en esto y quieren que les digas cómo vas a sacarles ahora.

-Todavía no, Saúl.

-No debes dejar que tu momento se te escape. Muéstrales que Dios todavía habla por ti.

-Cuando Dios esté dispuesto a hablar otra vez -dice Tomás fríamente- dejaré que surjan Sus palabras. No antes. -Mira con odio a Kraft y empuja el botón para cambiar de estación.

-... Reuniones continuadas en Washington, pero todavía sin boletín

oficial. Mientras tanto, en las Naciones Unidas...

-... He aquí que viene con las nubes, y todo ojo lo verá, y los que lo traspasaron; y todos los linajes de la tierra se lamentarán sobre él. Así sea. Amén.

-... Incidentes de saqueo en Caracas, Ciudad de México, Oakland y Vancouver. Pero en la mitad del mundo con luz de día, la violencia y otros incidentes destructivos han sido leves, aunque un reportaje no confirmado de Moscú...

-... ¿Y cuándo, hermanos, se detuvo el sol en su curso? A las seis de la mañana, hermanos, ¡las seis de la mañana, hora de Jerusalén! ¿Y en qué fecha, hermanos? Pues, el seis de junio, ¡el sexto día del sexto mes! *¡Seis-seis-seis!* ¿Y qué nos cuentan las Sagradas Escrituras, mis bienqueridos hermanos, en el capítulo trece del Libro de la Revelación? Que una bestia subirá del mar, con siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cuernos diez diademas, y sobre las cabezas el nombre de blasfemia. Y el Libro Sagrado nos cuenta el número de la bestia, hermanos, y el número es seiscientos sesenta y seis, en el que vemos otra vez los dígitos significativos: *¡seis-seis-seis!* ¿Quién puede negar que éstos son los últimos días, y que debe estar encima de nosotros el Apocalipsis? Así en este tiempo de aflicción y de fuego mientras estamos sentados sobre este inmovilizado planeta esperando Su juicio, debemos...

-... El último reportaje del observatorio reconfirma que ninguno de los efectos apreciables del ímpetu se podrían detectar mientras la Tierra se desplazó hacia su actual período de rotación. Los científicos están de acuerdo cuando afirman que la súbita disminución de la velocidad del mundo sobre su eje debería de haber producido una catástrofe global culminando, quizá, en la destrucción de toda vida. Sin embargo, nada salvo alteraciones menores de la marea se han registrado hasta ahora. Hace dos horas, tuvimos una entrevista con el Consejero científico del Presidente, Ray Bartell, quien nos dio el siguiente informe:

«Los cálculos demuestran ahora que el período de rotación de la Tierra y el período de revolución se han igualado de repente; o sea, la duración del día y la del año es la misma. Esto inmoviliza la Tierra en su actual posición con respecto al Sol, de modo que el lado de la Tierra que ahora disfruta de la luz del día seguirá así indefinidamente, mientras que el otro lado se quedará bajo la noche permanente. Otros efectos del retraso que se hubieran esperado incluyen la inundación de las zonas litorales, el derrumbe de la mayoría de los edificios, y una serie de terremotos y erupciones de volcanes, pero nada de eso parece haber ocurrido. Por el momento, no tenemos una explicación racional de todo esto, y confieso que es una gran tentación decir que Tomás el Proclamador se lo debía de haber ingeniado para conseguirse el milagro, porque aparentemente no hay otra manera de...»

-... Yo soy Alfa y Omega, el principio y el fin, dice el Señor, que es, y que era, y que ha de venir, el Todopoderoso.

Con un rabioso golpe del dedo, Tomás silencia todas las voces alborotadas de la radio. ¡Alfa y Omega! ¡Basura de los apocalipsistas! ¡Las boberías de predicadores histéricos saliendo a chorros de mil transmisores, envenenando el aire! Tomás odia a todos estos pregoneros del juicio final. Ninguno de ellos sabe nada. Nadie entiende. Su garganta se llena de una turbulencia de enfurecidas palabras incoherentes; casi le ahogan. Un sabor cobrizo de denuncias. Otra vez Kraft insiste en que hable; Tomás le echa una

mirada colérica. ¿Por qué no habla Kraft mismo, una vez siquiera? Es un creyente más verdadero que yo. Él es el auténtico profeta. Pero claro, la idea es ridicula. Kraft no es elocuente, no tiene fuego. Sólo ideas y visiones. Dejaría a todos hechos astillas de aburrimiento. Tomás se rinde. Señala con los dedos.

-El micrófono -susurra-. Dame el micrófono.

Entre su cortejo hay una excitación agitada.

-¡Quiere el micrófono! -susurran-. ¡Dale el micrófono! -Mucha actividad entre los técnicos.

Kraft le entrega una placa de metal frío, apretándoselo en la mano del Proclamador. Hace una mueca, guiña el ojo.

-Hazles volar el corazón -murmura-. ¡Mándales en viaje! Todos esperan. En el valle las antorchas suben y bajan, serpentean; ¿han empezado a bailar allí abajo? Arriba, la luna picada mantiene agarrado su rincón del cielo en un apretado frío abrazo. Las estrellas están encadenadas en su sitio. Tomás respira profundamente, deja viajar el aire hacia adentro, hacia arriba, surgiendo hasta los apartados huecos de su cráneo. Espera a que le llegue el buen mareo, el boyante vigor que le suelta la lengua. Piensa que está listo ya para hablar. Escucha el canto desesperado: *¡To-más! ¡To-más! ¡To-más!* Ha pasado más de la mitad del día desde su última declaración pública. Está tenso, vacío; ha ayunado durante este Día de la Señal y, por supuesto, no ha dormido. Nadie ha dormido.

-Amigos -comienza-. Amigos, soy Tomás.

Los amplificadores lanzan su voz. Mil altavoces que flotan en el aire recogen sus palabras que rebotan a través del valle, repercuten como ecos mellados. Oye gritos, chillidos espantosos; su propio nombre sube hacia él con distorsiones borrosas: *¡Too-mús! ¡Too-mús! ¡Too-mús!*

-Casi un día entero ha transcurrido -dice- desde que el Señor nos dio la Señal que pedimos. Para nosotros ha sido un largo día de oscuridad, y para otros ha sido un día de extraña luz, y para todos ha habido miedo. Pero esto os digo ahora: NO... TENGÁIS... MIEDO. Porque el Señor es bueno y nosotros somos del Señor.

Ahora, pausa. No sólo para el efecto: Su garganta está rabiosa. Hace señas furiosas y Kraft, ceñudo, le entrega un frasco. Tomás toma un gran trago del buen vino rojo, fresco, fuerte. Ah. Echa una mirada hacia la pantalla que está a su lado, la imagen del videocaptor retransmitida desde el valle. ¡Qué locura allí abajo! Frenéticos, ojos saltones, sudados locos, medio desnudos y más, giran, saltan. Clamando su nombre, invocándole como si fuera divino. *¡Too-mús! ¡Too-mús!*

-Hay los que os dicen ahora -sigue Tomás- que el fin de los días está a mano, que ha venido el día del juicio. Hablan de Apocalipsis y la ira de Dios. ¿Y qué digo yo a eso? Digo: NO... TENGÁIS... MIEDO. El Señor Dios es el Dios de la misericordia. Le pedimos una Señal y fue dada una Señal. ¿No debemos alegrarnos por eso? Ahora podemos estar seguros de Su Presencia y de Su consejo. No hagáis caso a los anunciadores del juicio final. Dejad el miedo atrás. ¡Vivimos ahora en el amor de Dios!

Tomás para de nuevo. Por primera vez, que se acuerde, siente que no domina a su público. ¿Hay algo de comunicación? ¿Está tocando la cuerda sensible? ¿O ya ha empezado a perderlos? Quizá fue un error dejar que Kraft le molestara hasta hacerle hablar antes de tiempo. Pensaba que estaba listo. Quizá no. Ahora ve que Kraft le mira fijamente, horrorizado, haciéndole

gestos para que hable, diciéndole silenciosamente: ¡De una vez, tienes que seguir hablando ahora, anda! La confianza de Tomás se tambalea un momento, el terror inunda su alma, porque sabe que si falla en este punto, bien puede ser destruido por las mismas fuerzas que él ha desencadenado. Vacilando al borde del abismo, busca desesperado su acostumbrada confianza. ¿Dónde está esa columna inflexible de palabras que siempre surge espontáneamente de sus entrañas? Otro trago de vino, rápido. Bien. Kraft, frotándose las manos, nervioso, intenta una sonrisa para animarle. Tomás tira de su pelo. Endereza los hombros, saca el pecho. ¡No tengáis miedo! Siente que le vuelve el control después del lapso aterrador. Son suyos, todos los que escuchan. Siempre han sido suyos. ¿Qué están clamando ahora en el valle? Ya no su nombre; algún grito nuevo. Pone tenso el oído para entender. Dos palabras. ¿Qué son? *¡De-dol! ¡De-dol! ¡De-dol!* ¿Qué? *¡De-dol! ¡De-dol! ¡De-dol! ¡To-mús, de-dol!* ¿Qué? ¿Qué?

-El sol -dice Kraft.

¿El sol? Sí. Quieren el sol.

-¡El sol! ¡El sol! ¡El sol!

-El sol -Tomás dice-. Sí. Hoy el sol se queda quieto, como nuestra Señal de Él. ¡NO TENGÁIS MIEDO! Un largo amanecer sobre Jerusalén ha decretado Él, y una larga noche para nosotros, pero no tan, tan larga, y pronto transcurrirá. -Tomás nota surgir el poder al fin. Kraft asiente con la cabeza, mirándole, y Tomás hace lo mismo y escupe un chorro de vino a los pies de Kraft. Está consciente de ese sentimiento de riesgo donde encuentra la alegría de profetizar. Yo pondré de manifiesto lo que veo, y confiaré en Dios, que Él lo haga real. Ese sentimiento del riesgo aceptado, del triunfo sobre la duda. Con calma dice:- Terminará el Día de la Señal dentro de unos minutos. Una vez más el mundo girará, y la luna y las estrellas se moverán cruzando el cielo. Ahora, bajad vuestras antorchas, e iros a casa y ofreced alegres oraciones de gratitud a Dios, porque pasará esta noche, y vendrá el amanecer a la hora designada.

¿Cómo sabes, Tomás? ¿Por qué estás tan seguro?

Entrega el micrófono a Saúl Kraft y pide más vino. A su alrededor, hay caras tensas, ojos rígidos, mandíbulas encajadas. Tomás sonríe. Anda de un lado a otro entre ellos, da palmadas en los hombros, les golpea los brazos, se ríe, les abraza; con guiños burlones, juguetón, mete los dedos en las costillas. ¡Confiad, vosotros que seguís mi camino! ¿No compartís mi fe en Él? Pregunta a Kraft cómo ha salido. Bien, dice Kraft, salvo ese momento incómodo en medio. Tomás le da una palmada en el hombro, tan fuerte como para aflojarle los dientes. El bueno de Saúl. Mi inspiración, mi consejero, mi guía. Tomás empuja su frasco hacia la cara de Kraft. Kraft lo rechaza con la cabeza. Es quisquilloso en cuanto al beber, en cuanto al decoro en general, tan decoroso es él como Tomás malafamado. Tienes mala opinión de mí, ¿verdad, Saúl? Pero te hace falta mi carisma. Necesitas de mi energía y de mi voz grande y alta. Qué pena, Saúl, que los profetas no sean tan limpios y domesticados como te gustaría que fueran.

-Las diez -dice alguien.

Ahora hace veinticuatro horas que continúa esto. Una mujer dice:

-¡La luna! ¡Mira! ¿No acaba de moverse la luna?

Kraft dice:

-No podrías verlo así, a simple vista. No, es imposible. En absoluto.

-¡Pregúntale a Tomás! ¡Pregúntale!

Uno de los técnicos grita:

-¡Lo puedo sentir! ¡La Tierra está girando!

-¡Mira las estrellas!

-¡Tomás! ¡Tomás!

Se lanzan hacia él. Tomás, benigno, sereno, extendiendo las manos para tranquilizarles, les dice que él lo ha sentido también. Sí. Hay movimiento en el universo otra vez. Quizá los giros de los cuerpos celestiales son demasiado sutiles para ser percibidos con una simple mirada, quizá hará falta una hora o más para verificarlo; sin embargo él sabe, está seguro, está absolutamente seguro. El Señor ha retirado Su Señal. La Tierra gira.

-Vamos a dormir ahora -dice Tomás, contento- y saludar el amanecer con alegría.

2
EL BAILE DE LOS APOCALIPSISTAS

Durante las últimas horas de la tarde, todos los días, una banda de apocalipsistas se reúne junto a la pestilente ribera del lago Erie para bailar con la puesta del sol. Sus caras están pintadas con rayas grotescas, de pesadilla, su aspecto es bárbaro; bailan agitando brazos y piernas, con pasos espasmódicos, tambaleándose, torpes, convulsivos: la clásica danza de los muertos. Dos enormes altavoces dorados, montados como ídolos encima de astas metálicas clavadas en la tierra empapada braman ritmos abstractos desde ambos extremos. El líder del grupo está hundido hasta los muslos en las aguas contaminadas, cantando, llamándoles por señas, dirigiéndoles con ráfagas de cortos gritos:

-Pueblo... pueblo santo... pueblo escogido... pueblo bendito... pueblo perseguido. ¡Bailad!... ¡Bailad!... El fin... llega pronto... -Y ellos bailan. Dedos estirados, electrizados en el aire, codos empujando el vacío, rodillas levantadas, se lanzan hacia el lago, se retiran, avanzan, se retiran, avanzan, tres pasos adelante y dos atrás, un sí lo harás-no lo harás-sí lo harás-no lo harás, tipo de acercamiento a la salvación.

Han hecho esto siete veces por semana desde principios del año -este ominoso año terminal- pero sólo desde el Día de la Señal han atraído a un público importante. Al comienzo, durante el helado enero, nadie se preocupaba de venir a observar a una docena de locos haciendo cabriolas sobre el hielo barrido por el viento. Luego el culto empezó a tener cobertura esporádica por la televisión, y eso atrajo a unos pocos que buscaban curiosidades. Durante las noches más templadas de abril, se podía encontrar en el lago quizá treinta bailarines y veinte mirones. Pero ahora estamos en junio, el junio apocalíptico, cuando se reveló el Señor en toda Su Majestad, y los bailes de todas las noches son un acontecimiento que atrae a miles desde las afueras de Cleveland. Los cordones de policía mantienen la muchedumbre a una distancia prudente de los que bailan. Un circuito cerrado de video transmite la acción a los del público que están alejados, demasiado lejos para verlo directamente. Helicópteros de la red radiotelevisora dan vueltas encima, con las cámaras listas para el caso de que suceda algo inusual: La muerte de un bailarín, la erupción de la

muchedumbre, conversiones en masa, otro milagro, cualquier cosa. Esta noche el aire es fresco. Delicadamente borrado y empurpurado por la humosa neblina que perpetuamente torna espeso el cielo de esta región, el sol cae hacia el seno del lago. Los bailarines se mueven formando figuras frenéticas, los que están en primera línea se acercan al agua, meten los dedos, se retiran. Su líder, dando palmadas en el lago, levantando fuentes de espuma, sigue exhortándoles con la voz aguda y forzada.

-Pueblo... pueblo santo... pueblo escogido...

-¡Aleluya! ¡Aleluya!

-¡Venid y sed señalados! Pueblo bendito... pueblo perseguido... ¡Venid! ¡Sed! ¡Señalados! ¡Para! ¡El! ¡Señor!

-¡Aleluya!

Los espectadores se mueven inquietos. Algunos se dan suaves codazos, ríen tontamente. Algunos, la mirada fija, encajan los brazos cruzados y arrugan la frente. Algunos mueven los labios, rezando o maldiciendo en silenció. Algunos parecen estar tentados a arrojarse hacia adelante y unirse al baile. Algunos lo harán. Cada noche hay unos pocos que deciden tomar parte. Cada noche, también, hay algunos que intentan romper los cordones de la policía y atacar a los bailarines. Sólo en el mes de junio, siete espectadores han sufrido ataques de corazón durante el festival nocturno: cinco muertos.

-¡Siervos de Dios! -grita el hombre del agua.

-¡Aleluya! -contestan los bailadores.

-¡El año se va rápido! ¡La hora se acerca!

-¡Aleluya!

-¡La trompeta sonará! ¡Y nos salvaremos!

-¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

¡Oh, el fervor de la danza! ¡La ferocidad de las caras! Las rayas pintadas se revuelven y corren mientras el sudor invade la espesa pintura grasienta. Ahora se podrían echar brasas sobre la playa y los bailadores avanzarían de todas formas, inconscientes, dichosos. La coreografía de su fe ya les absorbe totalmente y no deja lugar a distracciones. Al fin y al cabo, queda tan poco tiempo, y se les requiere una producción tan grande de esfuerzo sagrado antes del final. Casi la mitad de junio ha pasado. Casi la mitad del año ha pasado. Se acerca enero: el amanecer del nuevo milenio, el día de la trompeta final, el momento del Apocalipsis. El primero de enero, del año 2000: quedan seis meses y medio. Y ya Él ha dado la Señal de que el fin de los días está cerca. Bailan. Por los movimientos de éxtasis viene la salvación.

-¡Temed a Dios y dadle honra, porque la hora de su Juicio ha llegado!

-¡Aleluya! ¡Amén!

-¡Y adorad a Aquél que ha hecho el cielo y la tierra, y el mar y las fuentes de las aguas!

-¡Aleluya! ¡Amén!

Bailan. La música se vuelve más intensa; espinosos estallidos de tonos ásperos tiemblan en el aire. Los espectadores empiezan a batir palmas y oscilar. Ya viene el primer converso de la noche, ahora, una mujer de edad madura, regordeta, rogando que le abran paso por el cordón de la policía. Un mecanismo eléctrico la inspecciona buscando armas escondidas y explosivos; la encuentra inocente; pasa el control y corre, tropezando, a unirse al baile.

-Porque ha llegado el gran día de Su ira ¿y quién podrá estar?

-Amén.

-¡Siervos de Dios! Sed señalados para Él y salvaos.

-Señalados... señalados. Seremos señalados... seremos salvados...

-Y vi cuatro ángeles que estaban sobre los cuatro ángulos de la tierra, deteniendo los cuatro vientos de la tierra, para que no soplase viento sobre la tierra, ni sobre la mar, ni sobre ningún árbol -el hombre del agua brama-. Y vi otro ángel que subía del nacimiento del sol, teniendo el sello de Dios vivo: y clamó con gran voz a los cuatro ángeles, a los cuales era dado hacer daño a la tierra y a la mar, diciendo: No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que señalemos a los siervos de nuestro Dios en sus frentes.

-¡Señalados! ¡Aleluya! ¡Amén!

-Y oí el número de los señalados; ciento cuarenta y cuatro mil señalados de todas las tribus de los hijos de Israel.

-¡Señalados! ¡Señalados!

-¡Venid hacia mí y sed señalados! ¡Bailad y sed señalados!

El sol cae en el lago. La mancha violeta de la puesta de sol se extiende por el horizonte. Los bailadores chillan extasiados y se lanzan hacia el agua. Se salpican unos a otros; ofrecen bautismos frenéticos; beben, arrojan lo que han bebido; beben otra vez. Rodeando a su líder. Pidiendo su bendición. Un espeso, airado susurro de los observadores. Están asqueados por esta turbulenta exhibición de fe. Un zoológico, dicen. Un espectáculo de circo. Estos fenómenos. Estos píos fenómenos. A quienes hemos venido a observar, para poder despreciarles.

¿Y si tienen razón? ¿Y si el mundo *sí* acaba el primero de enero y vamos al fuego del infierno? Imposible. Disparatado. Absurdo. Pero, sin embargo, ¿quién lo puede decir? Apenas la semana pasada, la Tierra se quedó quieta un día entero. Vivimos ahora bajo Su mano. Siempre ha sido así, pero ya no tenemos la libertad para dudarlo. Ya no podemos negar que está allá arriba, observándonos, escuchándonos, pensando en nosotros. Y si se acerca el fin de veras, como creen los locos bailarines, ¿qué debo hacer para prepararme? ¿Debo unirme al baile? Dios me ayude. Que Dios nos ayude a todos. Ahora cae la oscuridad. Mira a los locos fanáticos revolcándose en el lago.

-¡Aleluya! ¡Amén!

3
EL SUEÑO DE LA RAZÓN PRODUCE MONSTRUOS

Cuando yo tenía unos siete años, que quiere decir un día de los últimos años de la década de los sesenta, estaba jugando enfrente de la casa, una mañana de domingo, quizá cazando al acecho de unas mariquitas para mi colección de insectos, cuando tres pecosos chicos irlandeses que vivían en la manzana próxima cruzaron por allí paseando. Regresaban de la iglesia a casa. El menor tenía mi edad, y los otros dos tendrían ocho o nueve años. Para mí eran muchachones: harapientos, fuertes, jactanciosos, extranjeros. Mi padre era catedrático de la Universidad y el suyo era seguramente un revisor de autobuses o un minero del carbón, y así resultaban tan extraños para mí como lo hubieran sido tres turistas de la Patagonia. Se detuvieron y

me observaron un momento y entonces el más grande me llamó a la calle y me preguntó cómo era que nunca me veían en la iglesia los domingos.

La cosa más simple y más discreta que hubiera podido decirles, habría sido que sucedía que yo no era católico. Y era verdad. Creo que la única cosa que querían saber era a cuál iglesia *sí* asistía yo, puesto que evidentemente no asistía a la suya. ¿Era yo judío, mahometano, presbiteriano, bautista, qué? Pero yo era un pequeño mocoso repipi entonces, y en vez de tratar la situación con diplomacia, les dije alegremente que no iba a la iglesia porque no creía en Dios.

Me miraron como si acabara de sonarme la nariz con la bandera americana.

-¿Repite eso? -me mandó el más grande.

-Que no creo en Dios -dije-. La religión es una gran estafa. Mi padre lo dice y creo que tiene razón.

Arrugaron la frente y se echaron unos pasos atrás y se consultaron en voz baja e intensa con muchas miradas hacia mí. Evidentemente yo era el primer ateo que habían encontrado. Yo suponía que ahora íbamos a tener un debate acerca de la existencia de la Deidad: Me explicarían los motivos que les habían llevado a gastar tantas horas valiosas de rodillas dentro de la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, y luego yo intentaría demostrarles qué tonto resultaba preocuparse tanto por un viejo invisible en el cielo. Pero una disputa teológica no era de su estilo. Salieron de su conferencia y se me acercaron lentamente, y de repente noté la amenaza en sus ojos, y en el momento que los dos pequeños arremetían contra mí, me deslicé hacia un lado y empecé a correr. Ellos tenían las piernas más largas pero yo era más ágil; además, yo estaba en mi propia manzana y conocía el terreno mejor. Corrí a toda velocidad hasta llegar a la mitad de la manzana, me lancé hacia un callejón, pasé por el sitio abierto entre la cerca y el garaje de los Allerton, volví calle arriba por la callejuela de atrás, y llegué sin peligro a mi casa por la puerta de la cocina. Durante el siguiente par de días, me quedaba cerca de la casa después de salir del colegio y me mantenía en cautelosa alerta, pero los píos mozos irlandeses no pasaron por allí otra vez para castigar al blasfemo. Después de eso aprendí a tener más cuidado al expresar mis opiniones en cuanto a asuntos religiosos.

Pero nunca llegué a ser creyente. Tenía una propensión natural hacia el escepticismo. *Si no puedes medirlo, no existe.* Eso incluía no sólo al Viejo Barbudo y Su Unigénito Hijo, sino también, a todo el otro equipaje místico que le gustaba a la gente llevar encima en esos tensos años crédulos; los platillos volantes, el budismo zen, el culto de la Atlántida, Hare Krisna, la macrobiótica, la telepatía y otras especies de percepción extrasensorial, la teosofía, el culto a la entropía, la astrología y tal. Estaba dispuesto a aceptar neutrinos, quasars, la teoría de la deriva continental y las varias especies de quarks, porque respetaba la evidencia de su existencia; no podía tragar los otros disparates, disparates irracionales, el variado surtido de los opios de las masas. Cuando la Luna está en la séptima casa, etc., etc. -lo siento, no-. Me aferré a la senda de la razón mientras hacía mi inquieto viaje hacia la madurez, y el pequeño, práctico Billy Gifford, sabelotodo coleccionista de bichos, se quedaba sin pertenecer a ninguna iglesia mientras se maduraba hacia el profesor William F. Gifford, doctor en Filosofía de la Facultad de Física, Harvard. No sentía *hostilidad* hacia la religión organizada, simplemente no le hacía caso, como podría no hacer caso a un informe

periodístico sobre una competición de jai-alai en Afganistán.

Envidiaba a los fieles su fe, oh, sí. Cuando los oscuros tiempos se oscurecieron aún más, ¡qué dulce debería haber sido correr a Nuestra Señora de los Dolores en busca de consuelo! *Ellos* podían rezar, ellos tenían la ilusión de que un plan divino gobernara este mundo, el mejor de todos los mundos posibles, mientras yo estaba abandonado en un desolado limbo tormentoso, desconsoladamente consciente de que el mundo no tiene sentido y de que la única verdad universal que hay es que la Entropía Gana a la Larga.

Había veces en las que sinceramente quería poder rezar, en las que estaba cansado de operar solamente con mi propio capital existencial, en las que quería humillarme y gritar, *Vale, Señor, me rindo, encárgate Tú desde ahora en adelante.* Pensaba pedirle favores. Dios, que baje la fiebre de mi hijita. Que no se estrelle mi avión. Que no maten a tiros a *este* Presidente, también. Que las razas aprendan a vivir en paz antes de que los negros encuentren tiempo de pegar fuego a mi calle. Que los estudiantes ilustrados y amantes de la paz no pongan bombas en el centro de computadoras este semestre. Que el próximo escándalo de drogas en el jardín de la infancia no estalle en la escuela de mi hijo. Que el león se eche junto al cordero. Mientras volamos zumbando en el tren Caos Expreso, a veces sentía la tentación hacia la piedad como los píos sienten la tentación hacia el pecado. Pero mi amor a la razón divina no me dejaba camino para escoger lo irracional. Llámalo dureza de cerviz, llámalo egolatría desenfrenada: No le importaba lo mal que se pusieran las cosas, Bill Gifford no iba a someterse a la tiranía de un espantajo. Aunque fuera benévolo. Aunque tenía favores que pedirle a Él. Tanto que pedir, tan poca fe. La honradez intelectual *über alles,* Gifford. Mientras, cada año las cosas estaban un poco peor que el año anterior.

Cuando era joven, en los años setenta, estaba de moda entre la gente preparada y seria reunirse y decirse que la civilización occidental estaba cayéndose en ruinas. Los alemanes tenían una palabra para eso: *Sehadenfreude,* el placer que se saca de hablar de catástrofes. Y los setenta estaban ensombrecidos por catástrofes, verdaderas o esperadas: el aumento de la polución, la explosión demográfica, Vietnam y todas las pequeñas Vietnamés, el transporte supersónico, el separatismo negro, la reacción violenta de los blancos, la inquietud entre los estudiantes, la liberación femenina extremista, el neofascismo de la Nueva Izquierda, el neonihilismo de la Nueva Derecha, un centenar de otras variedades de la irracionalidad dinámica marchando a todo vapor, sí, combustible en abundancia para el síndrome de *Schadenfreude.* Sí, mis padres y sus amigos civilizados dicen solemnes, tristes, jubilosos: Todo está estallando, todo se hunde, todo se va silbando por el desagüe. A través del tufo de la marihuana del sábado por la noche, llegaban las inevitables citas ominosas de Yeats: *Las cosas se caen a pedazos; el centro no puede sostenerse: La mera anarquía se desata sobre el mundo.* Bien, ¿qué vamos a hacer ahora? Quizá ahora está de veras fuera de nuestro control. Hermanos, ¿recemos? ¡Alzad la voz hacia Él! Pero no puedo. Me sentiría un tremendo imbécil. Perdóname, Dios, ¡pero no debo negarte! *Los mejores carecen de toda convicción, mientras que los peores están repletos de intensidad apasionada.*

Y por supuesto todo se puso mucho más terrible de lo que esperaban realmente los anunciadores del juicio final de los años setenta. Incluso los

que más profundamente gustaban de enumerar las calamidades venideras todavía pensaban, por debajo de su alegría siniestra, que de alguna manera la razón triunfaría al fin. El más sombrío Jeremías abrigaba esperanzas secretas de que las nobles resoluciones ecológicas se tradujeran por fin en acción significante para el medio ambiente, que la ascendente espiral loca del índice de la natalidad se cortara a tiempo, que la estridente retórica de los innumerables grupos de protesta se templara y se modulara mientras el tiempo les dejara ver el principio del cumplimiento de sus objetivos revolucionarios; pero no. Vinieron los 80, la década de mi adultez joven, y toda la histeria saltó hasta el próximo, más alto nivel de energía. Eso fue cuando empezamos a observar el Día de la Máscara de Antigás. La suspensión programada de la electricidad. El caos internacional, elegantemente orquestado, del Grupo para la Prosperidad de los Pueblos del Tercer Mundo. Los motines en los aeropuertos. Las lluvias negras. La Purga de las Computadoras. El Programa para la Pacificación del Brasil. La Lista de Libros Claude Harkins, acompañada por sus respectivas quemas de bibliotecas. La Acción Policiaca Ecológica. La Liga de la Pureza Genética y su contrapartida negra aún más espantosa. La Cruzada de Niños para la Cordura. La Guerra de Nueve Semanas. La Noche de los Rayos Láser. Hacía mucho que el centro dejó de sostenerse: ahora estábamos atados con correas a una rueda desbocada. En medio de las furias, yo hice mis estudios, me casé, engendré hijos, construí una carrera, luché contra el terror diario y, como todo el mundo, esperaba la inevitable calamidad final.

¿Quién duda de que vendría? Ni tú, ni yo. Y no esa extraña gente de ojos locos que surgió entre nosotros como oscuros tumores brotando de troncos podridos, los apocalipsistas, que elevaron la *Schadenfreude* al nivel sacramental y organizaron una religión extática del juicio final. El fin del mundo, nos dijeron, fue proyectado para el primero de enero de 2000 d. de J. C, y en esa fecha, 144.000 almas escogidas, que se habían «señalado» ante Dios por medio de la devoción y las buenas obras, se salvarían; a los demás, a nosotros pobres pecadores, nos arrastrarían delante del Juez. Yo podía ver el sentido. Aunque rechazaba su idea del Segundo Adviento, como rechacé el Primero hacía mucho, y aunque no compartía ni su confianza en la fecha exacta del Apocalipsis, ni sus conceptos de cómo se iba a escoger a los supervivientes, estaba de acuerdo con ellos que el fin estaba cerca. El hecho de que durante un cuarto de siglo hubiéramos estado exprimiendo gárrulas charlas frivolas para horas de cóctel sobre el colapso de la civilización occidental, no era garantía en sí de que la civilización occidental no fuera a derrumbarse; *algunas* de las cosas que le gusta a la gente decir en horas de cóctel pueden dar en el blanco. Como físico con un entendimiento decente del proceso de la entropía, encontré fácil la identificación de todas las señas de la avanzada decadencia social: durante un siglo habíamos aumentado la complejidad de las funciones de la sociedad de manera que se requería un nivel de organización en constante aumento para hacer marchar las cosas, y durante mucho de ese tiempo había una tendencia simultánea hacia la total democracia universal, hacia un mundo consistente en varios miles de millones de repúblicas autónomas con un máximo de tres ciudadanos cada una. Cualquier sistema cerrado que experimenta agudos aumentos simultáneos de la complejidad mecánica y de la difusión entrópica, se cae a pedazos mucho antes de llegar a la distribución máxima de la energía. El sistema de acuerdos y contratos en el que se basa la civilización se destruye;

cada interacción social, desde aparcar el coche hasta resolver una disputa de límites internacionales, pasa a ser un problema que se puede tratar sólo por medio de la fuerza, desde que todas las técnicas «civilizadas» de reconciliar los desacuerdos se han desechado como no pertinentes; cuando el reparto del correo es un asunto de negociación privada entre un ciudadano y su cartero, ¿qué esperanza hay para el reino de la razón? En alguna parte, de alguna manera, habíamos cruzado el punto del que no podíamos regresar -en 1984, 1972, quizá ese horrible día de noviembre de 1963, incluso- y nada podría salvarnos ahora de arrojarnos por encima del borde.

¿Nada?

Salido de Nevada nos llegó Tomás, el tosco, hirsuto Tomás, Tomás el Proclamador, elevándose por encima de las máquinas de juego y las ruedas de ruleta para gritar: ¡Si tenéis fe, os salvaréis! Un profeta anti-apocalipsista, nada menos, cuyo mensaje era que todavía se podría conservar la civilización, que aún no era demasiado tarde. La voz de la esperanza, el enemigo de la entropía, el nuevo Apóstol de la Paz. Aunque para la gente como yo, parecía tan loco y peludo y peligroso y espantosamente psicótico como los devotos del holocausto, porque él, como los apocalipsistas, traficaba con fuerzas que operaban fuera del reino de la cordura. Por derecho, él debería haber surgido del monte atrasado de Arkansas o de los rincones más locos de California, pero no fue así; era un ratón del desierto, de Nevada, un come-arenas Juan el Bautista de los últimos días. Un verdadero profeta de nuestros tiempos, además, raído, de mala fama, borrachín de vino, cínico. Capaz de comenzar un sermón mundialmente televisado con un eructo. Un ex-soldado que había arrojado napalm alegremente sobre provincias enteras durante el Programa de la Pacificación del Brasil. Un traficante temporero en alucinógenos falsos. Un carterista fino y experto en atascar computadoras. Se había dedicado al negocio del evangelismo porque pensaba que podría ganar unos dólares fácilmente, como buhonero del Evangelio y ladrón de cepillos, pero una cosa curiosa le pasó, afirmaba: que había visto al Señor, que había descubierto el error de su vida; se había inflamado con la justicia. Sin ocultar su mugriento pasado, ahora se ofrecía como la personificación de la redención: *¡Mirad vosotros, si yo puedo salvarme del pecado, hay esperanza para todos!* La prensa y la radiotelevisión lo recogieron. Esa magnífica voz, esa gran mata de pelo espeso, esos ojos, esa confianza hipnótica: perfecto. Fue caminando de California a Florida para proclamar el milenio venidero. Y juntó seguidores, miles, millones, todos aquellos que no estaban dispuestos a dejar que empezase el Armagedón, y él les hacía rezar y rezar y rezar, y conducía reuniones de renovación de la fe, que se transmitían a Karachi y Katmandú y Addis Abeba y Shangai; no predicaba ninguna teología en particular, ningún escrito sagrado en particular, sino únicamente un liso teísmo ecuménico que casi cualquiera podía tragar, fuese confucionista o mahometano o hindú. Escuchad, dijo Tomás, Dios *existe,* alguna clase de ser todopoderoso allá lejos cuyo plan divino guía el universo, y Él nos cuida, ¡hay que creerlo! Y Él es bueno y no nos dejará en peligro si nos conformamos y seguimos Su senda. Y nos ha probado con todas estas penas para medir la profundidad de nuestra fe en Él. Así que ¡vamos a mostrarle, hermanos! Vamos a rezar juntos ¡alzar un gran grito hacia Él! Porque Él nos dará una Señal, sin duda, y los descreídos serán convertidos al fin, y la

época de la pureza comenzará. La gente dijo, ¿por qué no hacemos la prueba? Tenemos mucho que ganar y nada que perder. Una versión vulgar de la vieja apuesta de Pascal: si Él está allí de veras, nos puede ayudar; y si no está, sólo hemos gastado un poco de nuestro tiempo. Así que se fijó la hora de suplicar.

En los círculos sociales de los profesores, nos burlamos bastante de la idea entera; nosotros: tipos irritables, racionales y mundanos; pero a veces había un sabor nervioso en las bromas y un entusiasmo forzado en la risa, como si algunos de nosotros sospecháramos que quizá Pascal había ofrecido una ventaja bastante buena, o que quizá Tomás había dado con algo. Naturalmente yo estaba entre los escépticos, aunque, como siempre, no revelaba mis dudas. (La lección aprendida hace tiempo, escapándome por un pelo de los mozos irlandeses.) De veras, no había hecho mucho caso a Tomás y su mensaje, como tampoco a los resultados de juegos de fútbol, o los programas de video para niños: no era mi esfera, no era cosa mía. Pero mientras se acercaba el día de rezar, la vieja tentación me acosaba. *Entrégate por fin, Gifford. Inclina la cabeza y rinde homenaje. Aunque es el mito que siempre has sabido que es, hazlo. ¡Hazlo!* Yo discutía conmigo mismo. Me mandaba no ser idiota, no sucumbir ante las antiquísimas alegaciones de la superstición. Me recordaba a mí mismo las guerras santas, la Inquisición, los lascivos papas renacentistas, todos los crímenes de la gente pía. ¿Y qué, Gifford? *¿No puedes ser un ordinario, humilde ser humano que teme a Dios, ni una vez en tu vida siquiera? ¿Ponerte de rodillas junto a tus hermanos? Lee tu Pascal. Suponte que Él existe y te escucha y suponte que tu denegación es la que inclina la balanza en contra de la humanidad. No te estamos pidiendo tanto.* Todavía luchaba contra esa mañosa voz interior. Creer es absurdo, no debo dejar que la desesperación -grité- me haga huir por pánico hacia la renuncia de la razón, aun en este momento apocalíptico. Tomás es un bellaco astuto y sus seguidores son histéricos guarros tontos. *Y tú eres un elitista arrogante, Gifford. Que quizá vivirá bastante tiempo como para arrepentirse de su arrogancia.* Era la guerra psicológica: Gifford contra Gifford, la razón contra la fe.

Al fin, la razón perdió. Yo estaba agitado, desequilibrado, desmoralizado. Las más asombrosas personas se estaban apuntando para apoyar a Tomás el Proclamador, y yo me sentía más y más aislado, un hombre de hielo, corazón de piedra, el ateo del pueblo mirando con mal humor las guirnaldas de Navidad. Hasta el momento final, no estaba seguro de lo que iba a hacer, pero cuando llegó la hora y me encontré en el estudio, solo, la puerta cerrada con llave, sin riesgo, apartado de mujer e hijos -quienes todos, algo desafiante, ya habían anunciado sus intenciones de participar- y allí estaba de rodillas, sintiéndome ridículo, absurdo, las mejillas ardiendo, los labios en movimiento, diciendo las palabras. *Diciendo las palabras.* Por todo el mundo los miles de millones de creyentes rezaban, y yo, también. También recé, avergonzado de mi debilidad y el dolor de mi vergüenza era una piedra en mi garganta.

Y el Señor nos oyó y nos dio una Señal. Y durante un día y una noche (menos 1×12^{-4} día sideral) la Tierra no siguió su curso alrededor del Sol, tampoco giró. Y se confundieron las leyes de los momentos, como yo. Entonces la Tierra reemprendió su curso designado de nuevo, como si no hubiera ocurrido nada excepcional. Imagínate mi mortificación. Me gustaría saber dónde encontrar a esos muchachos irlandeses. Tengo que pedirles

algunas disculpas.

4
TOMÁS PREDICA EN LA PLAZA DEL MERCADO

Oigo lo que me decís. Me decís que soy profeta. Me decís que soy santo. Algunos incluso me decís que soy el Hijo de Dios venido de nuevo. Me decís que hice detenerse el sol sobre Jerusalén. Pues no. No hice eso; el Señor Todopoderoso lo hizo, el Señor de los Ejércitos. Por Su Divina Voluntad, en respuesta a vuestras oraciones. Y yo soy sólo el vehículo por el que fueron canalizadas sus oraciones. No soy ningún tipo de santo, amigos. No soy el Hijo de Dios renacido, ni ninguna de las otras cosas que han dicho que soy. Sólo soy Tomás.

¿Quién soy yo?

Solamente una voz. Un portavoz. Un instrumento por el que se ha manifestado Su Voluntad. No os estoy engañando con el viejo número del humilde, amigos, intento haceros ver la verdad en cuanto a mí.

¿Quién soy yo?

Yo os diré quien era, aunque ya lo sabéis. Era bandido, era un hombre del mal, un violador de la ley. ¡Era asesino, mentiroso, borracho, timador! Yo hacía lo que me salía de las narices. Hacía lo que me daba la gana. Si me hubieran cogido alguna vez -estad seguros- no habría llorado pidiendo piedad. Le habría escupido al juez en la cara y aceptado el castigo con los ojos abiertos. Salvo que nunca me cogieron, porque estaba de suerte y porque estos son tiempos en los que un hombre realmente malo puede prosperar, en los que los malvados son alzados y los virtuosos son aplastados en el barro. Fuera de la ley, ¡ése fui yo! ¡Tomás el criminal! ¡Tomás el bandido, haciéndoles burla a todos! Hacer el mal era mi religión, todo el tiempo -cuando estuve allá abajo en el Brasil con esos lanzallamas, o cuando me tomaba libertades con vuestros bolsillos en nuestras ciudades, y cuando marcaba números graciosos en las grandes computadoras-. Yo pertenecía a Satanás, más que nadie, es la verdad, y entonces ¿qué pasó? El Señor vino hacia Satanás, y le dijo: Satanás, dame a Tomás, tengo necesidad de él. Y Satanás me entregó a Él, porque Satanás es el siervo de Dios también.

Y el Señor me cogió y me sacudió y me pegó unos golpes, y dijo: Tomás, ¡no eres más que basura!

Y yo dije: lo sé, Señor, pero ¿quién me hizo así?

Y el Señor rió y dijo: Tienes agallas, Tomás, contestándome con insolencia. Me gusta el hombre con agallas. Pero estás equivocado, compañero. Te hice con la capacidad de ser santo, o pecador, y tú escogistes ser pecador, sí, ¡por tu propio libre albedrío! ¿Crees que me molestaría en crear gente para que sea malévola? No me interesa crear títeres, Tomás, no; me puse y quise hacerme una raza de *seres humanos.* Te di alternativas y tú te apuntaste al mal, ¿eh, Tomás? ¿No es ésa la pura verdad?

Y yo dije: Pues, Señor, quizá lo sea; no sé.

Y el Señor Dios se puso molesto conmigo y me cogió otra vez y me sacudió y me dio más golpes, y cuando me levanté tenía el labio hinchado y

la nariz sangrante, y Él me preguntó cómo haría yo las cosas si pudiera vivir la vida de nuevo desde el principio. Y yo le miré directamente a los ojos y dije: pues, Señor, yo diría que el mal pagaba bastante bien en mi caso. Yo vivía bien, una vida bastante agradable, y pasaba mis buenos ratos y nunca pasé ni un día entre rejas, no, Señor. Así que dime, Señor, puesto que siempre me salía con la mía la primera vez, ¿por qué no me apuntaría a pecador otra vez?

Y Él dijo: porque ya has hecho eso, y ahora te toca hacer algo distinto.

Yo dije: ¿Qué es, Señor?

Él dijo: Quiero que hagas algo importante para mí, Tomás. Hay un mundo allí fuera lleno de gente que ha perdido toda fe, gente sin esperanza, gente que ha decidido que no vale la pena hacer un esfuerzo ya que se acaba el mundo. Quiero llegar hasta esa gente de algún modo, Tomás, y decirles que están equivocados. Y mostrarles que pueden formar su propio destino, y que si tienen fe en sí mismos y en mí pueden construir un mundo bueno.

Dije: Es fácil, Señor. ¿Por qué no apareces en el cielo y se lo dices a ellos, como acabas de decírmelo a mí?

Rió otra vez y dijo: Ah, no, Tomás, es demasiado fácil eso. Te dije que no manejo un teatro de títeres. Tienen que *querer* levantarse de la desesperación. Tienen que dar el primer paso solos. ¿Me sigues, Tomas?

Sí, Señor, pero ¿qué tiene que ver conmigo?

Y Él dijo: Preséntate ante ellos, Tomás, y cuéntales todo eso de tu vida malgastada, inútil, desafiante, y luego cuéntales cómo el Señor te dio la oportunidad de hacer algo que valiera la pena, para cambiar, cómo te elevaste por encima de tu ego malo y aceptaste la oportunidad. Y luego diles que se reúnan y recen y renueven la fe y pidan una Señal del cielo. Tomás, si te escuchan, si rezan y es una oración sincera, te prometo que *sí* les daré una Señal, que *sí* me revelaré a ellos y todas las dudas caerán como escamas de sus ojos. ¿Harás eso para mí, Tomás?

Amigos, yo escuché al Señor, y descubrí que temblaba y tiritaba y empecé a sudar, y al instante, en un abrir y cerrar de ojos, yo ya no era el viejo, sucio Tomás; era alguien nuevo y limpio, era un hombre con altos propósitos, un hombre que creía en algo más grande y mejor que sus propios deseos codiciosos. Y yo bajé a caminar entre vosotros, cambiado como estaba, y os conté mi historia y todos conocéis el final de la historia, cómo nos juntamos libremente y le ofrecimos nuestro corazón a Él y cómo nos garantizó un milagro hace dos semanas y media, y nos dio una Señal de que todavía nos protege.

¿Pero qué veo ahora, en estos últimos días después de que nos fue dada la Señal? ¿Qué veo?

¿Dónde está ese nuevo mundo de fe? ¿Dónde está ese nuevo sueño de esperanza? ¿Dónde está la humanidad, hombro con hombro, alabándole a Él y trabajando juntos para alcanzar la luz?

¿Qué veo? Veo este podrido planeta que se vuelve negro por dentro y se parte desde la médula. Veo el cáncer de la duda. Veo el virus de la confusión. Veo Su Señal mal interpretada por todas partes, y su belleza pisoteada y destruida.

Veo a tontos pintados que bailan y tocan tambores y gritan que el mundo será destruido al fin de este año de mil novecientos noventa y nueve. ¿Qué locura es ésta? ¿No ha hablado Dios? ¿No os ha dado jubilosas noticias? ¡Dios está con nosotros! ¡Dios es bueno! ¿Por qué estos

apocalipsistas no aceptan todavía la verdad de Su Señal?

¡Incluso peor! ¡Todos los días se forman nuevas locuras! ¿Qué son estos cultos que surgen entre nosotros? ¿Quién es esta gente que exige de Dios que regrese y explique en detalle sus propósitos, como si no fuera bastante para ellos la Señal? ¿Y quiénes son estos cobardes blasfemos que dicen que debemos echarnos en tierra y llorar lágrimas lastimosas, porque hemos evocado no a Dios sino a Satanás, y que la destrucción es nuestra suerte? ¿Quiénes son estos hombres de alma vacía que balan y murmuran y lloriquean entre nosotros? Y mirad a los eminentes clérigos en sus vestiduras de sacerdote y brillantes tiaras que intentan explicar -para hacerla desaparecer- ¡que la Señal es algún accidente de la naturaleza! ¿Qué manera de hablar es ésta y de los propios ministros de Dios? ¡Observad a los antiguos descreídos, que chillan como monos asustados ahora que se les ha desgarrado y arrancado su impiedad! ¿Qué veo? Veo locura y terror por todos lados, ¡donde sólo debiera ver la felicidad abundante!

Os ruego, amigos, tened cuidado, pedid consejo al alma. Os ruego que penséis claramente ahora si alguna vez habéis pensado algo. Escoged una senda sabia, amigos, o tiraréis toda la gloria del Día de la Señal y devastarais nuestro gran logro. No deis consuelo a las fuerzas de las tinieblas. Guardaos de estos buhoneros de cultos lunáticos. Luchad para recobrar la maravilla de ese momento cuando toda la humanidad habló con una sola voz. Os ruego -¿cómo podéis dudar de Él ahora?-, os ruego -la fe- el triunfo de la fe -que no permitamos- que no -permitamos-, no permitamos.

(¡Jesús, mi garganta! Todo este griterío, es como tragar fuego. Dame esa botella, ¿quieres? Anda, ¡dámela! El vino. El vino. Ah. Ah. Ah, mucho mejor. Mucho mejor, ah, sí. No, espera, dámela otra vez -bien, bien-, no me mires así, Saúl. Ah. *Ah.)*

Y así yo os imploro hoy, hermanos, hermanas en el Señor -hermanos (¿qué decía, Saúl? ¿Qué empecé a decir?)-. Os llamo que os dediquéis de nuevo -que os ofrezcáis a (¿es eso? no me acuerdo)- a una nueva Cruzada de la Fe, eso es lo que necesitamos, purgarnos de todas las dudas y de toda la indecisión y todo nuestro (¡ay, Jesús: Saúl, me pierdo, no me acuerdo dónde diablos debo estar. Que toquen la música. Pronto. Ya está. Bien y más alto. Más alto.) Amigos, ¡vamos a cantar todos! ¡Alzad la voz jubilosa hacia Él!

Alabaré al Señor mi Dios,
fuente de todo poder...

¡Así se hace! ¡Cantad! ¡Cantad todos!

5
CEREMONIAS DE INOCENCIA

Por el mundo entero continúa la búsqueda de una reacción apropiada al acontecimiento del día 6 de junio. No se ha establecido ninguna interpretación satisfactoria de los eventos de ese día, aunque se han propuesto muchas. Mientras tanto las pasiones están encendidas; se pierde fácilmente la calma; un sorprendente grado de violencia ha complicado la

situación. El retraso temporal de la rotación axial de la Tierra claramente ha impuesto una excepcional tensión emocional sobre la población entera del globo, creando fatigas serias que han persistido e incluso se han intensificado en las semanas subsiguientes. Crímenes aparentemente sin motivo, sobre todo el incendio intencionado y el vandalismo han aumentado mucho. Las autoridades gubernamentales del Brasil, la India, la República Árabe Unida e Italia han insinuado que grupos clandestinos revolucionarios o contrarrevolucionarios están detrás de muchas de estas actividades, al aprovecharse del extendido estado de inseguridad para fomentar el descontento. Ninguna evidencia de esto se ha hecho pública hasta ahora. Mucha hostilidad se ha dirigido contra las religiones organizadas, un fenómeno para el cual todavía no se ha encontrado una explicación generalmente aceptada, aunque varios sociólogos han afirmado que esta forma de comportamiento anticlerical violento es una reacción al fracaso hasta ahora de la mayoría de los cuerpos religiosos establecidos cuando intentaron dar interpretaciones oficiales para el llamado milagro del 6 de junio. Reportajes sobre la destrucción por parte de la muchedumbre, de templos de varios cultos, acompañados del informe sobre los heridos o muertos sufridos por el personal eclesiástico, han llegado de México, Dinamarca, Burma, Puerto Rico, Portugal, Hungría, Etiopía, las Filipinas, y en Estados Unidos, de Alabama, Colorado y Nueva York. Los líderes de la mayoría de los cultos principales han prometido hacer declaraciones dentro de poco. Mientras tanto, se ha desarrollado una tendencia en ciertos círculos eclesiásticos hacia el apoyo del concepto de una causa mecanicista o racionalista del acontecimiento del 6 de junio; así el martes el arzobispo de York, que subrayó que hablaba como ciudadano privado y no como prelado de la Iglesia de Inglaterra, declaró que no debíamos descartar enteramente la posibilidad de una manipulación de los movimientos de la Tierra por seres superiores originarios de otro planeta, empeñados en extender la confusión preparatoria de la conquista. Teólogos modernos, dijo el arzobispo, no ven una imposibilidad inherente en la doctrina de un acto de creación separado que diera origen a una especie inteligente en algún planeta extraterrestre o extragaláctico, ni tampoco es inconcebible, seguía, que pudiera ser el propósito último de Dios el causar una purga de la pecaminosa humanidad a manos de esa otra especie. Así, la retardación de la rotación de la Tierra podrá haber sido un intento por parte de estos enemigos del espacio de explotar las emociones generadas por la campaña reciente del llamado profeta Tomás el Proclamador. Un portavoz del Patriarca copto de Alejandría, al comentar favorablemente, dos días después, la teoría del arzobispo, añadió que, en la opinión particular del Patriarca, parece menos improbable la idea de que existieran tales especies ajenas que la de que un milagro divino del tipo del 6 de junio se pudiera invocar por la demanda popular. Varios otros líderes religiosos, hablando de manera semejante extraoficial, han advertido al público que no se debería aceptar demasiado rápidamente el concepto del arzobispo de York. El viernes, el doctor Nathan F. Scharf, Presidente de la Conferencia Central de Rabinos Americanos, pidió con urgencia que los científicos americanos e israelíes produjeran un esquema matemático generado por computadora, capaz de demostrar cómo una conjunción única pero natural de fuerzas astronómicas podría haberse resuelto en el acontecimiento del 6 de junio. La única respuesta a esta petición ha provenido de Ssu-ma Hsiang-ju, Ministro de Ciencias de la

República Popular China, quien ha revelado que una fuerza operante de varios cientos de astrónomos chinos ya está trabajando en tal proyecto. Pero su colega soviético, el académico N. V. Posilippov, por el contrario, ha pedido una revisión de la teoría astronómica marxista-leninista para abarcar lo que él califica como «la posibilidad de intervención por fuerzas hasta ahora no identificadas, quizá de un aspecto sobrenatural, en los movimientos de los cuerpos celestes». Podemos concluir, por eso, que la situación está en estado variable. Los observadores están de acuerdo en afirmar que los principales beneficiados por el acontecimiento del 6 de junio, en este punto, han sido las varias sectas apocalípticas recientemente fundadas, que ahora consideran el llamado Día de la Señal como una indicación de la destrucción inminente de la vida en la Tierra. Sin duda, se podría encontrar en el aumento de la actividad de tales grupos el origen de gran parte de la violencia actual y de otros comportamientos irracionales. Una manifestación relacionada con lo anterior es la expansión dramática en semanas recientes de las sectas milenarias más antiguas, notablemente las iglesias de Pentecostés.

El mundo protestante en general ha experimentado un renacimiento del fenómeno inspirado en la secta de Pentecostés, conocido como glosolalia, o el «don de lenguas», una técnica de penetrar en niveles proféticos o reveladores por medio de estallidos extáticos desenfrenados *¡illalum gha ghollim ve illalum ghollim ghaznim kroo! ¡Aiha! Kroo illalum nildaz sitamon ghaznim* de sílabas aparentemente cogidas al azar, de ningún lenguaje conocido por el que habla; el valor de esta práctica ha sido *mehigioo cómale ele e honistar zam,* asunto de controversia en círculos religiosos durante muchos siglos.

6
LA MUJER DE CORAZÓN DOLIDO REPROCHA A TOMÁS

Yo sabía que estaba en nuestra región y tenían que dejarme verlo porque fue él quien empezó todo este lío para mí. Así que fui a su oficina central, el sitio donde hacían las transmisiones esa semana, y lo vi en medio de un grupo de sus seguidores. Un hombre muy guapo, realmente, demasiado sucio y con cara de loco para mi gusto, pero si le afeitara y cortara el pelo, sería bastante atractivo en mi opinión. Alto y fuerte, sí lo es, y cuando lo ves te dan ganas de arrojarte en sus brazos, aunque por supuesto yo no estaba de humor para hacer nada semejante en ese momento, y en todo caso no soy de esa clase de mujeres. Me dirigí directamente hacia él. Había un tremendo montón de gente en la calle, pero no me desanimo fácilmente; a mi marido le gusta llamarme su «pequeño mastín» a veces, y yo simplemente me abrí paso a la fuerza por entre esa chusma, unas cuantas patadas y algunos codazos y creo que una vez le mordí el brazo a alguien y pasé adelante. Allí estaba Tomás y junto a él ese pequeñín flaco que siempre está a su lado, ese Saúl Kraft, que supongo que es su agente de prensa o algo. Cuando me acerqué, tres guardaespaldas suyos me miraron y luego se miraron unos a otros, diciendo seguramente: cuidado, acá tenemos otra vieja chiflada, y empezaron a rodearme y sacarme de allí, y Tomás ni me miraba, y empecé a gritar, diciendo que tenía que hablarle a Tomás, que tenía algo importante que decir. Y luego este Saúl

Kraft les mandó soltarme y dejarme pasar adelante. Me cachearon buscando armas ocultas y entonces Tomás me preguntó qué quería.

Me sentía nerviosa frente a él. Un hombre tan famoso. Pero me planté con los pies aferrados al suelo y saqué la barbilla como papá me enseñó, y dije:

-Tú hiciste todo esto. Me has destruido, Tomás. Me tienes de tal forma que no sé si estoy cabeza abajo o si estoy de pie.

Me mostró una extraña sonrisa ladeada.

-¿Yo hice eso?

-Mira -dije- yo te contaré cómo fue. Yo iba a misa todas las semanas, con toda la familia, la iglesia del Redentor en la avenida Wilson. Pagábamos el diezmo, hacíamos todo lo que los curas nos mandaban, intentábamos vivir buenas vidas cristianas, ¿verdad? No digo que pensábamos mucho en Dios realmente. Si de veras estaba allí arriba y me escuchaba al decir el padrenuestro. Yo me imaginaba que Él tenía demasiado que hacer como para preocuparse de mí, y yo no podía ocuparme demasiado de Él, porque Él sobrepuja mi entendimiento, ¿me sigues? En cambio, yo rezaba a los padres. Para mí el padre McDermott era como Dios Mismo, de una manera, sin faltar al respeto. Lo que quiero decir es que las personas medias, corrientes, no tienen una relación muy estrecha con Dios, ¿me sigues? Con la Iglesia, sí, con los curas, pero no con Dios. Ahora tú vienes acá y dices que el mundo está hecho un lío, que vamos a rezar a Dios para que se nos muestre a Sí Mismo como en los tiempos antiguos. Yo le pregunto al padre McDermott en cuanto a aquello, y dice que está bien, que está permitido aunque no es una idea que vino de Roma, que en tal y tal día vamos a tener este momento mundial de rezar. Así que rezo, y se para el Sol. El 6 de junio, tú hiciste que se parara el Sol.

-Yo no. *Él.* -Tomás estaba sonriendo otra vez, como si pudiera leerme el alma entera.

Dije:

-Tú sabes lo que quiero decir. Es un milagro en todo caso. El milagro más grande desde, qué sé yo, desde la Resurrección. El día siguiente necesitamos ayuda, consejos, ¿verdad? Mi marido y yo vamos a la iglesia. *La iglesia está cerrada.* Cerrada a cal y canto. Vamos a la puerta de atrás e intentamos encontrar a los curas. No hay nadie salvo el ama de casa y está asustada. No nos quiere abrir. ¿Por qué está cerrada la iglesia? Tienen miedo a los amotinados, dice. ¿Dónde está el padre McDermott? Se ha ido a la Archidiócesis a una conferencia. También se han ido todos los otros curas. Que se vayan ustedes, dice ella. No hay nadie aquí. ¿Me sigues, Tomás? El milagro más grande desde la Resurrección, y *cierran la iglesia el día siguiente.*

Tomás dijo:

-Se pusieron nerviosos, supongo.

-¿Nerviosos? Claro que estaban nerviosos. Eso es exactamente lo que te digo. ¿Dónde estaban los curas cuando nos hacían falta? En conferencia en la Archidiócesis. El cardenal llamó a una reunión especial sobre la crisis. *¡La crisis,* Tomás! Dios Mismo hace un milagro, ¡y para la Iglesia es una crisis! ¿Qué debo hacer yo? ¿Dónde me deja a mí? Necesito la iglesia, siempre me lo han dicho, y de repente la iglesia cierra las puertas con llave y me dice: Vete y resuélvelo tú sola, mujer, no estamos hasta dentro de un par de días. ¡Estaba asustada la Iglesia! Creo que temían que el Señor entrara y les

dijera: ya no nos hacen falta los curas, ni las iglesias, todo este asunto de la religión organizada no ha salido tan bien como pensaba, así que vamos a olvidarlo y pasar directamente al Milenio.

-Cualquier cosa grande y extraña siempre les molesta a la gente del poder -dijo Tomás, encogiéndose de hombros-. Pero la iglesia se abrió otra vez, ¿verdad?

-Claro, cuatro días después. Los negocios, todo sigue igual, salvo que todavía no debemos hacer ninguna pregunta acerca del 6 de junio. Porque todavía no han recibido la Palabra de Roma, la interpretación, la política oficial. -Tuve que reír-. Tres semanas casi desde que pasó, y el Colegio de Cardenales todavía está en consistorio especial, intentando decidir la posición que le conviene a la Iglesia. ¿No te parece una locura, Tomás? Si el Papa no reconoce un milagro cuando lo ve, ¿para qué sirve la Iglesia entera?

-Está bien -dijo Tomás-, pero, ¿por qué echarme la culpa a mí?

-Porque me has quitado mi iglesia. Ya no me fío de esa gente. No sé qué creer. Tenemos a Dios aquí a nuestro lado, y la Iglesia no da señas de guiarnos. ¿Qué hacemos ahora? ¿Cómo manejamos esto?

-Ten fe, mi hija -dijo- y reza pidiendo la salvación, y sigue firme en tu rectitud. -Dijo una cantidad de estas tonterías y otras semejantes, recitándolo todo a chorros como si fuera una computadora programada para dar bendiciones. Yo veía que no lo hacía de buena fe. No intentaba contestarme, sólo calmarme y deshacerse de mí.

-No -dije dejándole cortado-. Esa palabrería no basta. *Ten fe. Reza mucho.* Llevo toda la vida haciendo eso. Bien, rezamos y lo conseguimos: Dios se mostró a Sí Mismo. Ahora, ¿qué? ¿Qué proyecto tienes, Tomás? Dime eso. ¿Qué quieres que hagamos? Nos quitaste nuestra iglesia. ¿Qué nos darás para reemplazarla?

Yo podía ver que no tenía ninguna respuesta.

Se puso rojo y tiró de los mechones de su pelo y miró a Saúl Kraft con asco, casi como si le dijera ya-te-lo-dije con los ojos. Entonces me miró de nuevo y yo vi o tristeza o miedo en su cara, no sé qué, y me di cuenta en ese momento que este Tomás es sólo un ser humano como tú y como yo, un ser humano asustado, que no entiende realmente qué pasa y no sabe cómo seguir ahora. Trató de fingirlo. Me dijo otra vez que rezara, que no debiera desestimar el poder de la oración, etcétera, etcétera, pero no ponía el corazón en las palabras. Estaba atascado. *¿Qué proyecto tienes, Tomás?* No tiene ninguno. No ha pensado las cosas bien más allá del punto de conseguir la Señal de Dios. No puede ayudarnos ahora. Ahí tienes a tu Tomás, el Proclamador, el profeta. Está aterrado. Todos estamos aterrados, y él no es más que uno de nosotros, no es distinto, ni más sabio. Y anoche los apocalipsistas pegaron fuego al centro comercial. Sabes, si me hubieras preguntado hace seis meses cómo me sentiría si Dios nos diera una Señal de que realmente nos protege, yo te habría dicho que sería la cosa más maravillosa que podría pasar desde Jesús en el pesebre. Pero ahora ha pasado. Y no estoy tan segura de que sea maravillosa. Voy de un lado a otro y creo que la tierra puede abrirse en grietas debajo de mis pies en cualquier momento. No sé qué va a pasarnos a todos. Dios ha venido, ¡debería ser tan bello! En cambio, no es más que espantoso. Nunca imaginaba que sería así. Oh, Dios. Dios, me siento tan perdida. Dios, me siento tan vacía.

7
LA PERSPICACIA DE LOS DISCERNIDORES

Hablar ante un público no era nada nuevo para mí, por supuesto. No después de todos esos años que he pasado en aulas, pacientemente instruyendo a la nueva cosecha de jóvenes hirsutos de cada temporada en los misterios de la teoría taquión, de partículas de anti-carga y de ecuaciones de la inversión del tiempo. Tampoco era este público particularmente ajeno ni alarmante: consistía en su mayor parte de gente del profesorado de Harvard y M. I. T., algunos estudiantes de la escuela graduada, y unos pocos abogados, psicólogos y otra gente profesional de Cambridge y las afueras. Todos nosotros eramos parte de la comunidad de la erudición, por decirlo así. El tipo de público que podría reunirse para protestar por el último incidente de violación ecológica y de liberación nacional preventiva. Pero me inquietaba un aspecto de mi papel esta noche. Esta era, en el verdadero sentido de la palabra, una reunión religiosa; eso es, nos juntábamos para discutir la naturaleza de Dios y para llegar a alguna comprensión de nuestra debida relación con Él. Y yo era el conferenciante principal, yo, el viejo Bill Gifford, que durante casi cuatro décadas había considerado a la Deidad como un ente anticuado y no pertinente. Yo era el pastor de este rebaño. Me causaba una sensación rara.

-Pero yo creo que muchos de vosotros estáis en la misma situación difícil -les dije-. Hombres y mujeres para quienes el impulso religioso ha sido algo esencialmente ajeno. Cuyas vidas eran satisfactorias y plenas aunque la oración y el rito estaban enteramente ausentes de ellas. Quienes consideraban el concepto del Ser Supremo como sin sentido y quienes consideraban las costumbres dominicales eclesiásticas de los que les rodeaban como nada más que la superstición de la clase baja por un lado y la mojigatería de la clase media por el otro. Entonces vino la gran sorpresa del 6 de junio: que nos obliga a reconsiderar las doctrinas que habíamos despreciado, que nos obliga a reexaminar nuestros esquemas filosóficos básicos, que nos obliga a buscar una explicación aceptable de un fenómeno que siempre habíamos juzgado imposible y poco plausible. Todos vosotros, como yo, de pronto os encontráis pedaleando en aguas metafísicas muy profundas.

El núcleo de este grupo se había reunido *ad hoc* la semana después de que ocurrió Eso y, desde entonces, se juntaba dos o tres veces a la semana. Al principio no había una estructura formal de organización, ningún nombre oficial, ninguna política; era simplemente una reunión de inteligentes personas refinadas, procedentes de Nueva Inglaterra, que individualmente se sentían incapaces de salir adelante con el problema de la alterada naturaleza de la realidad y que necesitaban refuerzos y afirmación. Por esa razón yo empecé a asistir, de todos modos. Pero a los diez días estábamos tanteando hacia un propósito más positivo: ya no queríamos simplemente aprender cómo *aceptar* lo que había acontecido a la humanidad, sino que queríamos encontrar alguna manera de virarlo hacia un objetivo útil. Yo había comenzado a articular algunas ideas en estos términos durante una conversación privada, y abruptamente varios de los líderes del grupo me pidieron que hiciera públicos mis pensamientos en la próxima reunión.

-Un acontecimiento asombroso ha ocurrido -seguía-. Un buen número de teorías ingeniosas se han propuesto para dar razón de él, como, por ejemplo, la que explica que la Tierra fue detenida por la operación de una fuerza extrasensorial telequinética generada por la concentración mental simultánea de toda la población mundial. También hemos oído las explicaciones astrológicas: que los planetas o las estrellas se alinearon de cierta forma por una-vez-en-la-vida-del-universo para dar tal resultado. Y ha habido discusiones, algunas salidas de tono bastante sorprendentes en favor de la noción de que el acontecimiento del 6 de junio fue la obra de seres malévolos del espacio exterior. La hipótesis de la telequinesis tiene cierta plausibilidad superficial, desfigurada sólo por el hecho de que los experimentadores nunca han podido detectar ni un ápice de habilidad telequinética en ningún ser humano ni conjunto de seres humanos. Quizá un esfuerzo de alcance mundial podría generar fuerzas no descubiertas en unidades menores que la total población mundial, pero tales razonamientos requieren una multiplicación indeseable de hipótesis. Yo creo que la mayoría de vosotros está de acuerdo conmigo en que las otras explicaciones sobre el acontecimiento del 6 de junio dan por sentado lo que queda por probar: ¿Por qué ocurrió la retardación de la Tierra tan rápidamente, al parecer en respuesta directa a la campaña para la oración global de Tomás el Proclamador? ¿Podemos creer que esa alineación única de fuerzas astrológicas ocurrió por casualidad el día después de esa hora de oraciones? ¿Podemos creer que los malvados seres extragalácticos se metieron por casualidad en la rotación de la Tierra exactamente ese día? El elemento de coincidencia necesario para sostener éstos y otros argumentos es mortal para ellos, creo yo.

»¿Con qué nos quedamos, entonces? Sólo con la explicación de que el Señor Todopoderoso, haciendo caso a las peticiones de la humanidad, obró un milagro para que nos confirmáramos en nuestra fe en Él.

»Ésa es mi conclusión. Ésa es la de muchos de vosotros. Pero ¿se deduce necesariamente que la penosa historia religiosa de la humanidad, con todas sus guerras santas, sus dogmas absurdos, sus ritos infantiles, sus ayunos y flagelaciones, se justifica por eso? Porque tú y tú y tú y yo fuimos arrollados ese 6 de junio, fuimos destrozados, deshechos de nuestro escepticismo por un acontecimiento que no tiene una explicación racional, ¿debemos ir corriendo a las iglesias y las sinagogas y las mezquitas para inscribirnos inmediatamente en la ortodoxia de nuestra preferencia? Yo creo que no. Creo que era correcto mantener nuestras actitudes de escepticismo y de racionalismo, aunque nuestro objetivo fue equivocado. Al desdeñar los atavíos triviales y ostentosos de la fe organizada, al pasar por alto las iglesias donde se arrodillaban devotamente nuestros vecinos, erramos también al apartarnos del asunto que era la base de su fe: la existencia de un Ser Supremo cuyo plan divino guía el universo. El hacer girar los molinillos de oraciones y el susurrar de credos nos parecían acciones tan inanes que en nuestra repulsión por tales cosas, llegamos a negar todos los conceptos de un orden más alto, de un universo teleo-lógico, y abrazamos el concepto de un cosmos enteramente azaroso. Entonces la Tierra se inmovilizó durante un día y una noche.

»¿Cómo ocurrió? Admitimos que fue la obra de Dios, tú y yo, aunque estamos asombrados al encontrarnos diciéndolo. Hemos sido empujados hacia una posición de creencia por ese acontecimiento inexplicable. ¿Pero

qué queremos decir por «Dios»? ¿Quién es Él? ¿Un viejo con una larga barba blanca? ¿Dónde se le puede hallar? ¿En alguna parte entre las órbitas de Marte y de Júpiter? ¿Es un ser sobrenatural, o meramente un ser extraterrestre? ¿Reconoce Él también una autoridad superior? Y así sucesivamente, una infinidad de nuevas preguntas. No poseemos un conocimiento válido de Su naturaleza, aunque ahora tenemos un conocimiento seguro de Su existencia.

»Muy bien. Una oportunidad tremenda existe para nosotros, los pocos discernientes, para nosotros que tenemos costumbre de la actividad intelectual. A todo nuestro alrededor vemos un mundo enloquecido. Los apocalipsistas se desmayan de placer pensando en la catástrofe que se acerca, los glosolaliacos cotorrean con júbilo maniático, los superiores de las jerarquías eclesiásticas atrincheradas están horrorizados ante la posibilidad de que el Milenio pueda estar realmente a mano; todo está en flujo, todo es nuevo y extraño. Surgen nuevos cultos. Se disuelven viejas doctrinas. Y éste es nuestro momento. Vamos a intervenir y reemplazar la credulidad y la superstición con la razón. El fin de los cultos; el fin de la teología; el fin de la fe ciega. Que sea nuestro objetivo relacionar los acontecimientos de ese pasmoso día con algún principio de la razón, y desarrollar un movimiento útil, dinámico y *racional:* un movimiento de renacimiento y renovación, no una religión *per se,* sino un conjunto de creencia basada en el concepto de que existe un plan divino, de que vivimos bajo la autoridad de un Ser Supremo o por lo menos superior y de que debemos luchar para llegar a algún tipo de relación racional con este ser.

»Ya hemos tenido la fuerza moral de admitir que fue un error nuestro viejo escepticismo. Ahora, que proveamos una alternativa atractiva para los que todavía encontramos desagradable la ortodoxia ritualista, pero que tememos un colapso total hacia la confusión apocalíptica si no se dan pasos para fortalecer la perspicacia espiritual de la humanidad. Vamos a crear, si podemos, un movimiento puramente secular, una religión no-religiosa, que ofrezca la esperanza de establecer un diálogo significante entre nosotros y Él. Vamos a hacer planes. Vamos a encontrar símbolos poderosos con los cuales podamos influir a los indecisos y a los confundidos. Vamos a marchar adelante como cruzados en un esfuerzo dramático de salvar a la humanidad de la sinrazón y de la desesperación.

Y así, sucesivamente. Creo que fue un discurso bastante elocuente, especialmente cuando se considera que venía de alguien que no tiene la costumbre de pronunciar oraciones. Una copia salió en el periódico local el día siguiente y se reimprimió en todas partes. Mi línea «nosotros los pocos discernientes» recibió mucha atención, y engendró una etiqueta instantánea para nuestro previamente innominado movimiento. Llegamos a ser conocidos como los Discernidores. Una vez que tuvimos nombre, cambiamos de categoría. Ya no éramos simplemente un grupo de ciudadanos preocupados. Ahora constituimos un culto, un culto escéptico, racional, antisupersticioso, verdad, pero sin embargo un culto, una secta, la faceta más nueva de la furiosamente prolífica locura mundial de los últimos días.

8

UNA EXPECTACIÓN DE ESPERADORES

Yo sé que no ha estado de moda creer en Dios durante estos veinte, treinta, cuarenta años pasados, la gente no ha seguido Su senda mucho pero yo siempre lo hacía, aún cuando era pequeño creía de veras y le amaba a Él y quería asistir a la iglesia todo el tiempo, incluso a mitad de la semana yo le decía a mi madre, vamos a la iglesia, sinceramente me gustaba arrodillarme y rezar y sentirle a Él cerca de mí pero ella decía: no Davey, tienes que esperar hasta el domingo porque estamos sólo a miércoles ahora. Así que como dicen no soy extraño a Sus senderos y, por supuesto, cuando llamaron a ese día de oración yo rezaba con todo el corazón rogando que Él nos diera una Señal, pero aún así no soy ningún tonto, quiero decir, no acepto todo en una bandeja de plata, hago preguntas, tengo dudas, pruebo cosas y tanteo el asunto un poco, no soy uno de ésos típicos palurdos campesinos que aceptan todo por fe. De un modo supongo que se podría decir que pertenezco a los pocos discernientes aunque no quiero que nadie tenga la idea de que soy un discernidor; ah, no, no tengo ninguna simpatía de ninguna clase por esa cuadrilla de ateos. De cualquier forma todos rezamos y la Señal vino y mi primera reacción fue la alegría, no me importa contarles que lloré de alegría cuando se paró el Sol todavía creyendo que toda la fe de toda la vida había sido confirmada y que los descreídos harían mejor temblando de miedo, pero entonces un día o más después empecé a pensarlo y me pregunté ¿cómo sabemos que la Señal realmente vino de Dios? ¿Cómo podemos estar seguros de que el ser que habíamos invocado está realmente de nuestro lado?, me pregunté, y por supuesto no tenía una buena respuesta para eso. Qué sé yo, quizá habíamos conjurado a Satanás el Maldito y lo que imaginábamos que era un milagro fue realmente una mala jugada salida de las profundidades del infierno hecha para llevarnos a todos a la perdición. Acá están los discernidores que nos cuentan que se arrepienten de su ateísmo porque ya saben que Dios es real y que Dios está con nosotros, pero qué ingenuos son, ni consideran la posibilidad de que la Señal sea una trampa y una decepción, les digo que no podemos estar seguros de qué cosa es, *no podemos estar seguros* absolutamente. La Señal podría haber venido de Dios o del Diablo y no sabemos, no sabremos hasta que recibamos una segunda Señal que yo espero, que yo creo vendrá bastante pronto. ¿Y qué nos dirá esa segunda Señal? Yo sostengo que eso no se ha decidido aún en lo alto, puede ser una Señal anunciadora de nuestra condenación absoluta o puede ser una Señal dándonos la bienvenida al Paraíso Terrestre y debemos esperarla humilde y devotamente, mis amigos, debemos rezar y purificarnos y prepararnos para lo peor tan bien como para lo mejor. Me gusta pensar que dentro de poco Dios Mismo se nos presentará no de ninguna manera indirecta como detener el Sol, sino en manifestación directa o como Dios Padre o como Dios Hijo y nos salvaremos, pero esto pasará sólo si *nos mantenemos rectos.* Si nos sometemos al error y al mal sucederá que el adviento del Diablo descenderá sobre nosotros porque como Tomás mismo ha dicho, nuestro destino está en nuestra mano tan bien como en la de Él y creo que la primera Señal fue únicamente el comienzo de un proceso que se decidirá para bien o para mal en los días inmediatos. Por eso yo, Davey Strafford, les llamo a ustedes mis amigos a guardar la senda de la fe porque no debemos vacilar en nuestra esperanza de que El Que Viene se incline en amor hacia nosotros, y yo digo que ésta es nuestra hora

de la prueba suprema y que si no la aprobamos quizá descubramos que es Satanás que se presenta a reclamar nuestra alma. Digo una vez más que no podemos interpretar la primera Señal, sólo podemos tener fe en que es verdaderamente de Dios y tenemos que rezar para que sea así mientras esperamos el último veredicto del cielo, por lo tanto, hemos conseguido alquilada la tienda de comestibles desocupada en la Avenida Coshocton, a la que hemos puesto el nuevo nombre de la Primera Iglesia de los Esperadores de la Redención y rezaremos las veinticuatro horas del día; somos diecisiete ahora y rezaremos en turnos de tres horas cinco de nosotros a la vez en rotación los números aumentando mientras tome lugar el esperado crecimiento rápido. Yo confío en que ustedes vendrán con nosotros y aumentarán nuestra voz porque hay que rezar, tenemos que hacerlo, no hay otro remedio ahora, sólo rezar mucho para que El Que Viene sea benévolo, y les ruego que sigan rezando y que tengan el corazón lleno de confianza en ésta nuestra hora de espera.

9
UN CLAMOR DE PROCLAMADORES

Kraft entra al cuarto mientras Tomás cuelga el teléfono.

-¿Con quién hablabas? -pregunta Kraft.

-Gifford el Discernidor que llamó de Boston.

-¿Por qué estás tú contestando el teléfono?

-No había nadie más aquí.

-Había tres apóstoles en la otra oficina que podían haber tomado la llamada, Tomás.

Tomás se encoge de hombros.

-Habrían tenido que pasármela a mí al fin. Así que lo cogí yo. ¿Qué tiene de malo?

-Tienes que mantener las distancias entre tú y las rutinas diarias. Tienes que quedarte allí sobre tu pedestal y no ir de acá para allá cogiendo teléfonos.

-Trataré de hacerlo, Saúl -dice Tomás apesadumbrado.

-¿Qué quería Gifford?

-Le gustaría unir los dos grupos, el suyo y el nuestro.

Los ojos de Kraft echan chispas.

-¿Unirse? *¿Unirse?* ¿Qué somos, algún tipo de fábrica? Somos un movimiento. Una fuerza espiritual. Hablar de fusiones es un disparate.

-Él quiere decir que debemos empezar a trabajar juntos, Saúl. Dice que debemos unir fuerzas porque los dos estamos al lado de la cordura.

-¿Y qué significa eso exactamente?

-Que somos los dos anti-apocalipsistas. Que estamos trabajando para conservar la sociedad en vez de enterrarla.

-Una simplificación exagerada -dice Kraft-. Nosotros comerciamos con fe y él comercia con ecuaciones. Nosotros creemos en un Ser Divino y él cree en la santidad de la Razón. ¿Dónde está el punto de coincidencia?

-Los incendios de Cincinnati y de Chicago son nuestro punto de coincidencia, Saúl. Los apocalipsistas están volviéndose locos. Y ahora estos

esperadores también, estos portavoces de Satanás. No. Tenemos que actuar. Si yo me pongo a la disposición de Gifford...

-¿A su *disposición?*

-Quiere que haga yo una declaración pública apoyando el espíritu, si no la sustancia de la filosofía de los discernidores. Piensa que servirá para calmar la cosa un poco.

-Quiere apropiarse de ti para sus propios fines.

-Para los fines de la humanidad, Saúl.

Kraft ríe ásperamente.

-¡Qué ingenuo eres, Tomás! ¿Has perdido el juicio? No puedes hacer una alianza con ateos. No puedes dejar que te transformen en un muñeco de ventrílocuo que...

-Ellos creen en Dios tanto como...

-Tú tienes poder, Tomás. Está en tu voz, está en tus ojos. Ellos no tienen ninguno. Sólo son una cuadrilla de profesores. Quieren apropiarse de tu poder y usarlo para servir sus propios fines. No te quieren a ti, Tomás, quieren tu carisma. Yo prohibo esta alianza.

Tomás tiembla; le saca dos cabezas a Kraft pero su cuerpo entero se estremece y Kraft se queda firme. Tomás dice:

-Estoy tan cansado, Saúl.

-¿Cansado?

-La bulla. Los motines. Los incendios. Estoy llevando un peso demasiado grande. Gifford me puede ayudar. Con planes, con ideas. Es una cuadrilla de listos, esa gente.

-Yo puedo darte toda la ayuda que te haga falta.

-¡No, Saúl! ¿Qué me vienes diciendo desde siempre? ¡Que rezar es suficiente en toda ocasión! ¡Fe! ¡Fe! ¡Fe! ¡La fe mueve montañas! ¡Pues tenías razón, sí! Canalizabas tu fe a través de mí y yo hablé a la gente y nos conseguimos un milagro, ¿pero ahora qué? ¿Qué hemos logrado realmente? Todo se cae a pedazos, y nos hacen falta almas fuertes para construir y reconstruir, y tú no ofreces nada nuevo. Tú...

-El Señor proveerá a...

-¿Lo hará? ¿Lo hará, Saúl? ¿Cuántos miles de muertos ya, desde el 6 de junio? ¿Cuántos dólares en daños a la propiedad? El gobierno paralizado. El transporte quedándose interrumpido. Nuevos cultos. Nuevos profetas. Aquí está Gifford y dice: Vamos a juntar fuerzas, Tomás, a tratar de trabajar juntos, y tú me dices...

-Lo prohibo -dice Kraft.

-Está todo hecho. Gifford llegará en el primer vuelo al oeste, y...

-Le llamaré. No debe venir. Si lo hace, no le dejaré verte. Les diré a los apóstoles que le cierren la puerta.

-No, Saúl.

-No lo necesitamos. Todo se vendrá abajo si le dejamos acercarse a ti.

-¿Por qué?

-¡Porque es ateo y la fuerza de nuestro movimiento procede del Señor! -grita Kraft-. ¿Tomás, qué te ha pasado? ¿Dónde está tu fuego? ¿Dónde está tu fervor? ¿Dónde está mi viejo Tomás jactancioso que respondió a Dios? Eructa, Tomás. Escupe en el suelo, rásgate la tripa, blasfema un poco. Te buscaré un vaso de vino. Me escandaliza verte lloriqueando así. Diciéndome qué cansado estás, qué asustado.

-No tengo muchas ganas de jactarme estos días, Saúl.

-¡Joder! ¡Jáctate como nunca! ¡El mundo entero te está mirando! Espera, escucha: te voy a hacer el bosquejo de un nuevo discurso y lo darás mañana por la noche en la red entera. Vamos a rebasarles a Gifford y su cuadrilla. Vamos a apropiarnos de *él.* Tomás, lo que vas a hacer es llamar a un nuevo acto de fe, algún tipo de manifestación masiva, algo que sea simbólico y poderoso, algo para sacar a la gente de la desesperación y la destrucción. Seguiremos la línea de los discernidores *además* de nuestro propio elemento de fe. Vas a denunciar a todos los nuevos cultos falsos y animar a todo el mundo a... a... déjame pensar... ¿hacer un peregrinaje de algún tipo?... una reunión... un bautismo masivo, eso es, una marcha hacia el mar, todo el mundo se baña en el mar de Dios, se lava del pecado, de la duda. ¿Está bien? Una rededicación a la fe. -Kraft tiene la cara roja. Le brilla la frente. Tomás le mira con enfado. Kraft sigue-: No pongas esa cara larga. Lo harás y funcionará. Alejará a la gente del abismo del apocalipticismo. Objetivos positivos, ésa es nuestra táctica. Tomás el Proclamador clama que debemos trabajar juntos bajo Dios. ¿Sí? Sí. Vamos a tener la cosa bajo control dentro de diez días. Te lo prometo. Ahora, vete a tomar un trago. Descansa. Tengo que llamar a Gifford y luego empezaré a esbozar tu nuevo discurso. Vete. ¡Y no pongas esa cara triste, Tomás! Tenemos un poder enorme en la mano. Esgrimimos la espada del Señor. ¿Quieres entregar todo eso a esa gente de Gifford? Vete. Vete. Que descanses, Tomás.

10
LA POSTRACIÓN DE LOS PROPICIADORES

TODOS LOS PRESIDENTES DE PARROQUIAS:
COPIAR Y DISTRIBUIR, POR FAVOR

El reverendo August Hammacher a sus amados hermanos en Cristo, miembros de la Auténtica Iglesia de la Doctrina de la Propiciación, este mensaje del Templo Central: Saludos y bendiciones. Que sean avisados que hemos comunicado al Anciano Davey Strafford de la Primera iglesia de los Esperadores de la Redención que desde esta fecha ya no nos consideramos en comunión con su iglesia, con motivo de irremediables diferencias doctrinales. Ahora está prohibido a los miembros de la Auténtica Iglesia participar en el rito de los Esperadores, aunque continuaremos recordando a los Esperadores en nuestras oraciones y luchando para su salvación como si fuera nuestra propia gente.

El cisma entre nosotros y los Esperadores que ha estado en desarrollo durante más de una semana, surge de un desacuerdo fundamental en cuanto a la naturaleza de la Señal. Es, por supuesto, nuestra creencia, reforzada mucho por los acontecimientos de los días recientes, que la Señal predice una venidera realineación en el cielo, los probables beneficiarios de la cual serán las Fuerzas Diabólicas. En la expectación del establecimiento inminente de los Poderes Tenebrosos en la Tierra, nosotros, por lo tanto, dirigimos nuestro más humilde homenaje a Satanás, la Segunda Encarnación de Cristo, esperando que cuando Él venga entre nosotros tome conocimiento de nuestra reverencia y nos perdone del holocausto último.

Ahora, los Esperadores mantienen lo que es esencialmente una posición agnóstica, al decir que no podemos saber si la Señal procede de Dios o de Satanás, y que hasta una revelación más, debemos seguir rezando como antes al Padre y al Hijo, para que quizá por nuestras súplicas podamos parar enteramente el adviento de Satanás. Hay un punto de parentesco superficial entre sus ideas y las nuestras, el cual es una renuencia a compartir la confianza de Tomás el Proclamador por un lado, y de los Discernidores por el otro, en que la Señal es la obra de Dios. Pero se puede ver que existe un conflicto básico de doctrina entre nosotros y los Esperadores porque ellos se niegan a comprender nuestras enseñanzas en cuanto a la benevolencia potencial de Satanás, y se aferran a una actitud que Él puede considerar peligrosamente ofensiva. Mal dispuestos a comprometerse al fin con un partido o con el otro, esperan seguir un cauteloso curso moderado sin darse cuenta de que, cuando el Tenebroso venga, castigará a todos los que no quisieron aceptar el sentido propio de la revelación del 6 de junio. Hemos esperado inclinar a los Esperadores hacia nuestra posición, pero su actitud se ha vuelto cada vez más insultante al tiempo que revelamos sus incongruencias doctrinales, y ahora no tenemos otra alternativa salvo pronunciarles excomulgados. Porque ¿qué dice la Revelación? «Conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente: ¡Ojalá fueses frío o caliente! Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.» No podemos correr el riesgo de ser contaminados por estos tibios Esperadores que no doblarán la rodilla al Tenebroso, aunque admiten la posibilidad (pero no la inevitabilidad) de Su Adviento. Sin embargo, amados amigos en Cristo, estoy feliz al revelar que hoy día hemos establecido comunión preliminar con la Iglesia Unida Demonólatra Apocalíptica de Pentecostés de los Estados Unidos, cuya oficina central está en Los Ángeles, California. No hace falta que recapitule sobre los profundos abismos doctrinales que nos separan de las sectas apocalipsistas en general, pero aunque aborrecemos ciertas enseñanzas incluso de esta facción demonólatra, reconocemos grandes áreas de creencia común que nos vinculan, y esperamos separar por completo, con el tiempo, a los Apocalipsistas Unidos Demonólatras de sus errores. Esto no se debe interpretar, de ninguna manera, como una autorización actual para que los comulgantes de la Auténtica Iglesia de la Doctrina de la Propiciación tomen parte en las actividades apocalipsistas, aún las que no son destructivas, pero sí quiero avisarles de la posibilidad de una relación más profunda con, por lo menos, un grupo apocalipsista, mientras rompemos nuestra unión con los Esperadores. Todos nosotros, los del Templo Central, les enviamos a todos ustedes nuestro amor. Nos postramos humildemente ante el Tenebroso cuyo triunfo está predestinado. En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo y de El Que Viene. Amén.

11
LA MARCHA AL MAR

Fue la cosa más aterradora que ocurriera jamás. Como un ejército de invasión, cayó sobre nosotros. Como una plaga de langostas. Vinieron como

las langostas sobre la tierra de Egipto cuando Moisés extendió la mano. Lo cuenta en Éxodo X, 15: *Y cubrió la faz de todo el país y oscurecióse la tierra: y consumió toda la yerba de la tierra, y todo el fruto de los árboles que había dejado el granizo, que no quedó cosa verde en árboles ni en yerba del campo por toda la tierra de Egipto.* Como una pesadilla. Lucy y yo éramos los egipcios y toda la gente de Tomás eran las langostas.

Lucy quería estar en medio de eso desde el principio. Para ella, Tomás era como un santo profeta de Dios desde el momento en el que empezó a predicar, aunque yo traté de decirle ya entonces que era un charlatán y un loco peligroso con antecedentes criminales. Mírale la cara, le dije, ¡mira esos ojos! Para qué me sirvió. Tenía un álbum de recortes de él como si él fuera una estrella de cine y ella una chica de quince en vez de una mujer de setenta y cuatro. Fotos suyas, textos de todos sus discursos. Se enfadaba conmigo cuando le llamaba loco o sin escrúpulos: tuvimos la peor pelea que hemos tenido quizá en treinta años cuando ella quería mandarle 500 dólares para ayudarle a pagar sus gastos de televisión y yo se lo negué absolutamente. Después del Día de la Señal, naturalmente llegó a considerar que él ocupaba un sitio allá arriba en la misma categoría exaltada de Moisés, Elias y Juan Bautista, una de las verdaderas voces ungidas del *Señor,* y supongo que yo empezaba a pensar en él de esa manera también, a mi pesar. Aunque no me gustaba ni tenía confianza en él, percibía que él tenía un poder especial. Cuando todo el mundo rezaba pidiendo la Señal yo recé también, no tanto porque pensara que iba a pasar, sino sólo para evitar líos con Lucy, pero sí recé de todo corazón, y cuando la Tierra dejó de girar tuve escalofríos y me dio un sobresalto tal que pensé que quizá fuera una embolia. Así que le pedí perdón a Lucy por todas las cosas que había dicho de Tomás. Todavía sospechaba que era un loco y un charlatán, pero no podía negar que también tenía algo del santo y del profeta. Supongo que es posible que un hombre sea santo y charlatán al mismo tiempo. Todo es posible. Entiendo que una de estas nuevas religiones está diciendo que Satanás es realmente una encarnación de Jesús, o el cuarto miembro de la Trinidad o algo semejante. Honradamente.

Pues, entonces, todos los motines y los incendios empezaron cuando vino el calor y parecía que el mundo se volvía loco, y las cosas estaban peores y no mejores después de que Dios nos había dado Su Señal, y Tomás proclamó este Día de la Rededicación, todo el mundo al mar a lavarse de sus pecados, una verdadera reunión de antaño, renovadora por inmersión total, en la que nos juntaríamos todos y denunciaríamos los nuevos cultos y pondríamos las cosas en buen camino otra vez.

Lucy me vino toda radiante y dijo: Vamos, vamos a tomar parte en esto. Creo que pretenden que haya diez sitios de reunión en todas partes de los Estados Unidos, Nueva York, Houston, San Diego, Seattle y Chicago y no me acuerdo cuáles otros, pero Tomás mismo iba a asistir a la principal en Atlantic City, que está sólo un poco al sur de aquí por la costa y las actas de sesiones serían transmitidas por teledifusión viva a todas las otras reuniones convocadas acá y en el extranjero. Ella nunca había visto a Tomás en persona. Le dije que sería una locura para personas de nuestra edad mezclarse con una muchedumbre del tamaño de las que atrae Tomás siempre. Nos machacarían, nos pisotearían, moriríamos tan seguro como que era de día. Mira, dije, vivimos aquí mismo junto a la playa en todo caso, el mar está a cincuenta pasos de la entrada de nuestra casa; por tanto, ¿por

qué meternos en líos? Nos quedamos aquí y miramos las oraciones en televisión y entonces cuando todo el mundo baje al mar a purificarse podemos ir aquí a nuestra propia playa y tomaremos parte en las cosas sin correr riesgos. Yo veía que Lucy estaba desilusionada al no poder ver a Tomás en persona, pero al fin y al cabo es una mujer sensata y yo voy a cumplir ochenta en noviembre y ya se habían visto escenas bastante locas en cada una de las ocasiones en las que Tomás apareció en público.

El gran día amaneció y yo encendí el televisor y entonces, claro, escuchamos las noticias de que la ciudad de Atlantic había prohibido la reunión de Tomás en el último momento por motivos de seguridad pública. Un gran petrolero se había partido en pedazos a poca distancia de la costa la noche anterior y una capa de crudo se acercaba a la playa, dijo el alcalde. Si hubiera una reunión masiva en la playa en ese día, esto impediría los procedimientos de prevención de contaminación de la ciudad, y además el petróleo pondría en peligro la salud de cualquiera que se metiese en el agua, así que iban a aislar con un cordón policiaco todo el terreno costero de Atlantic City; policía adicional llamada de fuera, líneas de rayos láser colocadas en su sitio, y así sucesivamente. Realmente la capa de petróleo no se hallaba cerca de Atlantic City y estaba siendo arrastrada por la corriente en dirección contraria, y cuando el alcalde habló de seguridad pública realmente quería decir la seguridad de su ciudad, porque no quería que un par de millones de personas rompieran el entarimado del paseo de la playa ni destrozaran los escaparates. Así que allí estaba Atlantic City cerrada herméticamente y Tomás tenía esta inmensa horda de gente ya agrupada, procedentes de Filadelfia, Trenton y Wilmington, e incluso Baltimore, una muchedumbre tan grande que no se podía contar, cinco, seis, quizá diez millones de personas. La mostraron desde una vista de helicóptero y todo el mundo estaba hombro con hombro, unos treinta kilómetros en esta dirección y ochenta kilómetros en la otra dirección, así parecía de todas formas, y casi el único espacio abierto era donde estaba Tomás, un claro de unos cincuenta metros de diámetro con sus apóstoles haciendo un círculo cerrado para protegerlo.

¿Adonde iba esta multitud puesto que no podía entrar en Atlantic City? Pues, dijo Tomás, todo el mundo simplemente marchará por la costa de Jersey y se dispersará a lo largo de la playa desde Long Beach Island hasta Sandy Hook. Cuando oí eso, quería meterme en el coche y arrancar para -quizá- Montana, pero ya era demasiado tarde, los que marchaban ya estaban en camino, todas las carreteras principales estaban atascadas por ellos. Subí a la terraza con nuestros prismáticos y pude ver los primeros cruzando el arrecife; caminaban setenta u ochenta en fondo, un mar de caras detrás de ellos, como las hordas mongoles de Gengis-Khan. Un enjambre se dirigía al sur, hacia Beach Haven, y el otro venía hacia el norte por Surf City, Loveladies y Harvey Cedars, en dirección hacia nosotros. Miles y miles y miles de ellos. Nuestra isla es larga y flaca como cualquier punta de arena costera, y está bastante edificada por el lado de la playa y por el lado de la bahía también, sin ningún espacio abierto salvo las calles estrechas, y no había *sitio* para toda esa gente. Pero seguían llegando, y mientras observaba por los prismáticos pensé que me mareaba porque imaginé que algunas de las casas por el lado de la playa se movían también, y entonces me di cuenta de que las casas *sí* se movían, y algunas de las más frágiles estaban siendo arrancadas completamente de sus cimientos por la

Librodot

presión de la humanidad. Volcadas y trituradas bajo los pies, casas enteras, ¿te imaginas? Le dije a Lucy que rezara, pero ya lo estaba haciendo, y preparé mi escopeta porque creía que por lo menos había que tratar de protegernos, pero le dije que probablemente éste iba a ser nuestro último día vivos y la besé y nos dijimos qué bueno había sido, todo eso, cincuenta y tres años juntos. Y entonces la multitud vino derramándose por nuestra parte de la isla. Corriendo hacia la playa. Una multitud furiosa y loca.

Y estaba allí Tomás, cerca de nuestra casa. Más grande que yo pensaba que sería, el pelo y la barba todo enmarañados, tenía la cara roja y la piel desprendiéndosele por la quemadura de sol -estaba tan cerca que podía ver la quemadura- y él estaba quieto en medio de su círculo de apóstoles, y gritaba por un megáfono, pero no importa cuánta amplificación le daban a los altavoces del helicóptero arriba, era imposible entender nada de lo que decía. Saúl Kraft estaba junto a él. Parecía pálido y con miedo. La gente iba echándose al agua, algunos completamente vestidos y otros en cueros vivos, hasta que el borde de la playa estuvo atestado hasta donde empieza el rompeolas. Mientras más y más gente entraba en el agua atropelladamente, los más alejados fueron empujados hacia el agua profunda, y creo que fue entonces cuando empezaron a ahogarse. Sé que vi a unos cuantos que agitaban las manos y daban patadas y gritaban pidiendo socorro e iban siendo barridos mar adentro. Tomás se quedó en la playa, gritando por el megáfono. Debió de haberse dado cuenta de que todo estaba fuera de control, pero no había nada que pudiera hacer. Hasta ese momento, el empuje de la multitud fue todo hacia adelante, hacia el mar, pero luego hubo un cambio en la corriente de cuerpos: algunos de los que estaban en el agua trataban de abrirse paso a la fuerza hacia tierra; y chocaron de cabeza con los que iban en dirección contraria. Pensé que salían del agua por no ahogarse, pero entonces vi las manchas negras en su ropa y pensé, *¡la capa de crudo!* Y sí, estaba ahí, no abajo cerca de Atlantic City, sino acá cerca de nosotros, a poca distancia de la playa, y moviéndose hacia la ribera. La gente del agua se empantanaba en ella, se manchaba la cara, el pelo, todo, pero no podía llegar a la ribera por la corriente humana que se lanzaba todavía en dirección opuesta. Entonces fue cuando empezaron a pisotearse, mientras los que salían del agua, tosiendo, atragantándose y cegados por el petróleo, caían bajo los pies de aquellos que todavía intentaban meterse en el mar.

Miré a Tomás otra vez y estaba como un loco. Tenía la cara enloquecida y había tirado el megáfono y sólo chillaba, con las cuerdas frenéticas resaltando en su cuello y su frente. Saúl Kraft se le acercó y le dijo algo y Tomás dio la vuelta como la ira de Dios, y giró y se estiró y aplastó las manos como dos porras sobre la cabeza de Saúl Kraft, y sabes que Saúl Kraft es un hombre pequeño y cayó como muerto, con la cara llena de sangre. Dos o tres apóstoles le levantaron y le llevaron a una de las casas de la playa. En ese instante alguien logró deslizarse por el cordón de apóstoles y fue corriendo hacia Tomás. Era un hombre bajo y regordete y llevaba la vestidura de una de las nuevas religiones, un esperador o propiciador o que sé yo, y tenía en la mano un hacha-láser. Le gritó algo a Tomás y levantó el hacha. Pero Tomás se movió hacia él y se estiró tan alto que el asesino parecía encogerse, y el hombre tenía tanto miedo que no podía hacer nada. Tomás extendió la mano y le quitó el hacha de su mano y la arrojó a un lado. Entonces agarró al hombre y empezó a golpearle, puñetazos tremendos a corta distancia, pum, pum, pum, casi haciéndole saltar la cabeza. Tomás no

parecía humano mientras hacía eso. Era algún tipo de máquina de destrucción. Estaba bramando, rugiendo y echando espuma por la boca, y estaba golpeando con este terrible ritmo mortal, pum, pum, pum. Al fin se paró y tomó al hombre en las dos manos y lo arrojó a través de la playa, como tirarías un muñeco de trapo. El hombre voló quizá siete metros y aterrizó y no se movió. Estoy seguro que Tomás lo mató a golpes. He aquí tu santo profeta, un santo de Dios. De repente, todo su aspecto cambió: se puso terriblemente tranquilo, casi helado, erguido allí con los brazos colgados y los hombros alzados y el pecho jadeando de todos esos golpes. Y se echó a llorar. Su cara se agrietó como el hielo de invierno sobre una laguna de primavera y yo vi las lágrimas. Nunca me olvidaré de eso: Tomás el Proclamador completamente solo en medio de ese manicomio de la playa, sollozando como una viuda reciente.

No vi nada después de eso. Hubo una explosión de vidrio abajo y agarré la escopeta y bajé a ver, y encontré quizá quince personas amontonadas en el suelo de la sala; la muchedumbre de afuera les había lanzado por la ventana panorámica. La ventana les había cortado por todas partes y algunos estaban terriblemente mutilados y todo estaba manchado de sangre y más y más gente entraba volando por el sitio donde había estado la ventana, y oí a Lucy gritar y mi escopeta se disparó y no sé qué pasó después. La próxima cosa de que me acuerdo fue que era ya hacia medianoche y estaba sentado en nuestra casa destrozada por completo y vi que un helicóptero *aterrizó* en la playa y una escuadra táctica comenzó a recoger cadáveres. Había cientos de muertos sólo en nuestro trecho de playa. Ahogados, pisoteados, asfixiados por el petróleo, ataques de corazón, todo. Ya se han llevado los cadáveres pero la isla está en ruinas. Estamos pidiendo esa ayuda para desastres al gobierno. No sé, ¿es propiamente un desastre una reunión religiosa? Lo fue para nosotros. Ese fue el Día de la Rededicación, sin duda: un desastre. La oración y la purificación para juntarnos a todos bajo el estandarte del Señor. Que me caiga muerto por decirlo si no lo quiero decir con todo el corazón: quiero que el Señor y todos sus profetas desaparezcan y nos dejen en paz. Estamos hartos de religión; ya es bastante para una temporada.

12
LA VOZ DE LOS CIELOS

Saúl Kraft -escondido detrás de una masa de aparatos de seguridad, valorados en nueve mil dólares, una serie de exploradores, sensores, puertas de desviación y trampas con palanca de disparo- se pregunta por qué todo va tan mal. Quizá su selección de Tomás como el vehículo fue un error. Tomás ha llegado a entender, es demasiado complejo, demasiado inconstante -un alma doble, demonio y ángel en fusión inextricable-. A pesar de eso, la Cruzada había empezado de una manera bastante prometedora. Obrando por medio de Tomás, él había persuadido a Dios Todopoderoso a responder a las oraciones de la humanidad, ¿no es verdad? ¿Cuánto más que eso le hacía falta hacer?

Pero ahora. Este ambiente carnavalesco de pesadilla por todos lados.

Librodot

Estos cultos, estos otros profetas. Mil interpretaciones de un acontecimiento cuyo significado debía de haber sido claro como el cristal. Las hogueras. La locura chisporroteaba como relámpagos a través del cielo. Quizá la culpa fue de Tomás. El Proclamador era deficiente en verdadera gracia desde el principio. Posiblemente, cualquier movimiento de masas centrado en un profeta que tuviera los defectos de carácter que tenía Tomás estaría inherentemente destinado a deslizarse hacia el caos.

O quizá la culpa fue mía, oh. Señor.

Kraft está en aislamiento desde hace muchos días, tal vez hace varias semanas; ya no está seguro de cuándo empezó este retiro. No ve a nadie, ni siquiera a Tomás, que está ansioso de enmendarse. A Kraft se le han curado las heridas y no guarda resentimiento contra Tomás por haberle golpeado: el fiasco del Día de la Rededicación les había vuelto a todos un poco locos allí en la playa, y el estallido de violencia de Tomás se entendía si no se justificaba. Quizá había sido incluso de inspiración divina; que Dios castigaba a Kraft por sus pecados mediante el vehículo de Tomás. El pecado de orgullo, principalmente. Rechazar a Gifford, organizar el Día de la Rededicación por motivos tan cínicos...

Kraft teme por su alma y por el alma de Tomás.

No se atreve a ver a Tomás ahora, no hasta que haya recobrado su propio equilibrio espiritual; Tomás es demasiado turbulento, demasiado tempestuoso, emite emanaciones de voluntariedad tan poderosas; primero Kraft tiene que recuperar su fuerza moral. Ayuna gran parte del tiempo. Intenta rendirse totalmente al rezar. Pero el rezo no surge: se siente cortado del Todopoderoso; separado de Él como nunca antes ha estado. Al chapucear esta santa Cruzada, debía de haber ganado la desaprobación de Dios. Una sima, un abismo, les parte; Kraft está apegado a la tierra y sin ayuda. Abandona sus esfuerzos de rezar. Da vueltas de un lado a otro de su apartamento, atento al posible ruido de un intruso, constantemente inspeccionando los aparatos de seguridad. Pone sus video-receptores de circuito cerrado, esperando ver incendios en las calles, pero todo está tranquilo allá afuera. Escucha los boletines de noticias en la radio: caos, disturbios en todas partes. Dicen que Tomás está muerto; hay informes del mismo día que dicen que Tomás está en Estambul, Karachi, Johannesburgo, San Francisco; los propiciadores han anunciado que el veinticuatro de noviembre, según sus cálculos, Satanás aparecerá en la Tierra para entrar en su reino; el Papa, que por fin rompe su silencio, ha declarado que no tiene idea qué poder ha sido responsable de los inquietantes acontecimientos del 6 de junio, pero que piensa que sería precipitado atribuir el acontecimiento a la intervención directa de Dios, sin tener más datos. Así que el Papa se ha hecho esperador también. Kraft sonríe. ¡Maravilloso! Le gustaría saber si el arzobispo de Canterbury asiste a las funciones de los propiciadores. O si el Dalai Lama se codea con los apocalipsistas. Todo puede pasar ahora. Gog y Magog están sueltos sobre el mundo. Ya no le sorprende nada a Kraft. No siente asombro siquiera cuando pone la radio una tarde y encuentra que Dios Mismo está transmitiendo, al parecer.

La voz de Dios es rica y majestuosa. Le recuerda algo la voz de Tomás, pero el tono de Dios es menos fervoroso, menos evangélico; Él habla de una manera natural pero seria, como un senador que hace su campaña electoral para su quinto período en el cargo. Hay una intensidad apenas perceptible en el acento regional de Dios: Él podría ser un senador de Pennsylvania, tal

vez, o de Ohio. Ha empezado a transmitir, explica, con la esperanza de restaurar el orden a un mundo agitado. Quiere tranquilizar a todos: no se ha planeado un Apocalipsis; y los que prevén la destrucción inminente del mundo son sumamente imprudentes. Tampoco deben prestar atención a los que afirman que la Señal reciente fue la obra de Satanás. Sin ninguna duda, no lo fue, dice Dios, de ninguna manera, y la propiciación del Enemigo es inapropiada. Por supuesto, hay que ser justo hasta con el Diablo, pero nada más. Yo sólo tenía la intención cuando paré la rotación de la Tierra, declara Dios, de dejarles saber que estoy aquí, velando por sus intereses. Quería que estuvieran conscientes de que, en caso de que haya realmente líos insoportables allá abajo, yo me ocuparé de...

Kraft, con los labios firmemente apretados, cambia de estación. La voz de barítono resonante le persigue.

-que se mantenga la paz y que se fortalezcan las fuerzas de la justicia en-

Kraft enciende el televisor. La pantalla no muestra nada salvo el emblema del canal. En la parte superior de la pantalla brilla, en verde-esmeralda, un rótulo:

LA SUPUESTA VOZ DE DIOS

y en la parte inferior, en escarlata frenético, la segunda leyenda:

POR TRANSMISIÓN DIRECTA DE LA LUNA

La Deidad, mientras tanto, ha pasado suavemente a nuevos temas. Todos los problemas del mundo, observa Él, se pueden atribuir al crecimiento y la propagación del socialismo ateo. El falso profeta Carlos Marx, ayudado por el Anti-Cristo Lenin y los demonios subsidiarios Stalin y Mao, han soltado en el mundo una plaga de impiedad que ha envenenado el siglo veinte entero y, ahora, al amanecer del siglo veintiuno hay que erradicarla. Durante mucho tiempo la gente devota y fervorosa del mundo resistía las perniciosas doctrinas bolcheviques, sigue Dios, con Su voz aún lúcida y razonable; pero en los últimos veinte años se ha efectuado un convenio con los poderes de las tinieblas y esto ha permitido que la corrupción propagadora contagie a países tan espléndidamente rectos como el Japón, el Brasil, la República Federal Alemana, y el propio país amado de Dios, los Estados Unidos de América. La detestable filosofía de la coexistencia ha llevado paso a paso a una trampa a las fuerzas del bien, y como resultado...

Kraft encuentra bastante raro todo esto. ¿Habla Dios a todas las naciones en inglés, o habla japonés con los japoneses, hebreo con los israelíes, croata con los croatas, búlgaro con los búlgaros? ¿Y cuándo se hizo Dios un defensor tan leal de la ética capitalista? Kraft recuerda algo sobre el acto de arrojar a los mercaderes del templo hace mucho tiempo. Pero ahora parece que la voz de Dios está exigiendo una guerra santa contra el comunismo. Kraft le oye llamar a las legiones de los consagrados para atacar al enemigo marxista dondequiera que flamee la bandera roja. Que saqueen embajadas y consulados, que incendien las casas de izquierdistas ardientes, que destruyan bibliotecas y otras fuentes de propaganda peligrosa, aconseja el Señor. Lo dice todo con un tono equilibrado y civilizado.

De pronto, en medio de la frase, la voz del Todopoderoso desaparece de las ondas aéreas. Poco después, un locutor, incapaz de ocultar su mortificación, declara que la transmisión fue una broma ingeniada por técnicos aburridos de una estación-satélite de redifusión. Se han empezado investigaciones con objeto de determinar cómo se dejaron persuadir tantas estaciones de radio y televisión para transmitirlo como una noticia de interés público. Pero para muchos marxistas irreligiosos la revelación llega tarde. Los exigidos saqueos y asaltos han ocurrido en decenas de ciudades. Centenares de diplomáticos, guardias y empleados de oficina han sido asesinados por muchedumbres enloquecidas empeñadas en hacer la obra del Señor. Los daños a la propiedad son inmensos. Una crisis internacional está en desarrollo y hay informes dispersos de represalias contra ciudadanos americanos en varios países de Europa oriental. Vivimos días extraños, se dice Kraft. Reza. Por sí mismo. Por Tomás. Por toda la humanidad. Señor, ten piedad. Amén. Amén. Amén.

13
EL ENTIERRO DE LA FE

El curso de la marcha empieza al límite de la ciudad y va hacia el oeste, alejándose del centro, hacia el laberinto suburbano. Los que marchan -por lo menos mil personas- caminan con grandes, vigorosos pasos a pesar del calor opresivo y húmedo que les envuelve. Van adelante, cruzando frente al parque, que aparece denso con las hojas verde-oscuras del verano tardío; frente al cruce de trébol de la carretera, frente a una fila de moteles y gasolineras incendiados, frente al depósito de agua bombardeado, frente a los cementerios, camino al vertedero municipal.

Gifford, encabezando la procesión larga y solemne, viste ropa corriente de dar clase: un par de gastados pantalones color caqui, una ancha camisa gris y viejas sandalias de cuero. Originalmente, se había hablado de que deberían ir los discernidores más importantes vestidos con sus togas académicas, pero Gifford lo vetó alegando que no estaría en armonía con el espíritu de la ceremonia. Hoy iban a dar sepultura a todas las viejas supersticiones y pomposidades; ¿por qué entonces, adornar a los principales iconoclastas con vestuario hierático como si fueran sacerdotes, como si este nuevo credo fuera a estar tan lleno de mojiganga como las religiones anticuadas que esperaba reemplazar?

Como los que marchan van vestidos de forma tan sencilla, es aún más llamativo el contraste entre las prendas modestas que llevan y los objetos eclesiásticos de opulenta textura que transportan. Nadie va con las manos vacías: cada uno tiene alguna vestimenta, algún artefacto sagrado, alguna obra de escritura. Colgada del brazo izquierdo Gifford lleva una gran alba blanca, trabajosamente bordada, de la que pende un cíngulo sedoso. El hombre que va detrás de él porta una dalmática de diácono; el tercero, una hermosa casulla; el cuarto, una capa consistorial espléndida. El resto de los aparejos sacerdotales viene inmediatamente detrás: amito, estola, manípulo, griñón. Una mujer de ojos escarchados, ya de edad bien avanzada, blande en el aire un báculo; el hombre de al lado lleva una mitra en la cabeza, puesta

formando un ángulo gallardamente burlesco. He aquí sotanas, sobrepellices, capuchos, solideos, sobrepellices cortas, roquetes, mucetas, manteletes, sobrepellices de obispo, y mucho más; prácticamente todo, excepto la misma tiara papal. He aquí cálices, crucifijos, turíbulos, pilas de agua bendita; tres hombres se esfuerzan bajo el peso de un fragmento maravillosamente tallado de un pulpito; una pequeña banda de caminantes exhibe los pertrechos de la Ortodoxia Griega: rhasa, sticharia, epitrachelia y epimanikia, skkoi, epigonatia, zonas, omophoria; blanden iconos y enkolpia, dikerotrikera y dikanikion. Se ven austeras sotanas presbiterianas y yarmulkes y tallithim y tfilin rabínicos. Más atrás, en la procesión, se pueden observar objetos santos más exóticos: molinillos de oraciones y tonkas, sudras y kustis, ídolos de cincuenta clases, cosas sagradas de los confucionistas, shintoístas, parsis, budistas de la rama mahayana e hinayana, jainas, sikhs, animistas sin rito formal, y otros. Los que marchan tienen shofroth, mezuzuzoth, candelabros, patenas e incluso platillos para colectas; no se ha pasado por alto ningún elemento portátil de la fe. Y, por supuesto, los libros sagrados del mundo están bien representados: una infinidad de Antiguos y Nuevos Testamentos, el Corán, el Bhagavad-Gita, los Upanishads, el Tao Te Ching, los Vedas, el Vedanta Sutra, el Talmud, el Libro de los Muertos y más. Gifford ha tenido el estómago algo revuelto a causa de la destrucción de libros; porque es un acto con feas resonancias; pero éstos son tiempos extremos y se requieren medidas extremas. Por lo tanto, él ha dado su permiso incluso para hacer esto.

Muchos objetos que llevan los caminantes fueron donados libremente, en su mayor parte por malhumorados miembros de congregaciones; recibieron algunas cosas de los mismos clérigos enemistados. Otra materia vino principalmente de iglesias o de museos saqueados durante los disturbios civiles. Pero los discernidores no hicieron ningún saqueo propio; simplemente han aceptado donaciones y recogido algunos artefactos que los amotinados arrojaron a las calles. En este punto Gifford es muy rígido: está prohibida la adquisición de materiales por fuerza. Así se ven hoy escasos ejemplos de las vestiduras y los emblemas de los credos recién fundados, puesto que esperadores y propiciadores y sus semejantes apenas estarían dispuestos a contribuir al festival de destrucción de Gifford.

Ya han llegado al vertedero municipal. Es un vasto y llano erial, de una sorprendente apariencia aséptica: hay grandes zonas de prado, y los terrenos incultos del vertedero están nivelados y cubiertos de abono, en preparación para la proyectada siembra otoñal de hierba. Los caminantes dejan sus cargas y los principales discernidores se presentan a coger palas y azadas de un camión que les ha acompañado. Gifford mira hacia arriba; helicópteros dan vueltas y cámaras de televisión se erizan en el cielo. Este acontecimiento tendrá cobertura extensa. Gifford da la vuelta y mira hacia los otros y entona:

-Que esta ceremonia señale el fin de todas las ceremonias. Que este rito introduzca una época sin ritos. Que reine la razón para siempre.

Gifford mismo levanta la primera palada de tierra. Ahora los demás cavadores empiezan a trabajar, a preparar una zanja de tres metros de profundidad, de tres o cuatro metros de ancho. El mantillo se desprende fácilmente, revelando estratos de latas, juguetes rotos, televisores deshechos, llantas de automóvil y rastrillos de jardinería. Un montón de escombros empieza a crecer mientras el equipo de cavadores sigue su tarea; pronto se

Librodot

abre un hoyo poco profundo. Aunque es una hora avanzada de la tarde, no ha disminuido el calor; los que cavan están sudando copiosamente. Descansan con frecuencia y jadean, apoyados en las herramientas. Mientras tanto, los que no cavan están quietos, sin dejar en el suelo lo que llevan en las manos.

El crepúsculo está cerca antes de que Gifford decida si la zanja es adecuada. Otra vez mira hacia arriba, a las cámaras, otra vez se vuelve, para mirar a sus seguidores.

Dice:

-En este día enterramos cien mil años de superstición. Damos sepultura a los viejos ídolos, las viejas fantasías, los viejos errores, las viejas mentiras. La edad de la fe se ha acabado, está terminada; la época de la seguridad se abre. Ya no tenemos necesidad de teólogos para especular sobre la manera apropiada de adorar al Señor; ya no tenemos necesidad de sacerdotes para mediar entre nosotros y Él; ya no tenemos necesidad de escrituras hechas por el hombre que pretendan interpretar Su naturaleza. Todos hemos sentido Su mano sobre nuestro mundo, y ha llegado la hora de acercarnos a Él con ojos lúcidos y con la mente serena y abierta. Por lo tanto, devolvemos a la tierra estas reliquias de épocas pasadas y llamamos a todos los hombres y mujeres discernientes en todas partes a que se reúnan con nosotros en esta ceremonia de renuncia.

Hace una señal. Uno a uno los discernidores avanzan al borde del foso. Uno a uno lanzan hacia adentro sus cargas: albas, casullas, capas, mitras, Coranes, Upanishads, yarmulkes, crucifijos. Nadie se da prisa: el Entierro de la Fe es un asunto serio. Mientras sigue, un redoblar de tambor de apagados truenos distantes retumba a lo largo del horizonte. ¿Una tormenta en camino? Sólo relámpagos de calor, tal vez, decide Gifford. Continúa la ceremonia. Adentro el manípulo. Adentro el shofar. Adentro la sotana. Truenos otra vez: más fuertes, más concretos. Se oscurece el cielo. Gifford intenta acelerar el ritmo de la ceremonia, llamando con señas a los discernidores que se adelanten a dejar caer su botín. Una espada de relámpago taja los cielos y esta vez el trueno en responso llega casi instantáneamente, *ca-doc.* Unas cuantas gotas de lluvia. El pronóstico del tiempo estaba equivocado. Una molestia, pero sin daño verdadero. Otra ráfaga de relámpago. Un estrépito tremendo. Ése habrá caído sólo a unos cientos de metros. Hay algunas risas nerviosas.

-Hemos fastidiado a Zeus -dice alguien-. Está echando rayos.

No le hace gracia a Gifford; le gustan las ironías, pero ahora, no; ahora, no. Y se da cuenta de que se ha hecho lo bastante crédulo desde el seis de junio como para estar preocupado, al menos en forma marginal, por si el Todopoderoso podría estar a punto de castigar a esta sacrílega banda de discernidores. Un fogonazo otra vez. *¡Ca-doc!* Ahora las nubes se rajan por completo y torrentes de lluvia descienden de golpe. En unos momentos las camisas están pegadas a la piel, el fondo del foso se vuelve barro, riachuelos empiezan a correr por el vertedero.

Y entonces, como si hubieran proyectado la tormenta para sus propios fines, una multitud de gentes con caras feroces, con vestiduras chillonas irrumpen a la vista. Esgrimen porras, horquillas, mangos de rastrillos, cuchillas de carnicero y otras armas improvisadas; gritan refranes incoherentes e ininteligibles; se lanzan hacia el grupo de discernidores repartiendo vigorosos golpes a diestra y siniestra.

-¡Muerte a los blasfemos ateos! -es lo que chillan, y frases semejantes.

¿Quiénes son?, se pregunta Gifford. Tal vez una coalición de todos los cultistas. Los helicópteros de la televisión descienden para mejor captar la refriega, y están allí colgados, fuera del alcance, a ocho o diez metros por encima de la lucha. Sus poderosos proyectores dan iluminación apocalíptica. Gifford encuentra unas manos en su cuello: una mujer enloquecida, aullando, grotesca. Él la empuja a un lado y ella cae dentro de la fosa; aterriza sobre una pila de biblias con costra de barro. Una frenética estampida ha comenzado; su gente corre por todas partes, perseguidos por los vengativos siervos del Señor, que esgrimen sus armas con jubileo vindicativo. Gifford ve caer a sus amigos, heridos, golpeados, tal vez asesinados. ¿Dónde está la policía? ¿Por qué no dan protección?

-¡A matar a todos los blasfemos! -una voz maniática chilla cerca de él.

Gira rápido, listo para defenderse. Una horquilla. Siente una extraña y fría claridad mental, y se acerca velozmente haciendo fintas, agarra el mango de la horquilla y lo arrebata a su enemigo. La lluvia redobla su fuerza; una cortina de agua cae entre Gifford y el otro, y cuando logra ver de nuevo, está solo, al borde de la fosa. Arroja la horquilla a la fosa y al instante desea haberla guardado, porque tres de los de las vestiduras se le acercan. Arranca con un cauteloso trote, intenta alejarse de ellos, corre ya en un rápido arranque de velocidad, y da un resbalón en el barro. Aterriza en un charco; tiene el sabor del barro en la boca; está falto de aliento, aterrado, sin poder levantarse. Se tiran encima de él.

-Espera -dice-. ¡Es una locura! -Uno de ellos tiene una porra-. No -murmura Gifford-. No. No. No. No.

14
EL SÉPTIMO SELLO

1. Y cuando él abrió el séptimo sello, fue hecho silencio en el cielo casi por media hora.

2. Y vi los siete ángeles que estaban delante de Dios; y les fueron dadas siete trompetas.

3. Y otro ángel vino y se paró delante del altar, teniendo un incensario de oro; y le fueron dados muchos inciensos para las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro que estaba delante del trono.

4. Y el humo de los inciensos subió de la mano del ángel, delante de Dios, a las oraciones de los santos.

5. Y el ángel tomó el incensario y lo llenó del fuego del altar, y echólo en la tierra; y fueron hechos truenos, y voces, y relámpagos, y terremoto.

6. Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas se aparejaron para tocar.

7. Y el primer ángel tocó la trompeta y fue hecho granizo, y fuego, mezclado con sangre, y fueron arrojados a la tierra; y la tercera parte de los árboles fue quemada, y quemóse toda la yerba verde.

8. Y el segundo ángel tocó la trompeta, y como un gran monte ardiente con fuego fue lanzado en el mar, y la tercera parte del mar se tornó sangre.

9. Y murió la tercera parte de las criaturas que estaban en la mar, las

cuales tenían vida; y la tercera parte de los navíos pereció.

10. Y el tercer ángel tocó la trompeta y cayó del cielo una gran estrella ardiendo como una antorcha, y cayó en la tercera parte de los ríos y en las fuentes de las aguas.

11. Y el nombre de la estrella se dice Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas fue convertida en ajenjo; y muchos hombres murieron por las aguas, porque fueron hechas amargas.

12. Y el cuarto ángel tocó la trompeta, y fue la tercera parte del sol y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas; de tal manera que se oscureció la tercera parte de ellos y no alumbraba la tercera parte del día, y lo mismo de la noche.

13. Y miré y oí un ángel volar por el cielo diciendo a alta voz: ¡Ay, ay, ay de los que moran en la tierra, por las otras voces de trompeta de los tres ángeles que han de tocar!

15
LA HUIDA DEL PROFETA

Todo, todo terminado. Tomás llora. Las ciudades arden. Los mismos lagos están en llamas. Tantos miles muertos. Los apocalipsistas bailan; aunque el año no se ha consumido, el fin está claramente a la vista. La Iglesia de Roma ha lanzado anatema contra Tomás, denegando su milagro: es el Anti-Cristo, ha dicho el Papa. Señales y presagios se ven en todas partes. Ésta es la temporada de terneras con dos cabezas y perros con caras de gato. Nuevos profetas se han levantado. Dios quizá regrese pronto, quizá, no; las revelaciones difieren. Mucha gente reza ahora pidiendo el fin de todas visitaciones y todos milagros semejantes. Los esperadores ya no esperan, pero ahora piden que seamos perdonados en Su próximo adviento; los demonólatras y los propiciadores todavía gritan: Que no vengas, Lucifer. Los que rogaron una Señal de Dios en junio estarían contentos ahora sólo con la renovada y prolongada ausencia de Dios. Que nos abandone; que nos despida de su mente. Es tiempo de antorchas e himnos. Rumores de guerras bárbaras llegan de continentes lejanos. Dicen que la bomba de neutrones se ha usado en Bolivia. Los pocos últimos seguidores de Tomás le han pedido que hable con Dios una vez más, con la esperanza de que las cosas se puedan arreglar, pero Tomás se niega. Están cerradas las líneas de comunicación con Dios. No se atreve a reabrirlas: ¡Ve, ve cuántas plagas y cuántos males ha soltado, tal como está ahora! Él renuncia su profesión de profeta. Otros pueden meterse en el misticismo carismático si les complace hacerlo. Otros pueden arrodillarse ante la zarza en fuego, o sudar en el fulgor de la columna de fuego. Tomás, no. Se ha ido la vocación de Tomás. Todo terminado. Todo, todo, todo terminado.

Espera deslizarse hacia el estado anónimo. Se afeita la barba y rapa el pelo; consigue nueva ropa, insípida y sin distinción; se cambia el color de los ojos; practica andando encogido para disminuir su gran estatura. Quizá no ha perdido sus habilidades de carterista. Entrará en las ciudades silenciosamente, cabizbajo, dedos listos, y así se abrirá camino. Será una vida más tranquila.

Disfrazado, solo, Tomás sale. Vaga, sin ser molestado de lugar en lugar, duerme en rincones apartados, come en cuartos oscuros. Está en Chicago para el Sábado Largo, y está en Milwaukee para la Noche de Sangre, y está en San Luis para la Invocación de la Llama. Estos acontecimientos le dejan sin emoción. Sigue su camino. El año está menguante. Las hojas han caído. Si los apocalipsistas nos dicen verdad, a la humanidad le quedan sólo pocas semanas. La ira de Dios, o de Satanás, arderá sobre la tierra cuando el año 2000 entre majestuoso pisándole los talones a diciembre. Apenas le importa a Tomás. Con que le dejen pasar desapercibido, no le importará que el universo se derrumbe a su alrededor.

-¿Qué piensas? -le preguntan en una esquina en Los Ángeles-. ¿Regresará Dios el día de Año Nuevo?

Unos holgazanes matando el tiempo. Tomás se mueve indolente entre ellos. No le reconocen, está seguro. Pero quieren una respuesta.

-Pues, ¿qué? ¿Qué dices?

Tomás pone una voz pastosa y espesa, y murmura:

-No, ni pensarlo. Nunca más va a meterse con nosotros. Nos dio un milagro y mira lo que hicimos con Él.

-¿Tú crees? ¿Lo piensas de veras?

Tomás asiente con la cabeza.

-Nos ha vuelto la espalda. Él dijo: Tomad, aquí tenéis la prueba de mi existencia y ahora a componeros y progresad. Y al contrario, nos caímos a pedazos aún más de prisa. Así es, pues. Ya estamos hundidos. Ya llega el fin.

-¡Oye, quizá tienes razón! -Una sonrisa socarrona. Guiña el ojo.

Esta conversación le pone inquieto a Tomás. Empieza a apartarse poco a poco, con los codos salientes, meneando la cabeza de arriba abajo torpemente, los hombros alzados. Su nueva manera de caminar, su camuflaje.

-Espera -dice uno de ellos-. Quédate. Vamos a hablar un poco.

Tomás vacila.

-Sabes, creo que tienes razón, compañero. Hemos hecho una real chapuza. Te diré algo más: nunca debimos empezar todo ese lío. Pedir una Señal. Parar la Tierra. Habríamos salido ganando si ese Tomás se hubiera quedado en su oficio de carterista, te lo digo.

-Estoy contigo, trescientos por cien -dice Tomás con una sonrisa repentina: encendida-apagada-. Si me permitís...

Otra vez empieza a ir arrastrando los pies. Diez pasos. La puerta de un edificio de oficinas se abre. Un hombre bajo y delgado sale. *¡Ay, Dios! ¡Saúl!* Tomás cubre la cara con la mano y da la vuelta. Demasiado tarde. No hay remedio. Kraft le reconoce a pesar de todos los arreglos. Sus ojos brillan.

-¡Tomás! -jadea.

-No. Usted se equivoca. Yo soy...

-¿Dónde has estado? -prorrumpe Kraft-. Todo el mundo está buscándote, Tomás. Ah, qué mal hiciste en huir, en evadir tus responsabilidades. Dejaste todo abandonado, todo en nuestras manos, ¿verdad? Pero tú eras el único con la fuerza de dirigir a la gente. Eras el único que...

-Baja la voz -dice Tomás roncamente. No valía la pena seguir con la pretensión-. ¡Por el amor de Dios, Saúl, no me grites! ¡No digas ni nombre! ¿Quieres que sepa todo el mundo que soy...?

-Eso es precisamente lo que quiero -dice Kraft. Ya se ha reunido un grupo de gente, diez personas, una docena. Kraft señala con el dedo-. ¿No lo conocen? Ése es Tomás el Proclamador. Se ha afeitado y se ha cortado el pelo, pero ¿no ven su cara, a pesar de eso? ¡Ahí está el Profeta! ¡Ahí está el ladrón que habló con Dios!

-¡No, Saúl!

-¿Tomás? -dice alguien. Y todos empiezan a murmurarlo-. ¿Tomás? ¿Tomás? ¿Tomás? -Asienten con la cabeza, señalan con el dedo, frotan la barbilla, asienten con la cabeza otra vez-. ¿Tomás? ¿Tomás?

Lo rodean. Miran boquiabiertos. Lo tocan. Él trata de apartarlos. Demasiados, y ahora él sin apóstoles que le defiendan. Kraft está al borde de la muchedumbre y está sonriendo, ¡el pequeño Judas!

-No se acerquen -dice Tomás-. Se equivocan, yo no soy el hombre. No soy Tomás. A mí me gustaría echarle mano. Yo... yo. -*¡Judas! ¡Judas!*-. ¡Saúl! -grita. Y el enjambre se lanza sobre él.

LA IDA

1

En la temprana primavera del año 2095, cuando iba a cumplir ciento treinta y seis años, Henry Staunt decidió de repente que había llegado el momento de su Ida. Notificaría a la Oficina de Realización, conseguiría un Guía compatible, tomaría un apartamento en una de las mejores Casas de Despedida. Con la estación más agradable del año a punto de desplegarse, el momento escogido sería ideal: podría decir sus adioses y hacer sus renuncias durante estos frescos meses verdes y se habría quitado decentemente de en medio antes de que se abriera el brillante ojo del verano.

Ésta fue la primera vez que había considerado la Ida seriamente, y se sintió algo sorprendido de que se le acercara la noción tan de repente. ¿Por qué -se preguntó- estaba dispuesto a terminarla esta mañana, cuando claramente no lo había estado la semana pasada, el mes pasado, el año pasado? ¿Qué invisible divisoria había cruzado sin saberlo, qué imperceptible valle de decisión? Tal vez éste era sólo un efímero humor de las primeras horas de la mañana, tal vez al mediodía se encontraría ansioso de vivir cien años más, a pesar de todo. ¿Eh? No, no era probable. Estaba consciente de la resolución dura y firme, incrustada, encajada, reluciente como una bala bruñida en el centro del alma. *Arréglate para Ir, Henry.* Nada equívoco en eso. Un tono de certidumbre. De finalidad. Aún, pensaba, no debemos apresurarnos a hacer esto. Primero déjame entender mis propios motivos al tomar la decisión. Una muerte no meditada no vale su petición.

Había oído que era útil, cuando venían a la mente pensamientos de Ir, consultar ese libro de Hallam, el manual de morir, la anatomía de la renuncia del mundo. Muy bien. Staunt tocó un esmaltado y luminoso botón de control y la pantalla frente a la ventana brotó en colores.

-¿Señor? -le preguntó la máquina de la biblioteca.

Staunt dijo:

-El libro de Hallam. Ese sobre la muerte.

-*¿El giro de la rueda: la partida como consuelo,* señor?

-Sí.

Al instante la portadilla estuvo en la pantalla. Staunt cogió la varilla de exploración y la apretó aquí, acá y acá, al azar, haciendo aparecer esta página y aquélla. Admiraba la claridad de la imagen. La letra era destacada y elegante, los márgenes eran amplios; sólo después de varios momentos

Librodot

empezó a prestar atención al texto:

«... esencial que la decisión, cuando se hace, esté hecha por las razones apropiadas. Aunque tarde o temprano todos tenemos que hacer girar la rueda, abandonando el mundo a los que esperan un lugar en él, nadie debe irse con resentimiento, pensando que se le ha empujado de la esfera mundial demasiado pronto. Es la tarea del hombre civilizado encaminarse con la plenitud del tiempo a aceptar el conocimiento de que se ha cumplido su vida; no debe emprender la Ida nadie que no esté completamente preparado; y el lograr ese estado de preparación debe ser el objetivo de nuestra vida entera. Con demasiada frecuencia nos engañamos al pensar que estamos verdaderamente preparados, cuando de hecho no hemos llegado siquiera a la preparación y escogemos Irnos por motivos indignos o superficiales. ¡Qué trágico es llegar al verdadero momento de la Despedida y darse cuenta de que uno se ha engañado, de que los motivos son falsos y de que realmente no está ni en lo más mínimo preparado para Ir!

Hay muchas razones impropias para escoger la Ida, pero todas se pueden clasificar como expresiones del deseo de escaparse. El que experimenta frustración emocional o dificultades en el trabajo, o un deterioro de la salud, o la fatiga intensa o desilusiones de algún tipo, puede, en un momento de oscuro capricho, pedir plaza en una Casa de Despedida; pero su verdadera intención es trivial, eso es, la de castigar al mundo cruel escapándose de él. Nunca se debe considerar la Ida como una manera de ajustar cuentas. Hay que señalar otra vez que Ir es algo más que el simple suicidio. Ir no es un acto malhumorado, irracional ni vengativo. Es un acto positivo, un acto de renuncia voluntaria, un acto profundamente moral; uno no lo emprende sin seriedad, meramente para escaparse. Uno no dice: te detesto, vil mundo, y por eso me despido, y en buena hora me libré. Uno dice: te amo, bello mundo, pero he vivido tus placeres al máximo y ahora me aparto para que otros puedan conocer los mismos placeres.

Por lo tanto, cuando uno considera la Ida por primera vez debe esforzarse en descubrir si ha alcanzado la verdadera preparación; eso es, la auténtica voluntad de dejar a un lado el mundo para el bien de otros; o si sencillamente busca satisfacer el ego mediante el gesto del suicidio...»

Había mucho más en esa línea. Lo leería en otra ocasión. Apagó la pantalla.

Así. Encontrar el motivo por el que querer Ir. Caminando lentamente por los frescos y amplios cuartos de su vieja casa del suburbio, Staunt buscaba sus razones. ¿La salud? Perfecta. Era alto, delgado, todavía fuerte, con los propios dientes y una cabellera espesa de pelo blanco bien cortado. No había sufrido ninguna intervención quirúrgica mayor desde el transplante de páncreas hacía setenta años. Todos los años se hacía afinar las arterias, ajustar la vista y mejorar el metabolismo, pero a su edad esas eran cosas de rutina; básicamente era un hombre muy saludable. Con el cuidado médico apropiado -y todo el mundo hoy gozaba de la forma apropiada de cuidado médico- su cuerpo seguiría funcionando serenamente durante décadas.

Entonces ¿qué? ¿Problemas emocionales? Difícilmente. Tenía sus amigos; tenía su familia; su vida nunca había sido más serena que era ahora. ¿El trabajo? Pues raramente trabajaba ya; algunos bosquejos, algunos proyectos de composiciones futuras, pero sabía que nunca llegaría a terminarlas. No importaba. Tenía sólo buenas impresiones cuando pensaba

en su trabajo. ¿Preocupaciones con el estado del mundo? No, el mundo estaba en excelente forma. Raras veces había estado mejor.

El aburrimiento, tal vez. Poco a poco se había cansado de su vida tranquila: estaba cansado de estar contento, cansado de su hermoso ambiente, de los vacíos movimientos de la vida. Podría ser eso. Se acercó a la ventana de vidrio grueso y transparente de la sala y miraba curiosamente el panorama que le había ofrecido tanto placer durante tantos años. El césped, todavía pálido del invierno declinaba llana y serenamente hacia el arroyuelo, donde se apiñaba el simplocarpo bajo. Los cerezos silvestres mostraban los primeros toques de color; las flores del azafrán no acababan de abrirse; los pesados botones de los narcisos estarían estallando ya el sábado. Todo estaba bien afuera. Precioso. Como lo era siempre en estas fechas del año. Aún no se sentía emocionado. No le entristecía pensar que probablemente no vería otra primavera. Ahí está el corazón del asunto, pensó Staunt: debo de estar listo para la Ida, porque no me interesa quedarme. Es así de simple. He hecho todo lo que me interesa hacer, he visto todo lo que me interesa ver; ahora, mejor que siga camino. La rueda tiene que girar. Otros esperan para ocupar mi sitio. Tomo la parte que es mucho, mucho mejor, etcétera, etcétera.

-Póngame con la Oficina de Realización -dijo a su teléfono.

Una suave cara femenina apareció en la pequeña pantalla.

Staunt sonrió.

-Yo soy Henry Staunt y creo que estoy listo para Ir. ¿Me mandaría un Guía a casa tan pronto como pueda?

2

Una hora después, mientras Staunt de pie junto a la ventana del estudio escuchaba una de sus predilectas composiciones propias, el cuarteto de cuerdas del año 2038, un cóptero verdiazul descendió y se paró aleteando en el césped, descansando sobre una almohada de aire a corta distancia por encima de las puntas de la hierba. En el casco se veía el símbolo de la Oficina de Realización: una rueda y un conjunto de engranajes encajados. La compuerta del cóptero se levantó, y para sorpresa de Staunt, salió Martín Bollinger. Bollinger era vecino, amigo desde hacía mucho, posiblemente el amigo más íntimo que tenía Staunt estos días; venía a visitarle con frecuencia; recientemente hablaban de una idea, que Staunt compondría música para una colección de poemas de Bollinger; pero ¿qué hacía Bollinger dando vueltas en un cóptero de la Oficina de Realización?

Con paso desenvuelto, Bollinger se acercó a la casa. Era bajo, sólido, vivo, con centellantes ojos negros y suave pelo ondulado. Staunt suponía que tendría quizá setenta o lo más ochenta. Todavía joven. La flor de la vida. A Staunt le hacía sentirse joven sólo con estar en compañía de Bollinger, pero sabía que para Bollinger, no era un joven. Staunt tampoco se había sentido niño cuando tenía ochenta. Pero el vivir hasta cumplir ciento treinta y seis cambia tu perspectiva en cuanto a lo que es ser viejo.

Desde afuera Bollinger dijo:

-¿Puedo pasar, Henry?

-Déjale entrar -murmuró Staunt. Uno de los sensores de la pared del estudio recogió el mandato y lo retransmitió a la puerta de entrada que se abrió.

-Dile que estoy en el estudio -dijo Staunt, y la casa guió la entrada de Bollinger. Con un leve chasquido de dos dedos, Staunt bajó el volumen de la música.

Bollinger al entrar saludó con la cabeza y dijo afablemente:

-Siempre me ha gustado ese cuarteto.

Staunt le abrazó.

-A mí también. Qué bueno verte, Martín.

-Siento que haga tanto. Dos semanas, ¿no?

-Me alegro de que hayas venido. Aunque -para decírtelo francamente- no voy a estar libre esta tarde. Estoy esperando a alguien.

-¿Sí?

-Por cierto, es de la misma organización que, al parecer, te ha prestado el vehículo. ¿Cómo es que vienes aquí en uno de sus cópteros?

-¿Por qué no? -preguntó Bollinger.

-No entiendo por qué. No tiene sentido.

-Cuando vengo por un asunto oficial empleo un cóptero oficial, Henry.

-¿Un asunto oficial?

-Pediste un Guía.

Staunt estaba agitado.

-*¿Tú?*

-Cuando me dijeron que habías llamado insistí en que me dieran la tarea, o yo dimitiría inmediatamente. Así que vine. Y así que estoy aquí.

-¡Yo nunca supe que estabas con Realización, Martín!

-Nunca me preguntaste.

Staunt logró una sonrisa desconcertada.

-¿Cuánto hace que entraste allí?

-Ocho años, diez. Hace bastante.

-¿Y por qué?

-Un sentimiento de obligación pública. Todos tenemos que ayudar si la rueda ha de seguir girando llanamente. ¿Eh, Henry? -Bollinger se acercó a Staunt, le miró directamente a los ojos y le mostró una sonrisa rápida, inesperadamente brillante y, de algún modo, irresistible. Luego dijo con un tono claro y agresivo:

-¿Qué es todo esto de que quieres Ir, Henry?

-La idea me vino esta mañana. Paseaba por la casa cuando de repente me di cuenta de que ya no tenía sentido quedarme aquí. He acabado: ¿por qué no admitirlo? Hacer girar la rueda. Dejar libre un lugar.

-Todavía eres relativamente joven.

Staunt rió ásperamente.

-Llegando a los ciento treinta y seis.

-Yo conozco a hombres de ciento sesenta y de ciento setenta que nunca han pensado en Ir ni en sueños.

-Es su problema. Yo estoy listo.

-¿Estás enfermo, Henry?

-Nunca me sentí mejor.

-¿Tienes alguna dificultad, entonces?

-No, ninguna. Mi vida es absolutamente tranquila. Tengo sólo los más puros motivos al pedir la Despedida.

Bollinger parecía inquieto. Daba vueltas por el estudio, levantó y volvió a dejar una pequeña estatua polinesia, apretaba los codos con las manos y dijo al fin:

-Primero tenemos que hablar de esto, Henry. ¡Tenemos que hablar de esto!

-No entiendo. ¿La función de un Guía no es llevarme rápida y serenamente por el camino hacia la nada? ¡Parece que tratas de hacerme cambiar de opinión para no Ir!

-Es la función del Guía -dijo Bollinger- servir a los mejores intereses del que Parte, cualesquiera que sean esos intereses. El Guía puede intentar persuadir al que Parte de que aplace su Ida, o de que no Vaya, si a su juicio es el curso apropiado que hay que tomar.

Staunt movió la cabeza de un lado a otro.

-Allí afuera hay un bullicioso mundo entero, lleno de jóvenes saludables que quieren tener más hijos y que no pueden tenerlos a menos que las inútiles antiguallas como yo no se quiten de en medio. Quiero voluntariamente dejar disponible algún espacio. ¿Me estás diciendo que te *opondrías* a mi Ida, Martín, si...?

-Mantener el nivel de la población en una cantidad constante es sólo un aspecto de nuestro trabajo -dijo Bollinger-. También nos preocupamos de mantener la calidad. No queremos que los ciudadanos mayores útiles se vayan del mundo meramente para hacer sitio para uno nuevo cuyas capacidades no podemos predecir. Si un hombre aún tiene algo importante que dar a la sociedad...

-A mí no me queda nada importante que dar.

-Sí lo tienes -siguió Bollinger tranquilamente-, intentaremos disuadirle de Ir hasta que lo haya dado. En tu caso creo que puede ser prematura la Ida, así que he conseguido la tarea de ser tu Guía con alguna trampa, para poderte ayudar a explorar las consecuencias de lo que te propones hacer y tal vez...

-¿Qué piensas que aún puedo ofrecer al mundo, Martín?

-Tu música.

-¿No he compuesto bastante?

-No podemos estar seguros. Puede que tengas una obra maestra escondida dentro. -Bollinger empezó a pasear de nuevo-. Henry, ¿has leído el libro de Hallam, *El giro de la rueda?*

-Lo he hojeado. Esta mañana, por cierto.

-¿Miraste la sección en la que explica por qué nuestra sociedad es única en la civilización occidental?

-Quizá se me olvidara.

Bollinger dijo:

-Henry, la nuestra es la primera que acepta el concepto del suicidio como un acto virtuoso. En el pasado, sabes, se consideraba el suicidio como detestable y malo y cobarde; las religiones lo condenaban como un ataque contra la voluntad de Dios, e incluso la gente que no era religiosa tenía la tendencia de ocultarlo cuando un amigo o un pariente se mataba. Ahora tenemos otro concepto. Desde que las habilidades médicas están tan altamente desarrolladas que casi nadie se muere por causas naturales, ni las avanzadas medidas de limitación de la natalidad pueden evitar que el mundo se llene de gente. Mientras que nace uno siquiera, y nadie muere, hay un constante y peligroso aumento de población, así que...

-Sí, sí, pero...

-Déjame terminar. Para manejar nuestro problema demográfico, al fin decidimos considerar la terminación voluntaria de la vida como un sacrificio noble, y así sucesivamente. De ahí toda la «mística» de Ir. Aún así, no hemos perdido enteramente la vieja perspectiva moral en cuanto al suicidio. Todavía no queremos que se Vayan personas valiosas, porque creemos que *no tienen el derecho* de desperdiciar sus talentos, de privarnos de lo que pueden dar. Y así una de las funciones de la Oficina de Realización es llevar a los viejos inútiles hacia la salida de una manera civilizada y benévola, pero otra función nuestra es evitar que los viejos útiles se Vayan demasiado pronto. Por lo tanto...

-Entiendo -Staunt dijo suavemente-. Estoy de acuerdo con la filosofía. Sólo niego que yo sea útil ya.

-Eso es discutible.

-¿Podría ser, Martín, que dejaras factores personales intervenir en tu juicio?

-¿Qué quieres decir? ¿Que no te dejaría Ir porque aprecio tanto tu amistad?

-Quiero decir que he prometido poner música a tus poemas.

Bollinger se puso levemente rojo.

-Eso es absurdo. ¿Crees que mi ego esté tan envuelto en esos poemas como para entrometerme en tu Ida, simplemente para que vivieras para...? No. Me gusta pensar que mi juicio es objetivo.

-Tal vez estás equivocado. Podrías descalificarte como mi Guía. Simplemente por si acaso...

-No. Soy tu Guía.

-¿Vamos a discutir, entonces, si me permitirán Ir o no?

-Claro que no, Henry. Sólo queremos que comprendas lo que significa el paso que has pedido dar.

-Lo que significa es que moriré. ¿Es una cosa tan compleja de entender?

Bollinger parecía turbado por las palabras bruscas que escogió Staunt. Se intentaba no relacionar la Ida con la muerte. Se debían emplear eufemismos.

Dijo:

-Henry, sólo quiero seguir el procedimiento metódico.

-¿Qué es..?

-Vamos a llevarte a una Casa de Despedida. Luego te pediremos que examines el alma a ver si estás tan listo para Ir como piensas. Es todo. La decisión final de cuándo Irás quedará en tus manos. Si insistieras, podrías Ir esta noche; no nos opondríamos. No podríamos. Pero, por supuesto, tal precipitación sería impropia.

-Como quieras.

-La Casa de Despedida que recomiendo para ti -dijo Bollinger- se llama Omega Prima. Está en Arizona -una hermosa región del desierto rodeada de montañas- y el personal es excelente. Podría mostrarte folletos de varias otras, pero...

-Me fío de tu decisión.

-Bien. ¿Me dejas usar el teléfono?

A Bollinger le costó menos de un minuto hacer la reserva. Por primera vez Staunt sintió la inexorabilidad del curso de los acontecimientos. Estaba a la salida. Ya no podía volverse atrás. Nunca tendría la audacia de cancelar

su Ida una vez establecida su residencia en Omega Prima. ¿Pero por qué, se preguntó, mostraba aún estos leves temblores de vacilación? ¿Ya había empezado Bollinger a socavar su resolución?

-Ya está -dijo Bollinger-. Tendrán el apartamento preparado dentro de una hora. ¿Te gustaría salir esta noche?

-¿Por qué no?

-Bajo nuestro procedimiento -dijo Bollinger- se notificará a tu familia tan pronto hayas llegado allí. Lo haré yo mismo. Se nombrará a un guardián para encargarse de tu casa; estará cerrada y puesta bajo guardia mientras se espera la transferencia de tu propiedad a los herederos. En la Casa de Despedida tendrás el consejo legal que requieras, ayuda para distribuir los bienes, etcétera, etcétera. No se dejará ningún asunto pendiente. Todo irá bien, tranquilamente.

-Espléndido.

-Y eso termina la parte oficial de mi visita. Puedes dejar de pensar en mí como tu Guía durante un rato. Naturalmente, estaré contigo durante una gran parte del tiempo que pases en la Casa de Despedida, encargándome de contestar tus preguntas o dudas, y haciendo que las cosas sean tan fáciles para ti como pueda. Por el momento, no obstante, estoy aquí simplemente como tu amigo, no como tu Guía. ¿Te gustaría charlar? No de Ir, quiero decir. De música, política, el tiempo, lo que te guste.

Staunt dijo:

-Por alguna razón, no me siento con humor de hablar.

-¿Te dejo solo?

-Creo que sería mejor. Empiezo a pensar en mí como uno que Parte, Martín. Me gustaría tener unas horas para acostumbrarme a la idea.

Bollinger se inclinó torpemente.

-Debe ser un momento difícil para ti. No quiero entrometerme. Volveré un poco antes de la hora de cenar, ¿está bien?

-Bien -dijo Staunt.

3

Más tarde, sintiéndose a la deriva, Staunt vagaba por la casa, preguntándose cuánto tiempo pasaría antes de que cambiara de idea. No daba crédito a la hipótesis halagadora y esperanzada de Bollinger de que aún podría tener importantes obras de arte para dar al mundo; Staunt sabía que no. Si alguna vez tuviera una deuda de creatividad que pagar a la humanidad, ya hacía mucho que la había pagado íntegramente, y la civilización no tenía que temer que fuera a perder nada importante con su Ida. Aún así, podría encontrar difícil, al fin y al cabo, separarse de todo lo que amaba. ¿Se debilitaría su resolución al ver sus posesiones tan conocidas? Aquí están las cosas memorables de una larga vida acomodada: las máscaras africanas, las ollas Pueblo, el manuscrito de Mozart; el pequeño clavicordio isabelino, el pedrusco rodado de la luna, la escudilla Sung, los canopes, las miniaturas persas, las pistolas de duelo, las monedas griegas; todas las cosas elegantes que había coleccionado durante sus años de viajes. En otro tiempo le había parecido insoportable pensar que hubiera

Librodot

podido separarse de estos preciosos objetos. Para él habían cobrado vida, tanto que cuando una torpe máquina de limpiar derrumbó una estatuilla chipriota y la hizo pedazos había llorado, no por la pérdida monetaria, sino por la pena que imaginaba que sufriera la pequeña criatura de arcilla, por la humillación que debió sentir al ser destruida. La imaginaba lanzándole amargos reproches: ¡Yo sobreviví cuatro mil años para hacerme tuya y dejas que me rompa! Igual que una niña puede jugar con sus muñecas como si estuvieran vivas y hablarles y pedirles perdón por desatenciones imaginarias. Era -desde siempre lo sabía- una actitud tonta, sentimental, incluso despreciable, este afecto que sentía por sus posesiones inanimadas, esta solemne, cariñosa preocupación por su «confort» y sus «sentimientos», esta manera de llamarles «él» o «ella», personificándolas, y de preocuparse de que si una pieza apreciada recibía o no un sitio de exhibición que fuera satisfactorio para su amor propio. Admitía la idea medio-oculta de haber creado una familia, una entidad especial al reunir esta mezcolanza de artefactos de cien culturas y de cien épocas.

Ahora, sin embargo, deliberadamente se enfrentaba con la fea realidad: cuando él se hubiera Ido, su «familia» estaría dispersada, sus cosas amadas se venderían o se regalarían, algunas sin duda perdidas o rotas en el camino, algunas para terminar en los estantes llenos de polvo de gente ignorante; ninguna conocería jamás el cariño de dueño que él les había dado en abundancia. Y no le importaba. Salvo de la manera más distante y abstracta, simplemente no le importaba. Se había extinguido la vida de ellas y no eran más que máscaras y ollas y trozos de hueso y de papel; objetos interesantes, costosos y atractivos, pero les faltaba todo sentimiento. Objetos. No necesitaban mimo. No tenía él la obligación de preocuparse por su bienestar. De alguna manera, sin notarlo, sus posesiones habían dejado de ser sus animales cuidados y no sentía pena al pensar en separarse de ellas. Debo de estar verdaderamente listo para Ir, se dijo.

Aquí, en el nicho del estudio, estaba su familia verdadera. Una pila de cubos-retrato: la mujer, los dos hijos, los nietos, los bisnietos, cada uno grabado en una brillante caja plástica de cuatro centímetros de altura. Había tantos de ellos: ¡docenas! Había tenido sólo los dos hijos que se permitían socialmente, y también sus hijos habían tenido sólo dos y ninguno de sus nietos ni bisnietos habían tenido más de tres, pero ¡mira el montón de cubos! La multitud de ellos era el más claro argumento en favor de la idea de Ir. Simplemente había que dejarles lugar, o todo el mundo estaría inundado por la corriente de los futuros jóvenes. Por supuesto, en un mundo donde prácticamente nadie moría salvo de forma voluntaria, y eso sólo a una edad muy avanzada, las familias sí tendían a crecer sorprendentemente mientras nacían las nuevas generaciones. Incluso una familia pequeña -y en estos días no había de otro tipo- estaba destinada a hacerse enorme en el curso de ochenta o noventa años por la progresión compuesta de la fertilidad controlada pero persistente. Todo eran adiciones y no substracciones. O muy pocas. Y así se amontonaban los números. ¡Mira todos los cubos!

Los cubos eran cosas ingeniosas: simulaciones de la personalidad activadas por computadoras. Todo el mundo se hacía cubicar por lo menos una vez, y los que tenían más hambre de esa rara especie de inmortalidad que ofrecía el cubicar, mandaban hacer nuevos cubos cada dos o tres años. El proceso mismo era una simple transferencia electrónica; costaba alrededor de una hora hacer un cubo. Las máquinas exploradoras

registraban la voz y formas lingüísticas, las costumbres de movimiento, las expresiones de la cara, el conjunto entero de reacciones y respuestas normales. Una serie de exámenes de la personalidad, astutamente perceptivos, daba un perfil del carácter. Éste también entraba en el cubo. Y ellos acababan teniendo tu alma en una caja. Al enchufar el cubo en la ranura del receptor, tú cobrabas vida en la pantalla, sonriendo como sonreirías de veras, moviéndote como te moverías, sonando tu voz como sonaría, diciendo las cosas que probablemente dijeras. Claro que la cosa en la pantalla era irreal, una maqueta mecánica, una falsa aproximación de la persona que había sido cubicada; pero estaba programada para responder a la conversación y a iniciar sus propios juegos conversacionales sin el estímulo de entradas previas, a absorber nuevos datos y cambiar su perspectiva a la luz de lo que oía; en resumen, se comportaba no como un retrato helado sino como la imitación convincente de la persona viva de quien estaba sacada.

Staunt contempló la colección de cubos. Tenía cinco de su hijo que abarcaban la vida de Paul desde la temprana edad madura hasta la temprana vejez; Paul, fielmente enviaba a su padre un nuevo cubo al principio de cada década. Tres cubos de su hija. Varios de los nietos. Los padres orgullosos le mandaban cubos de los jóvenes cuando éstos tenían diez o doce años, y los nietos mismos, cuando eran adultos le enviaban versiones más maduras de sí mismos. Ya tenía él cuatro o cinco cubos de algunos nietos. Todos los años había nuevos cubos: alguien se ponía al día o un bisnieto se inmortalizaba por primera vez; y todo iba a parar al estante del patriarca. A Staunt esta costumbre más bien le agradaba.

Tenía sólo un cubo de su mujer. Habían desarrollado el proceso de fabricación sólo hacía unos cincuenta años y Edith había muerto el año '47, hacía cuarenta y ocho años. Staunt y su mujer fueron de los primeros que se habían hecho cubicar; y fue mejor así porque le había quedado a ella poco tiempo, aunque no lo sabían entonces. Aún ahora no todas las muertes eran voluntarias. Edith había muerto en una caída de cóptero, y Staunt, con casi noventa años, no se había vuelto a casar. En los años que siguieron a la muerte de su mujer había sido un gran consuelo para él tener su cubo. Raras veces lo tocaba ahora, principalmente a causa de sus imperfecciones técnicas; como el proceso era muy nuevo cuando se había hecho su cubo la simulación era sólo aproximada y los movimientos eran irregulares y torpes, no muy semejantes a los de la graciosa Edith que él había conocido. No tenía idea de cuánto hacía desde que lo había tocado la última vez. Impulsivamente encajó su cubo en la ranura.

La pantalla se iluminó y allí estaba Edith. Ágil, alerta, radiante. Largo pelo de un blanco lechoso, un largo vestido suelto de color violeta, el broche de oro favorito sujeto en el hombro. Ella tenía casi ochenta años cuando se hizo el cubo; parecía tener apenas más de cincuenta. Su matrimonio había durado medio siglo. Sólo recientemente se había dado cuenta Staunt de que los años sin ella eran ya casi tantos como los años de su vida con ella.

-Tienes buen aspecto, Henry -dijo ella tan pronto como apareció su imagen.

-No tan malo para una vieja reliquia. Es el año 2095, Edith. Voy a cumplir ciento treinta y seis.

-No me has encendido hace bastante rato, entonces. Hace cinco años en realidad.

-No. Pero no es que no haya pensado en ti, Edith. Es sólo que he ido a la deriva, apartándome de todo lo que amaba antiguamente. Me he vuelto sonámbulo en cierto modo. Vagando por los días, llenando el tiempo.

-¿Has estado bien de salud?

-Bastante bien -dijo Staunt-. Saludable. Asombrosamente saludable. No puedo quejarme.

-¿Compones alguna cosa?

-Muy poco, en estos días. Nada realmente. He hecho unos bosquejos para obras que pienso hacer, pero nada más.

-Lo siento. Esperaba que tuvieras algo que tocar para mí.

En el curso de los años, él había tocado fielmente cada una de sus nuevas composiciones para el cubo de Edith, así como le había puesto al día en cuanto a las actividades de la familia y los amigos y en cuanto a los acontecimientos del mundo y las modas culturales. No había querido que su cubo se quedara fijado para siempre en el año 2046. Tenerla constantemente aprendiendo, creciendo, cambiando, le ayudaba a él a sostener la ilusión de que la Edith en la pantalla fuera la Edith real. Le había contado, incluso, los detalles de su propia muerte.

-¿Cómo están los hijos? -preguntó ella.

-Bien. Los veo con frecuencia. Paul está en buena forma, un viejo fuerte como su padre. Tiene noventa y un años, Edith. ¿Te confunde ser la madre de un hijo que es mayor que tú?

Ella rió.

-¿Por qué habría de pensarlo así? Si él tiene noventa y uno, yo tengo ciento veinticinco.

-Claro. Claro. -Si ella lo quería ver así.

-Y Crystal tiene ochenta y siete. Sí, eso *sí* es un poco extraño. No puedo evitar pensar en ella como si fuera aún una mujer joven. Entonces, ¡sus hijos serán viejos también y no eran más que bebés!

-Donna tiene sesenta y uno. David tiene cincuenta y ocho. Henry, cuarenta y siete.

-¿Henry? -dijo Edith, su cara quedando sin expresión. Después de un momento de confusión recobró su actitud normal-. Ah, sí. El tercer hijo, el pequeño accidente, el que lleva tu nombre. Le había olvidado por un momento. -Henry había nacido poco después de la muerte de Edith; Staunt se lo había contado al cubo, pero los acontecimientos de después de hacer el cubo nunca se grabaron tan bien como la programación original; ella había perdido los datos durante un momento. Como para ocultar su turbación Edith empezó a preguntarle por todos los otros nietos, los bisnietos, toda la horda que se había acumulado después de su vida. Evocó nombres, conectaba los hijos con los propios padres, correteaba de arriba abajo por el árbol entero de la familia Staunt, luciéndose para complacerle a él.

Pero él forzó un brusco cambio de tema.

-Quiero decirte, Edith, que he decidido que es el tiempo de mi Partida.

Otra vez la cara sin expresión:

-¿Partida? ¿A dónde vas?

-Tú sabes lo que quiero decir. La *Ida.*

-No, no lo sé. De veras, no lo sé.

-A una Casa de Despedida.

-Todavía no te entiendo.

Luchaba contra la impaciencia.

-Yo te he explicado estas modas. Hace mucho tiempo. Están en uso hace treinta o cuarenta años por lo menos. Es la terminación voluntaria de la vida, Edith. He hablado contigo de esto. Todo el mundo llega a ella tarde o temprano.

-¿Has decidido morir?

-Ir, sí, morir, Ir.

-¿Por qué?

-A causa del aburrimiento. La soledad. He sobrevivido a la mayoría de mis viejos amigos. He sobrevivido a mi propio talento. Me he sobrevivido *a mí mismo,* Edith. Ciento treinta y seis años. Y podría seguir viviendo otros cincuenta. Pero ¿por qué molestarme? ¿Vivir sólo por vivir?

-Pobre Henry. Siempre tenías una capacidad tan maravillosa de tomar interés por las cosas. El día no tenía bastantes horas para ti, con tus colecciones y tu música y los viajes alrededor del mundo, y los amigos…

-He leído todo lo que quiero leer. He visto el mundo entero. Me he cansado de coleccionar cosas.

-Quizá fui yo la que tuvo suerte entonces. Un número adecuado de años, una vida feliz, y luego fuera. Rápido.

-No. Me ha gustado seguir viviendo así, Edith. He mantenido la salud, no me volví senil; ha sido bueno todo esto. Salvo no tenerte a ti conmigo. Pero he dejado de gozar de las cosas. De repente me he dado cuenta de que ya no tiene sentido quedarme más. La rueda tiene que girar. Los viejos tienen que quitarse de en medio. En alguna parte hay gente que espera para poder tener un hijo, esperan una plaza vacía en el mundo, y me toca a mí crear esa plaza.

-¿Se lo has dicho a Paul y a Crystal?

-Todavía no. He tomado la decisión hoy. Pero tendré que hacérselo saber, o la Oficina lo hará por mí. Ellos recibirán la mayoría de mis bienes. Le daré el cubo tuyo a Paul. Todo se hace con mucha eficacia para uno que Parte.

-¿Cuándo a más tardar vas a… Ir?

Staunt se encogió de hombros.

-Aún no lo sé. Un mes, dos meses; no hay que tener prisa.

-Parece que no quieres hacerlo realmente.

Negó con la cabeza.

-Lo quiero hacer, Edith. Pero de una manera civilizada. Despedirme de la forma apropiada. He vivido mucho tiempo, no puedo renunciar a todo en un solo día. Pero no me quedaré aquí mucho más tiempo.

-Te echaré de menos.

Meditaba él sobre la intrincada confusión de eso. El cubo echando de menos a un hombre vivo. Riéndose entre dientes, dijo:

-Paul tocará mi cubo para ti, y el tuyo para mí. Nos hablaremos por medio de la maquinaria. Siempre nos tendremos tú y yo.

La imagen de Edith extendió la mano hacia él. Él maldijo la torpeza de la simulación. Suavemente tocó la pantalla con las yemas de los dedos haciendo una especie de contacto con ella a través de las décadas, a través de las barreras que les separaban. Le echó un beso. Luego, rápidamente, antes de que le venciera el sentimentalismo arrancó el cubo de la ranura y lo puso junto a los de sus hijos. De prisa, casi tropezando, entró en el estudio.

El cuarto grande contenía los restos tangibles de su larga carrera. A este lado, la música misma en ejecuciones grabadas: discos y *cassettes* para

las obras tempranas, brillantes cubos de reproducción para las más recientes. Aquí estaban los manuscritos uniformemente encuadernados en tafilete, una de sus pequeñas vanidades. Aquí estaban los álbumes de recortes de reseñas y programas de conciertos. Aquí estaban los trofeos. Aquí los volúmenes de sus obras de crítica. Staunt había sido un hombre ocupado. Miró los titulares del lomo de los manuscritos: las sinfonías, los cuartetos de cuerda, los conciertos, las obras misceláneas de cámara, las canciones, las sonatas, las cantatas, las óperas. Tanto. Tanto. Había tanteado casi todas las formas. Su música era cortés, agradable, conservadora, incluso un poco académica, pero no pedía disculpas por ello: había seguido las voces interiores dondequiera que le llevaran aunque le hubieran llevado a la rebelión y a obras fulminantes. Había ofrecido placer por medio de su obra. Había añadido algo al pequeño tesoro de belleza del mundo. Era el logro respetable de una vida. Si hubiera tenido más pasión, más turbulencia, más dinamismo, quizá hubiese sacudido al mundo como lo había hecho Beethoven o Wagner. Pero nunca había poseído el gran gesto capaz de hacer vibrar; lo había hecho lo mejor que pudo, y a su manera había logrado bastante. Unos hombres curan a los enfermos, otros sosiegan las almas de los angustiados, otros hombres inventan máquinas maravillosas, y algunos hacen canciones y sinfonías porque tienen que hacerlo y porque es todo lo que pueden hacer para enriquecer al mundo al que fueron arrojados. Aún ahora cuando la llama de su vida ardía débilmente, cuando todo le parecía sin sentido y vacío, Staunt creía que no había malgastado su tiempo llenando este cuarto con lo que contenía. Nunca en los últimos cien años había pasado una semana sin que se ejecutara una de sus composiciones en alguna parte. Esa era justificación suficiente para haber compuesto, para haber vivido.

Encendió el sintetizador y descansó levemente los dedos en las teclas; ellas, por propia voluntad, tocaron el motivo de apertura de su sinfonía *Venus* del año 1989, su primera obra madura. Qué lejos parecía todo eso ahora: el otoño resplandeciente de triunfos mientras la dirigía personalmente en una docena de capitales con los críticos intrigados y todo el mundo -desde los descontentos aficionados de Brahms hasta los corifeos de la vanguardia- apresurándose a abrazarle como el redentor de la música seria. Por supuesto hubo más tarde una reacción en contra de esos histéricos elogios excesivos, cuando los modernos decidieron que nadie tan popular podría ser bueno de ninguna manera y los conservadores empezaron a encontrarle demasiado moderno, pero tales cosas eran de esperar. Él había ido por su propio camino. Al fin otros habían reconocido su genio, un genio limitado y restringido, un pequeño y tranquilo genio; pero, no obstante, era genio. Mientras el mundo salía de las tormentas de la amarga segunda mitad del siglo XX, mientras la nueva sociedad de la paz y la armonía se formaba sobre los escombros de la vieja, Staunt creaba la música que le hacía falta a una época más sosegada, y pasó a ser su voz lírica.

Ahora. Metió un cubo en la ranura de reproducción. El dulce grito de su quinteto de viento. Ahora: *Las pruebas de Job,* su primera ópera. Ahora: *Tres órbitas para cuerdas y generador de éxtasis.* Ahora: *Polifonías para cinco mundos.* Los tocó todos a la vez, haciendo brotar briosas marañas de sones de la colección de altavoces del cuarto; y se quedó de pie en el centro temblando un poco, aceptando la andanada sónica y desenredándolo todo en su mente.

Después de quizá cuatro minutos cortó el sonido. No le hacía falta tocar la música; estaba toda dentro de su cabeza en cualquier momento que la quisiera. Acarició ligeramente los lomos relucientes y suaves de sus álbumes que contenían cuidadosamente pegada toda la documentación de sus éxitos y sus fracasos ocasionales. Pasó los dedos por la fila de manuscritos encuadernados. Tanto. Tanto. Una vida productiva tan larga. No tenía quejas.

Dijo al teléfono que le pusiera con la Oficina de Realización otra vez.

-Mi Guía es Martín Bollinger -dijo-. ¿Podría avisarle que me gustaría pasar a la Casa de Despedida tan pronto como sea posible?

4

Bollinger, sentado junto a él en el cóptero se inclinó hacia la ventana y señaló abajo con el dedo.

-Ésa es -dijo- Omega Prima: exactamente abajo.

La Casa de Despedida parecía un hilo de pabellones como tiendas blancas y diáfanas, colocadas en forma de U alrededor de un patio-jardín. El sol de las últimas horas de la tarde teñía los pabellones de oro y de rojo. Los colmillos desnudos de las montañas ligeramente moradas surgían por el norte y por el este; al otro lado de Omega Prima el desierto llano y marrón de Arizona, picado de cactos y de paloverdes se extendía hacia el oscuro horizonte.

El cóptero aterrizó en silencio. Cuando se abrió la compuerta, Staunt sintió el golpe del calor.

-No modulamos el clima de afuera aquí -explicó Bollinger-. La mayoría de los que Parten lo prefieren así. Contacto con el ambiente natural.

-No me importa -dijo Staunt-. Siempre me ha gustado mucho el desierto.

Se había reunido un grupo para darle la bienvenida cuando saliera del cóptero. Tres miembros del personal de Omega Prima vistiendo batas con el monograma del emblema de la Realización. Cuatro ancianos marchitos evidentemente esperando su inminente Ida propia. Un robot de transporte con su silla de ruedas ya colocada. A Staunt que avanzaba cuidadosamente sobre la accidentada superficie salpicada de cantos del campo de aterrizaje, le avergonzaba esta atención. Dijo en voz baja a Bollinger:

-Diles que no me hace falta la silla. Todavía puedo caminar. No soy ningún inválido.

Se apiñaron alrededor de él presentándose: el doctor James, la señorita Elliot, el señor Falkenbridge. Éstos eran del personal. Los cuatro que Partían le graznaron sus nombres también, pero Staunt estaba tan asombrado por su aspecto que se le olvidó prestar atención. Las caras consumidas, las manos paralíticas como garras, la piel de pergamino; ¿él se veía así también? Hacía años que no veía a nadie de su misma edad. Tenía la impresión de que había pasado por sus catorce décadas bien conservado, pero tal vez fuera sólo una ilusión nacida de la vanidad, quizá fuera realmente una ruina igual que estos cuatro. A menos que fueran mucho mayores que él, de ciento setenta y cinco o ciento ochenta años, justamente en los límites de lo que era

la duración humana de la mortalidad ahora. Staunt les miró fijamente, maravillado, lleno de admiración y consternado por sus sonrisas repletas de encías.

Falkenbridge, un joven pelirrojo fornido, aparentemente un tipo de enfermero, intentaba con suaves movimientos sentarle en la silla de ruedas. Irritado, Staunt se zafó de él diciendo:

-No. No. Yo puedo. Martín, dile que no la necesito.

Bollinger susurró algo a Falkenbridge. El joven se encogió de hombros y mandó irse al robot de transporte. Ahora todos empezaron a caminar hacia la Casa de Despedida, Falkenbridge al lado derecho de Staunt y la señorita Elliot al izquierdo, los dos andando cerca de él en caso de que se tambaleara.

Se encontraba bajo una tensión inesperadamente fuerte. Posiblemente rechazar la silla de ruedas había sido una bravata tonta. El calor seco y feroz, la fatiga de su viaje de noventa minutos en cohete a través del continente, la textura gruesa del suelo, todo ayudaba a ponerle las piernas bamboleantes. Dos veces estuvo a punto de caerse. La primera vez la señorita Elliot le cogió suvamente del codo y le estabilizó; la segunda vez pudo recobrarse él mismo después de un tropiezo a medias que descargó un dolor punzante por su tobillo izquierdo.

De repente, de un golpe, sintió su edad. En un solo día había empezado a tartajear como si la decisión de entrar en la Casa de Despedida le hubiera desnudado de todo su vigor de largos años. No. No. Rechazó la idea. Estaba cansado simplemente, como un hombre de su edad tenía todo derecho a estar; con descansar un poco estaría como siempre. Caminó más rápido, a pesar del esfuerzo que le costaba. El sudor le goteaba por las mejillas. Tenía un punto de dolor en el costado. La pierna izquierda entera le dolía.

Por fin llegaron a la entrada de Omega Prima.

Vio que lo que le había parecido tiendas diáfanas vistas desde arriba eran de hecho cúpulas de plástico, sólidas y fuertes, enlazadas por una complicada red de pasadizos cubiertos. El patio, alrededor del que se agrupaban, estaba plantado con la variada flora del desierto: gigantes cactos de brazos rígidos, plantas suculentas con blancas barbas enlazadas, raros vegetales de ángulos y espinas. Se habían agrupado las plantas con admirable gracia y sutileza alrededor de una colección de extrañas piedras enormes y lajas lisas y brillantes; el efecto causado era de una belleza extraordinaria. Staunt se paró un momento para contemplarlo. Bollinger dijo apaciblemente:

-¿Por qué no vas a tu apartamento primero? El jardín estará aquí todavía esta noche.

Tenía un domo entero para sí. Las paredes interiores lo dividían en dormitorio, sala y una especie de cuarto de uso práctico; todo era fresco y sencillo y de buen gusto, y la temperatura estaba a diez grados menos que afuera. Una ventana daba al jardín.

El personal y el cuarteto de los que Parten desaparecieron dejando a Staunt a solas con su Guía. Bollinger dijo:

-Cada uno de los residentes tiene un apartamento como éste. Puedes comer aquí si quieres aunque hay un comedor comunal debajo del patio. Hay medios de recreo allí también: una biblioteca, un teatro, una sala de juegos; pero puedes pasar todo el tiempo felizmente aquí donde estás.

Staunt se estiró cuidadosamente en una hamaca de tejido-espuma. Al registrarse su peso, diminutas manos mecánicas empezaron a darle masaje

en la espalda. Bollinger sonrió.

-Éste es tu terminal de información -dijo entregando a Staunt una varilla color cobre de unos veinte centímetros-. Es una unidad de entrada normal. Puedes conseguir cualquier libro de la biblioteca -y hay miles de libros- proyectado en la pantalla y puedes tocar la música que quieras, y también es una entrada de teléfono. Pídele que te conecte con cualquier persona que se te ocurra. Anda. Pide.

-Mi hijo Paul -dijo Staunt.

-Pídeselo -dijo Bollinger.

Staunt activó el terminal y le dio el nombre y número de entrada de Paul. Al instante una pantalla se animó junto a la hamaca. El hijo de Staunt apareció en la argentina profundidad. La pantalla casi podría ser un espejo, una rara especie de espejo que suavizaba el paso del tiempo y que era capaz de captar la cara de un hombre anciano y reflejarla como la de un hombre simplemente viejo. Staunt miró a alguien que era una versión más joven de sí mismo, aunque no joven ni mucho menos: serenos ojos grises, labios finos, una cara huesuda delgada, espeso cabello blanco.

La cara de Paul se mostraba con profundas arrugas pero aún vigorosa. A la edad de noventa y uno todavía no se había jubilado de la empresa de arquitectos que encabezaba. Mientras la salud de un hombre seguía bien y su mente sana y todavía encontraba grata su carrera, no había por qué jubilarse, cuando fallara la mente o el cuerpo o perdiera sabor la carrera, ésa sería la hora de retirarse y prepararse para Ir.

Staunt dijo:

-Te llamo desde Omega Prima.

-¿Y eso qué es, Henry?

-¿Nunca has oído hablar de ella? Una Casa de Despedida en Arizona. Parece un sitio precioso. Martín Bollinger me trajo aquí esta tarde.

Paul parecía sorprendido.

-¿Estás pensando en Ir, Henry?

-Sí.

-¡Nunca me dijiste que tenías pensado semejante cosa!

-Te lo estoy diciendo ahora.

-¿Te encuentras malo?

-Me siento muy bien -dijo Staunt-. Todo el mundo me pregunta eso y siempre digo lo mismo. Mi salud es excelente.

-Entonces, ¿por qué?

-¿Tengo que justificarlo? He vivido bastante tiempo. Mi vida se acabó.

-Pero siempre has estado tan despierto, tan *comprometido...*

-Soy yo quien tengo que tomar la decisión. Es una falta de cortesía discutirla así conmigo.

-Si no discuto -dijo Paul-. Estoy intentando adaptarme. Sabes que has sido parte de mi vida durante nueve décadas. Me importan un pito las convenciones sociales: no puedo simplemente sonreír y asentir y decir qué gracioso cuando mi padre anuncia que va a morir.

-Ir.

-Ir -refunfuñó Paul-. Lo que sea. ¿Se lo has dicho a Crystal?

-Eres el primero de la familia en saberlo. Salvo tu madre, quiero decir.

-¿Mi madre?

-El cubo -dijo Staunt.

-Ah. Sí. El cubo. -Una tenue risa afilada y nerviosa-. Bien. Yo se lo diré

a los otros. Supongo que tendré que aprender a ser la cabeza de la familia, al fin. ¿No vas a hacerlo inmediatamente, no?

-No, naturalmente. ¿De dónde sacas tales ideas? Tendré una Despedida propia. Elegante. Serena. Unas semanas, un mes o dos, la cosa normal.

-¿Y podemos visitarte?

-Claro, eso espero -dijo Staunt-. Es parte del rito.

-Y... perdóname... ¿qué se hace de los aspectos legales? ¿Disposición de la propiedad, esas cosas?

-Todo se arreglará de la manera acostumbrada. La Oficina de Realización ha de ayudarme. No te preocupes, tendrás todo lo que te toca.

-Ésa no es la manera afectuosa de decirlo, Henry.

-Ya no tengo que ser bueno. No tengo ni que estar en mi juicio. Sólo soy un viejo loco que se arregla para Ir.

-Henry, papá...

-Bien, bien. Perdóname. De alguna forma esta conversación no ha salido bien. ¿La empezamos de nuevo?

-Me gustaría -dijo Paul.

Staunt se dio cuenta de que estaba temblando. Los músculos de la cara estaban tirantes. Hizo un esfuerzo deliberado de relajarse y después de un momento dijo en voz baja:

-Es un paso perfectamente normal y conveniente. Estoy viejo y cansado y solo y aburrido. No valgo nada ni para mí mismo ni para nadie, y de veras no tiene sentido darles la molestia a mis médicos de mantenerme funcionando más. Así que voy a Ir. Prefiero Ir ahora cuando aún estoy relativamente saludable y con la mente despejada, en vez de tratar de aferrarme a la vida unas décadas más, hasta que me haya deslizado hacia la senectud. Me he trasladado a Omega Prima y todos vosotros vendréis a visitarme antes de mi Despedida, y será una Despedida bella y tranquila, espero. Es todo. No hay por qué llorar. Dentro de cuarenta o cincuenta años comprenderás todo esto mucho mejor.

-Lo comprendo ahora -dijo Paul-. Me cogiste de sorpresa cuando llamaste, pero entiendo. Por supuesto, no queremos perderte pero es sólo nuestro egoísmo el que habla. Has vivido una vida plena y la rueda tiene que girar.

Qué suavemente lo hace, pensó Staunt. Qué fácilmente cae en la jerga. Qué pronto se pone de acuerdo conmigo después de su primer momento de choque reflejo. *Sí, Henry, por supuesto, Henry, haces muy bien en Irte, Henry, has vivido bastante tiempo.* Staunt se preguntaba cuál fue el engaño: la resistencia inicial de Paul a la idea de su Ida, o su asentimiento filosófico. ¿Y qué más daba? ¿Por qué -se preguntó Staunt- debo ofenderme si mi hijo piensa que es apropiado que me Vaya cuando me ofendió dos minutos antes su intento de persuadirme que no?

Empezaba a estar inseguro de su propio terreno. Tal vez sí quería que le persuadieran que no se Fuera.

Debo leer Hallam pronto, se dijo.

Le dijo a Paul:

-Tengo mucho que hacer esta noche. Te llamaré mañana. O me llamas.

La pantalla quedó en blanco.

Bollinger dijo:

-Lo tomó bastante bien, pensé. Los hijos no siempre aceptan la idea de que un padre se Vaya. Aceptan la teoría de la Despedida, pero siempre

piensan que son los viejos de otro y no los suyos los que se Irán.

-¿Quieren que sus propios padres vivan para siempre, aún cuando los padres no tengan ganas de quedarse?

-Eso es.

-¿Y si alguien sí tiene ganas de quedarse para siempre? -preguntó Staunt.

Bollinger se encogió de hombros.

-Nunca tratamos de obligarle a decidir. Insinuamos un poco, tan sutilmente como podemos si alguien tiene unos ciento cuarenta o ciento cincuenta y es realmente una ruina, pero se aferra a la vida de todos modos. En cuanto a eso, si tiene ochenta o noventa, incluso, y sólo está pasando por los movimientos de la vida sostenido sólo por sus médicos, tratamos de animarle a Ir. Tenemos maneras indirectas de trabajar por medio de médicos o amigos o parientes intentando hacerle al que demora sobreponerse a su miedo de morir, intentando convencerle de la idea de que es mejor que siga camino, no sólo para la sociedad sino para sí mismo. Si no se da por enterado no hay nada que podamos hacer. La eutanasia involuntaria simplemente no es parte de nuestro sistema.

-¿Cuántos años -preguntó Staunt- tienen los más viejos que están vivos ahora?

-Yo creo que los más viejos que conocemos tienen unos ciento setenta y cinco o ciento ochenta. Lo que quiere decir que nacieron durante los primeros años del siglo XX, alrededor de los años de la Primera Guerra Mundial. Alguien nacido antes simplemente pasó demasiados años de su vida en la época de la medicina medieval como para esperar una duración realmente larga. Pero si naciste, digamos, en 1920, todavía tenías sólo cincuenta y cinco o sesenta cuando estaba empezando la época de trasplante de órganos y servicios de salud procesados por computadoras y cirugía láser; y si tenías la suerte de estar en buena forma en las décadas de 1970 y de 1980, te podían mantener casi un tiempo indefinido después. Unos pocos del temprano siglo XX sí seguían vivos en la época de la medicina total, y algunos de ellos están todavía con nosotros. Negándose cortésmente a Ir.

-¿Cuánto tiempo pueden durar ya?

-Es difícil decir -contestó Bollinger-. Simplemente no sabemos cuáles son los límites prácticos de la duración máxima de la vida humana. Nuestra experiencia de la medicina total no ha tenido el tiempo suficiente para probarlo. He oído decir que la cifra máxima es doscientos o doscientos diez, pero dentro de veinte o treinta años quizá tengamos unas personas que hayan llegado a esa edad y encontremos que podemos mantenerles aún más. Quizá *no haya* límite, dado lo que podemos hacer para reconstruir un cuerpo deteriorado. Pero ¡qué horriblemente antisocial es por su parte, quedarse siglo tras siglo simplemente para probar nuestra habilidad médica!

-Pero si hacen aportaciones valiosas a la sociedad a lo largo de estos cientos de años...

-Si *hacen* -dijo Bollinger-. Pero el hecho es que el noventa a noventa y cinco por ciento de toda la gente nunca hace ninguna aportación a la sociedad, ni aún siendo jóvenes. Sólo ocupan espacio, hacen trabajo que se podría hacer realmente mejor con máquinas, engendran hijos que no tienen más talento que ellos, y siguen, viven y viven y viven. No queremos perder a nadie que sea valioso, Henry; ya he hablado contigo de eso. Pero la mayoría,

para empezar, no es valiosa y se hace menos valiosa mientras continúa, y no hay razón en el universo por la que deba vivir más de cien o ciento diez años, y mucho menos doscientos o trescientos o lo que sea.

-Es una filosofía dura. Cínica, incluso.

-Lo sé. Pero, lee a Hallam. La rueda tiene que girar. Hemos logrado una duración media de la vida que hubiera parecido una fantasía loca en época tan reciente como cuando tú eras un niño, Henry, pero eso no quiere decir que hay que luchar para hacerles a todos inmortales. A no ser que la gente esté dispuesta a no tener hijos, y no es así. Es un planeta finito. Si hay flujo hacia dentro tiene que haber flujo hacia afuera, y me gusta pensar que los que fluyen hacia fuera son los que tienen menos que ofrecernos a los demás. Los decrépidos, los débiles, los lerdos, los de alma mezquina. Gracias a Dios la mayoría de los viejos están de acuerdo. Por cada uno que no quiere desasirse en absoluto de la vida hay cincuenta que están contentos de Ir cuando han alcanzado cien años más o menos. Y cuando los demás se hacen aún mayores, cambian de opinión, exactamente como tú has hecho recientemente. No hay muchos que quieran seguir más allá de ciento cincuenta. Los pocos que sí quieren seguir los consideramos experiencias en geriatría y los dejamos en paz.

-¿Cuántos años tienen esos cuatro que me recibieron del cóptero? -preguntó Staunt.

-No podría decirte. Ciento veinte, ciento treinta, por ahí. La mayoría de los que arreglan la Despedida ahora son gente nacida entre 1960 y 1980.

-Son de mi generación, entonces.

-Supongo que sí.

-Yo no tengo tan mal aspecto, ¿verdad? Son una cuadrilla de momias ambulantes, Martín. Yo les hubiera echado cincuenta años más que yo.

-Lo dudo mucho.

-¿Pero no soy como ellos, no? Tengo los dientes. El pelo. Los ojos propios. Parezco viejo pero no antiguo. ¿O me estoy engañando, Martín? ¿Soy realmente una pesadilla acartonada, también? ¿Es que sólo me he acostumbrado a mi aspecto, no he notado los cambios, década tras década mientras me pongo más y más viejo?

-Ahí tienes un espejo -dijo Bollinger-. Contesta tus propias preguntas.

Staunt se miró fijamente. Líneas y arrugas, sí: un plano topográfico del tiempo, los valles y las hondonadas de una larga vida. Manchas en la piel. Los ojos relucientes profundamente hundidos, las mejillas descarnadas, revelando las agudas líneas de la calavera por debajo. Una cara vieja, tremendamente vieja. Pero aún no como las caras *suyas.* Él no era momia todavía. Imaginaba que un hombre del siglo XX le echaría no más de ochenta u ochenta y cinco, así como un hombre del siglo XX supondría que Paul tenía unos sesenta y Martín Bollinger unos cincuenta y tantos. Esos otros, esos cuatro, mostraban su edad verdadera. Debe hacer falta toda la magia a la disposición de sus médicos para mantenerlos. Y ahora, cansados de defraudar a la muerte, han venido aquí para Irse y terminar la farsa. Mientras que yo todavía estoy fuerte, mientras que yo podría seguir fácilmente, sólo con que quisiera seguir.

-¿Y qué? -preguntó Bollinger.

-Estoy bastante bien -Staunt dijo-. Yo dejo el juego mientras voy ganando. Ésa es la manera de hacerlo. -Levantó el terminal de información otra vez-. ¿Tendrán alguna música mía almacenada aquí? -se preguntó y

abrió el nudo de entrada e hizo una petición; el cuarto se inundó con las primeras cuerdas de su Duodécima Sinfonía. Estaba contento. Cerró los ojos y escuchó. Cuando se terminó el movimiento miró alrededor del cuarto y encontró que Bollinger se había ido.

5

El Dr. James vino a verle un poco más tarde, mientras la noche envolvía al desierto. Staunt estaba de pie junto a la ventana mirando aparecer las brillantes estrellas cuando el anunciador del cuarto le avisó de la visita.

El médico era un hombre bastante joven -de cuarenta o cincuenta, Staunt ya no sabía adivinar edades- con una nariz larga y aparentemente frágil y una manera suave y levemente untuosa y como diciendo quiero-que-tenga-una-preciosa-Despedida. Las primeras palabras que dirigió a Staunt fueron:

-He estado ojeando su ficha médica. De veras debo felicitarle por el excelente estado de su salud.

-Hay algo en la música que mantiene a la gente en buena forma -dijo Staunt.

-¿Es usted director?

-Compositor. Pero he dirigido mis propias obras con bastante frecuencia. Blandir la batuta, evidentemente, es buen ejercicio.

-Yo no entiendo mucho de música, me temo. Alguna tarde tiene que programar unas de sus piezas preferidas para mí. -El médico sonrió tímidamente-. Las más fáciles. Música para un médico inexperto, si ha compuesto alguna. -Estuvo un momento en silencio. Luego dijo-: Realmente sí, tiene usted una historia médica excelente. La computadora de su médico nos transfirió la ficha entera esta tarde cuando se hizo la reservación. Naturalmente, mientras esté con nosotros queremos que siga con la salud y el confort perfectos. Recibirá el mismo tipo de cuidados que tenía en casa: las terapias de músculos, los tratamientos de compensación de iones, la depuración circulatoria, y así sucesivamente. Además de cualquier terapia especial de apoyo que pueda necesitar. No es que espere que a alguien como usted le haga falta mucho de eso.

-¿Podría durar otros cincuenta años, eh?

El Dr. James parecía avergonzado. Sus redondas mejillas brillaban.

-Es enteramente suya la decisión, señor Staunt.

-No se preocupe. No voy a cambiar de idea ni mucho menos.

-Nadie aquí le va a acuciar -dijo el médico-. Hemos tenido casos de gente que se quedó en Omega Prima durante tres o incluso cuatro años. La Despedida de cada persona es el acontecimiento más importante de su vida, al fin y al cabo, tiene el derecho de hacerlo a su propio modo, de retirarse del mundo tan paulatinamente como quiera usted. Sabrá que no se le cobra nada por ningún gasto durante su estancia aquí. El gobierno se encarga de pagarlo todo.

-Creo que Martín Bollinger me lo explicó.

-Bueno. Déjeme hablarle entonces de algunas alternativas de Despedida que tiene usted. Muchos de los que Parten prefieren comenzar su retiro del

mundo por hacer un gran viaje -una especie de despedida a todos los lugares magníficos, las Pirámides, el Taj Mahal, Notre Dame, el Sahara, la Antártida, lo que sea-. Podríamos hacer cualquier plan de viaje que le guste. Tenemos varios viajes organizados en los que viajaría usted con cinco o seis otros que Parten y varios Guías, un viaje de un mes por los sitios más famosos, un viaje de dos meses o de tres meses. Éstos están planeados de antemano, pero podemos cambiar el itinerario según la opinión unánime de los que Parten. O si prefiere, podría viajar solo, eso es, solos usted y su Guía a cualquier parte del mundo que...

Staunt le miró asombrado. ¿Este hombre era médico o agente de viajes?

¿Y quería él hacer tales viajes? Era una tentación vaga. A expensas del gobierno ver los templos de Chichén Itzá a la luz de la luna, flotar por encima de los Andes y descender hacia Machu Picchu, oler el perfume de los clavos en Zanzíbar, mirar arriba las remotas coronas verdiazules de los abetos gigantes, ver a los hipopótamos dándose empellones en el Nilo, pasear por las ruinosas calles polvorientas de Babilonia, volar lentamente sobre las complejidades barrocas de la Gran Barrera de Arrecifes de Australia, ver las agujas de arenisca roja de Utah, caminar por la Gran Muralla de China, despedirse de lagos y desiertos y montañas y valles, ciudades, pantanos, pingüinos y osos polares...

Pero ya había visto todos aquellos lugares. ¿Para qué regresar? ¿Para qué molestarse en hacer un peregrinaje jadeante, arrastrando sus flojos huesos de sitio en sitio? Una vez fue suficiente. Tenía sus memorias.

-No -dijo-. Si hubiera tenido algún deseo de viajar no habría pensado en Ir en primer lugar. Si me entiende. Todo ha perdido sabor, ¿comprende? No tengo la fuerza ni el motivo para cargar conmigo por ahí. Ni siquiera para hacer gestos sentimentales de despedida.

-Como quiera, señor Staunt. La mayoría de los que Parten sí aprovechan de la opción de viajar. Pero no encontrará usted ninguna coacción aquí. Si no siente inclinación de viajar, quédese aquí mismo.

-Gracias. ¿Qué otras alternativas ofrece la Despedida?

-Es costumbre de los que Parten buscar experiencias que quizá les hayan faltado durante la vida, o repetir las que encontraron especialmente gratas. Si hay algún tipo de comida especial que le guste...

-Nunca fui gourmet.

-U obras de música que quiera escuchar otra vez, obras maestras que le gustaría vivir por última vez...

-Hay algunas -dijo Staunt-. No muchas. La mayoría me aburren ahora. Cuando Mozart y Bach y Beethoven empiezan a aburrirle a uno sabe que es la hora de Irse. ¿Sabe que incluso Staunt ha empezado últimamente a parecerme menos interesante?

El Dr. James no sonrió.

Dijo:

-En cualquier caso, encontrará que estamos programados para toda clase imaginable de música, y si hay alguna obra que encuentre que no tenemos y que debemos tener, espero que nos lo diga. Lo mismo con los libros. Su pantalla puede ofrecerle cualquier obra en cualquier lengua... sólo hay que hacer la petición. Muchos de los que Parten aprovechan esta oportunidad para leer, por fin, *La guerra y la paz* o *Ulises* o *Gengi Monogatari,* digamos.

-O la *Enciclopedia Británica* -dijo Staunt-, de «Aardvark» a «Zwingli».

-Usted cree que bromeo. Hace cinco años hubo aquí uno que Partía que se puso a hacer precisamente eso.

-¿Hasta dónde llegó? -quería saber Staunt-. «¿Antimonio?» «¿Betelgeuze?»

-«Magnetismo» -creo-. Se dedicaba bastante a la tarea.

-Tal vez también yo lea algo, doctor. No la *Británica.* Pero Hallam, por lo menos. Quizá Montaigne y Hobbes y quizá Ben Jonson. Durante unos sesenta años he tenido la intención de leer las obras de Ben Jonson de cabo a rabo. Supongo que ésta es mi última oportunidad.

-Otra alternativa -dijo el Dr. James-, es la sacudida de la memoria.

-¿Qué es...?

-El estímulo químico de los centros mnemónicos. Revuelve las memorias, despierta cosas en las que quizá no haya pensado durante ochenta o noventa años, envía por la mente imágenes y texturas y olores y colores de experiencias pasadas de un modo asombrosamente vivo. En un sentido, es un viaje a lo largo de su pasado entero. No conozco a ninguno de los que Parten que lo ha hecho y no haya salido en una especie de estado extático, de una felicidad radiante.

Staunt hizo un gesto de desagrado.

-Pensaría que podría ser una experiencia penosa. Inquietante. Deprimente.

-De ninguna manera. Nunca. Es la emoción recordada en estado sereno: las experiencias pueden haber sido penosas originalmente, pero la repetición de ellas nunca lo es. La sacudida permite que la persona se adecué a todo lo que ha sido y que ha hecho. He conocido a gente que pide Irse una hora después de salir de la sacudida, y no porque estuvieran deprimidos; simplemente querían despedirse en un momento culminante.

-Lo pensaré -dijo Staunt.

-Aparte de las cosas que he mencionado, su período de Despedida es completamente libre. Usted puede escribir el guión. Su familia vendrá a verle y sus amigos; creo que llegará a conocer a los otros que Parten; habrá fiestas de Despedida mientras uno por uno deciden Ir; y luego habrá ceremonias de Despedida para ellos y se Irán; y al fin, al cabo de un mes, seis meses, como quiera usted pedirá su propia fiesta de Despedida y ceremonia de Despedida, y por fin Irá. Sabe, señor Staunt, yo siento un gran regocijo aquí todos los días, trabajando con estas personas estupendas, los que Parten, ayudando a que sean bellas sus últimas semanas, observando la serenidad con que Van. Mi propia hora de Ir todavía está a noventa o cien años en el futuro, supongo, pero de alguna manera la espero con interés; siento una cierta impaciencia, sabiendo que las horas más felices de mi vida vendrán a la hora final. Ir cuando uno está con buena salud, pasar del mundo voluntariamente a un ambiente de paz y plenitud, saber que se corona una vida larga y de éxito con la obra más noble de todas: hacer girar la rueda, dar a los jóvenes la oportunidad de ocupar su sitio, ¡qué maravilloso es todo eso!

-Me gustaría -dijo Staunt- orquestar su aria. Trémolos rielados de las cuerdas -el lamento melancólico de los oboes, arpas, seis arpas haciendo sones celestiales- y luego un gran crescendo de trombones y cornos franceses y bajones, una especie de música de Valhala brotando...

Con gesto de confusión, el Dr. James dijo:

-Ya le he dicho, realmente no entiendo mucho de música.

-Perdóneme. No debo burlarme, no a mi edad. Estoy seguro de que *es*

bello y maravilloso. Me siento muy feliz de estar aquí.

-Es un placer tenerle con nosotros -dijo el doctor James.

6

Staunt no se sentía con ánimo de cenar en el comedor comunal, había hecho un viaje largo cruzando varios husos horarios y su apetito estaba trastornado. Pidió una cena ligera, jugo, sopa y fruta que llegó casi al instante por un sistema de transportador subterráneo. Cenó parsimoniosamente. Antes de Irme, se prometió, comeré un bistec a la pimienta y caracoles y un curry de cordero y todas las otras cosas que nunca me gustaban mucho cuando era lo bastante joven como para digerirlas. James me ofrece la oportunidad, ¿por qué no aprovecharla? Llegaré a ser un gourmet pre-póstumo. Aunque me mate. Mejor Irme de esa manera que bebiendo ese brebaje o lo que sea que te dan al final.

Después de cenar preguntó dónde estaba Bollinger.

-El señor Bollinger se ha ido a casa -le dijeron a Staunt-. Pero estará de vuelta pasado mañana. Pasará tres días de la semana con usted mientras esté aquí.

Staunt suponía que era excesivo por su parte esperar que su Guía le dedicara todo su tiempo. Pero por lo menos Bollinger podría haberse quedado la primera noche. Salvo que la idea fuera hacer que el que Parte se adaptase sólo a la vida en la Casa de Despedida.

Jugaba con el terminal de información, probando sus recursos. Durante un rato se divirtió sacando música desconocida de la máquina: órgana medievales, sonatas de Hummel, ópera alemana del siglo XVIII, raras cosas electrónicas de mediados del siglo XX. Pero era imposible ganar la partida en ese juego; aparentemente si la música había sido grabada, la computadora tenía acceso a ella. Staunt pasó luego a libros, pidiendo Hobbes y Hallam, Montaigne y Jonson -no proyecciones sino ejemplares de impresión para su propio uso-, y al cabo de unos minutos las gavillas de folios frescos y claros empezaron a llegar por el mismo transportador que había traído la cena. Dejó los libros a un lado sin hojearlos. Tal vez unas llamadas telefónicas, pensó: a mi hija, quizá, o a un amigo o dos. Pero todo el mundo al que conocía parecía vivir en el Este o en Europa, y allí era alguna hora miserable de la madrugada. Staunt abandonó la idea de hablar con alguien. Cayó en un humor pesado como el plomo. ¿Por qué había venido a estos tres cuartitos de plástico en el desierto, abandonando su casa excelente y cuidada, sus tesoros de arte, sus cerezos silvestres, sus libros? ¿Entregándolo todo a cambio de esta estéril estación a medio camino en su viaje a la muerte? Podría llamar al Dr. James, supongo, y decirle que quiero Irme ahora mismo. Ahorrarle molestias al personal, ahorrarles algún dinero a los contribuyentes; ahorrar a la familia el fastidio de seguir los ritos de Despedida. ¿Cómo se hace la Ida realmente? Creía que era una droga. Algo dulce y agradable, y luego el cuerpo se duerme. Una muerte tranquila como la de Sócrates, sólo un leve frío subiendo rápido por las piernas hacia el corazón. Esta noche. Esta noche. Irse esta noche.

No.

Tengo que jugar el juego como es debido. Tengo que Irme con elegancia.

Recogió el terminal y dijo:

-Por favor, que alguien me lleve al centro de recreo.

La señorita Elliot, la enfermera, apareció como si hubiera estado guardada en una caja a la entrada de su apartamento. Hasta donde Staunt todavía tenía la capacidad de distinguir, ella era una chica guapa con pelo rubio, rolliza, con la piel fina y clara y los ojos azules grandes y luminosos; pero había algo distante e impersonal y mecánico en ella; casi podría ser un robot.

-¿El centro de recreo? Con mucho gusto, señor Staunt. -Le ofreció el brazo. Él hizo un gesto como para rechazarlo, pero luego, acordándose de su lucha anterior para caminar lo aceptó y se apoyó pesadamente contra ella mientras salían. Así acepto mi mortalidad. Así adelanto mi caída final.

Un ascensor-relámpago les llevó a una zona inmensa y brillantemente iluminada subterránea. Había una acera móvil; la señorita Elliot le guió para que pasara encima y la máquina les transportó unos cientos de metros hasta llegar a una plataforma giratoria que depositó a Staunt suavemente en el centro de recreo.

Era una sala bastante grande, dividida en el extremo opuesto, como una capilla, en varias salas pequeñas. Staunt vio pantallas, terminales de información, elementos de reproducción y otros equipos de entrada, todo aquello duplicando lo que tenía cada uno de los que Partían en su propio apartamento. Pero, por supuesto, aquí salían ellos de la soledad; será más consolador leer o escuchar en público, pensó. También había juegos de varios tipos adecuados para ancianos, nada que requiriera gran grado de vigor o coordinación: ajedrez aleatorio, poliritmadores, órbita-doble y cosas por el estilo. Nos deslizamos hacia la niñez en el camino a la tumba.

Habría unos cincuenta de los que Partían en el centro, calculó él. En su mayoría parecían tan viejos como los cuatro que le habían recibido del cóptero horas antes ese día; unos pocos, notó alarmado, parecían aún más viejos. Algunos parecían mucho más jóvenes, con sólo setenta u ochenta años. Staunt pensó al principio que quizá fueran Guías, pero luego vio en las caras una languidez plácida que era común a todos estos que Partían, una expresión de contento tedioso y sin inteligencia, de resignación, de muerte-en-vida. Evidentemente uno no tenía que estar agobiado por los años para sentirse listo para Ir.

-¿Le presento a otros que Parten? -preguntó la señorita Elliot.

-Por favor. Sí.

Ella le acompañó de persona en persona. Es Henry Staunt, dijo una y otra vez. El famoso compositor. Y ella le dijo todos sus nombres. No reconoció a ninguno. David Golding, Michael Green, Ella Freeman, Seymour Church, Katherine Parks. Nombres y apellidos. Caras marchitas. La señorita Elliot no ofreció etiquetas que identificaran a ninguno, como ofreció para identificarle a él; no había ninguna «Ella Freeman, la famosa actriz», ni «David Golding, el famoso astronauta», ni «Seymour Church, el famoso financiero». Ellos no habían sido actrices ni astronautas ni financieros. Sólo Dios sabía lo que habían sido; la señorita Elliot no iba a decirlo y Staunt se encontraba sin energía para preguntarles. Contadores, bolsistas, amas de casa, maestros de escuela, programadores. Cualquier cosa. Nada. Simplemente personas. Gente común. Sobrevivientes de épocas geológicas anteriores. Tan viejos, tan viejos, tan viejos. En casi ninguno podría percibir

Librodot

Staunt algún vislumbre de vida, y vio por primera vez qué afortunado había sido él al llegar a esta avanzada edad que tenía y estar aún entero. Los muertos ambulantes. Seymour Church, el famoso cadáver resucitado. Katherine Parks, la famosa sonámbula. Parecía que ninguno había oído hablar de él. Eso no le sorprendió a Staunt; incluso un famoso compositor aprende pronto en la vida que únicamente será famoso entre una minoría de sus compatriotas. Pero esas miradas vacías, esos ojos sin enfocarse. Mucho gusto en conocerle, señor Stout. Encantado, señor Stint. Hola. Hola. Hola.

-¿Ha conocido a gente interesante? -dijo la señorita Elliot, al pasar al lado de Staunt media hora después.

-Estoy más cansado de lo que creía -dijo Staunt-. Quizá deba acompañarme al apartamento.

Ya se le iban de la memoria los nombres de los otros que Partían. Había hablado brevemente, en fragmentos, con seis o siete de ellos, pero no podían concentrarse en lo que decían, ni tampoco él, descubrió. Una fatiga terrible, que jamás había sentido antes, caía sobre él. La senectud debe ser contagiosa, decidió. Treinta minutos entre los que Parten y soy como ellos. Tengo que escaparme.

La señorita Elliot le guió al cuarto. El señor Falkenbridge, el enfermero, apareció sin ser llamado; le ayudó a desnudarse y le acostó. Staunt estuvo despierto largo rato en la cama extraña, su mente tensa haciendo tic-tac implacablemente. Un problema del huso horario, pensaba. Sentía la tentación de pedir un calmante, pero mientras buscaba la fuerza para sentarse y llamar a la señorita Elliot, le cautivó el sueño y le hundió en un pozo de oscuridad.

7

En los días siguientes logró conocer a algunos de los otros. Era una tarea que se impuso a sí mismo. A lo largo de su vida, Staunt había seguido, a veces con dificultad, el estrecho límite entre el recato y el esnobismo, intentando mantenerse aparte sin dar la impresión de rechazar a otros, y estaba especialmente ansioso por no retirarse hacia la auto-suficiencia en estos días tan importantes. Así que buscaba a sus compañeros entre los que Partían y hacía lo que podía para romper las barreras que les separaban de él.

No obstante, era tarde ya en la vida para hacer nuevos amigos. Encontró difícil comunicarles algo de sí mismo, o de extraer de ellos algo de más importancia que los meros hechos básicos de sus vidas. Como sospechaba, eran un grupo soso, gente que nunca había logrado nada en particular salvo la longevidad. Staunt no tenía eso en contra suya: no veía la razón de por qué todo el mundo tenía que rebosar de creatividad, y había querido profundamente a muchos cuyos únicos talentos habían sido los de la amistad. Pero esta gente, llegando ahora al fin de sus días estaba ahuecada por las erosiones del tiempo y quedaba tan poco de ella que aún el común calor humano se había desgastado. Contestaron a las preguntas mecánicamente y rara vez respondieron con preguntas propias suyas. «¿Compositor? Qué interesante. A veces yo escuchaba música.» Logró

descubrir que Seymour Church llevaba ocho meses viviendo en la Casa de Despedida porque su hijo había insistido, pero no quería Irse; que Ella Freeman había tenido (o creía que había tenido) una aventura amorosa, hacía más de un siglo, con un hombre que después fue Presidente; que David Golding se había casado seis veces y estaba excesivamente orgulloso de eso; que cada uno de éstos que Partían se agarraba a algún dato biográfico trivial que le daba un trocito de identidad individual. Pero Staunt no fue capaz de penetrar más allá de ese dato identificador; o no había nada más en ellos, o no podían o no querían revelárselo. Un grupo soso, pero Staunt ya no estaba en condiciones de escoger a sus compañeros por los méritos que tenían.

Durante la primera semana de estancia en Arizona la mayor parte de su familia vino a verle, empezando por la visita de Paul y el joven Henry, el hijo de Crystal. Se quedaron con él dos días. David, el otro hijo de Crystal, llegó un poco más tarde con su mujer, los hijos y uno de los nietos; luego se presentaron las dos hijas de Paul y una variedad de jóvenes. Todo el mundo, incluso los niños, mostraban empalagosas e infelices expresiones de alegría. Estaban empeñados en considerar la Ida de Staunt como un acontecimiento bello. Durante las conversaciones con él nunca mencionaron siquiera la Ida, sólo hablaron de chismes familiares, música, la primavera, las flores, memorias. Staunt jugaba su juego. Tenía tan poco deseo de agitación emocional como ellos; quería retirarse cordialmente de sus vidas, sonriéndose, haciendo reverencias. Tenía cuidado, por eso, de no indicar para nada que pronto iba a terminar su vida. Fingía que había venido a este lugar en el desierto sólo para pasar unas breves vacaciones.

La única que no le visitó, aparte de unos bisnietos, fue su hija Crystal. Cuando trató de llamarla por teléfono no tuvo respuesta. Sus visitas evitaban cualquier alusión a ella. ¿Estará enferma?, se preguntó Staunt. ¿Muerta, incluso?

-¿Qué intentas ocultarme? -preguntó por fin a su hijo-. ¿Dónde está Crystal?

-Crystal está perfectamente -dijo Paul.

-No es eso lo que te pregunté. ¿Por qué no ha venido?

-Realmente no ha estado del todo bien estos últimos días.

-Como sospechaba. Está enferma de gravedad, y tú crees que el choque de saberlo me hará daño.

Paul negó con la cabeza:

-No es así ni mucho menos.

-¿Qué le pasa entonces? -Por su mente cruzaron visiones de cáncer, de intervención al corazón, tumores cerebrales-. ¿Ha tenido alguna especie de trasplante? ¿Está en el hospital?

-No es un problema físico. Crystal simplemente está sufriendo de fatiga. Ha ido a Luna Domo para tomarse un descanso.

-Hablé con ella el mes pasado -dijo Staunt-. Parecía bien entonces. Quiero saber la verdad, Paul.

-La verdad.

-Sí, la verdad.

Paul cerró los ojos cansadamente un momento, y en ese momento Staunt vio a su hijo tal y como era: un viejo, aunque no tan viejo como él mismo. Después de un rato, Paul dijo con voz plana, monótona:

-El problema es que Crystal no ha aceptado tu Ida muy bien. La llamé

para decírselo, inmediatamente después de que me habías dicho, y se puso histérica. Piensa que te están engañando, que tu Guía es parte de un complot para eliminarte, que tu decisión es prematura diez o quince años por lo menos. Y no puede hablar con calma de esto, así que creíamos que era mejor llevarla a donde no pudiera hablarte para que no te molestara. Ya está. Esa es la historia. No iba a contártela.

-Fue tonto por tu parte esconderlo.

-No queríamos estropearte la Ida con escenas histéricas.

-Mi Ida no se estropeará tan fácilmente. Me gustaría hablar con ella, Paul. Puede que le haga bien cualquier ayuda que yo pueda darle. Si puedo hacerle ver la Ida como es de veras -si puedo convencerla de que su actitud no es sana-. Paul, consígueme una llamada a Luna Domo, ¿quieres? La gente de la Realización la pagará. Crystal me necesita. Tengo que hacerle comprender.

-Si insistes -dijo Paul.

De alguna manera, sin embargo, problemas técnicos impidieron la llamada ese día, y el siguiente y el día después. Y luego Paul se fue de la Casa de Despedida. Cuando Staunt le llamó a casa para enterarse en qué lugar exacto de la Luna estaba Crystal, Paul se mostró evasivo y dijo que ella se había mudado recientemente de sanatorio y que sólo después de unos días podría hacerse la llamada. Viendo la inquietud de su hijo, Staunt dejó de insistir. No querían que él hablara con Crystal. La histeria de Crystal estropearía su Ida, creían. No le darían la oportunidad de consolarla. Bueno, pues que así fuera. No podía luchar contra ellos. Debían ser días difíciles para toda la familia; si querían pensar que Crystal le iba a molestar tanto, él abandonaría el asunto por algún tiempo. Quizá podría hablar con ella más tarde. Habría tiempo antes de Irse. Quizá. Quizá.

8

Cada lunes, miércoles y viernes, Martín Bollinger vino a verle normalmente a media tarde, una hora o más después de comer. Por lo general, Staunt recibía a su Guía en el apartamento, aunque a veces, cuando hacía fresco, paseaban juntos por el jardín. Sus conversaciones pasaban invariablemente por tres fases bien definidas. Primero, Bollinger mostraba un vivo interés en las actividades diarias de Staunt. ¿Qué libros lees? ¿Escuchas música? ¿Hay algunas personas interesantes entre los que Parten con quienes puedas hablar? ¿Te cuida bien el personal? ¿Te visitan bastante los parientes? ¿Has sentido ganas de componer? ¿Hay alguien a quien te gustaría ver? ¿Piensas viajar siquiera algo? Y así sucesivamente, más y más, las mismas preguntas surgían con frecuencia.

Cuando terminaban las preguntas, Bollinger se deslizaba hacia la segunda fase: una conversación en tono sosegado y otoñal, un recuerdo de días desaparecidos. A veces hablaba como si Staunt ya se hubiera Ido; mencionaba las composiciones de Staunt del mismo modo que podría referirse a las de algún antiguo maestro. Las sinfonías, decía Bollinger, qué testimonio, qué poderosa estructura acumulativa, nada semejante a ellas desde Mahler, seguramente. Los cuartetos, evidentemente parecidos a los de

Librodot

Beethoven, pero enteramente contemporáneos, verdaderas expresiones del compositor y de su tiempo. Staunt asentía con la cabeza aceptando solemne los juicios de Bollinger con una objetividad somnolienta y curiosa. De la misma manera hablaban de amigos que tenían en común, observándolos como libros terminados, como cubos en vez de personas vivas en evolución. Staunt vio que Bollinger le ayudaba a distanciarse de la vida que había vivido. Ya se sentía lejos de esa vida. Después de varias semanas en la Casa de Despedida había llegado a verse más como alguien que hubiera estudiado con cuidado la biografía de Henry Staunt que como el Staunt vivo y real, el habitante del cuerpo de Staunt. En la tercera fase de cada reunión Bollinger se dirigía con franqueza hacia asuntos directamente relacionados con la Ida de Staunt. Constantemente obligaba a Staunt a analizar sus motivos, y evitaba la engañosa suavidad con que todo el mundo parecía tratarle. El Guía perseguía la verdad. ¿De veras quieres Ir, Henry? De ser así, ¿has empezado a pensar en la fecha de tu Ida? ¿Te quedarás en el mundo cinco semanas más? ¿Tres meses? ¿Seis? No, nadie te quiere apresurar. Quédate un año si quieres. Sólo me pregunto si has examinado aún de forma realista lo que significa Ir. Si comprendes tu propósito al pedirla. Indaga detrás del eufemismo, Henry. Ir es morir. El fin de todo. Para ti el fin del universo. ¿Eso es lo que quieres, Henry? ¿Lo es? ¿Lo es? ¿Lo es? No trato de hacerlo más difícil para ti. Trato de hacerlo más puro. Una Ida verdaderamente espiritual, la más rara que hay. Pero sólo si estás preparado. ¿Te das cuenta de que puedes retirarte de todo el asunto en cualquier momento? No es cobarde apartarte de la Ida. Mira, Hallam: Ir no es suicidarse, es una renuncia dulce, reservada propiamente sólo para los que entiendan sus motivos por completo. Cualquiera puede matarse en un ataque de melancolía. Una Ida propia requiere fuerza espiritual. Algunas personas entran a una Casa de Despedida dos o aún tres veces antes de que puedan dar ese último paso. Sí, pasan por el rito completo de Despedida, casi hasta el fin, y luego dicen que quieren irse a casa, y les mandamos a casa. Nunca insistimos. No nos interesa echar a víctimas del mundo. Sólo voluntarios con los ojos abiertos. ¿Has leído más en Hallam, Henry? Nuestro filósofo de la muerte. Mira dentro de ti antes de saltar. Pregúntate: ¿Es esto lo que quiero?

-Lo que quiero es Irme -contestaba Staunt. Pero no podía decirle a Bollinger cuánto tiempo pasaría realmente antes de que se encontrara listo para despedirse.

Parecía haber un diseño en este *pas de deux* trisemanal de conversación con su Guía. Parecía que Bollinger le estaba manipulando con paciencia, sinuosamente, hacia alguna especie de estallido apocalíptico de penetración gozosa, un momento radiante de comprensión en el que él podría decir, sintiéndose digno de Hallam: «Ahora yo Iré.» Pero las maniobras no parecían tener éxito. Muchas veces Staunt se separaba de Bollinger confundido y deprimido, menos seguro que nunca de su deseo de Ir.

Ya desde la cuarta semana pasaba la mayor parte de su tiempo leyendo. La música se había hecho sosa para él. Su familia después de la primera ronda de visitas obligatorias había dejado de venir; no volverían a la Casa de Despedida hasta que les informaran que él estaba en la fase final de su Ida y preparado para la ceremonia de Despedida. Había dicho todo lo que le interesaba decir a sus amigos. El centro de recreo le aburría y la compañía de los otros que Partían le dejaba frío. Por lo tanto, leía. Al comienzo lo hacía por deber, mecánicamente, recurriendo a la lectura como una tarea con la

Librodot

que mejorar su mente durante sus horas finales. Como un viejo faraón intentando mejorar su apariencia antes de que le entregaran en manos de sus momificadores. Staunt pensaba pulir su alma con la filosofía mientras aún tenía la oportunidad. Con ese espíritu seguía laboriosamente la lectura de Hobbes, cuyas ideas políticas le habían encendido cuando tenía diecinueve años y que ahora le parecía un filósofo simplemente agrio y huraño: *Quizá pueda parecer extraño a alguno, que no haya sopesado bien estas cosas que la naturaleza debiera disociar a los hombres y hacerles aptos para invadirse y destruirse; y quizá puede desear por eso, al no confiar en esta inferencia hecha de pasiones que se confirme el asunto por la experiencia. Déjele, por lo tanto, contemplarse: cuando hace un viaje, se arma y procura ir bien acompañado, y cuando se duerme, cierra con llave las puertas; incluso cuando está en casa cierra con llave los armarios; y esto aún sabiendo que hay leyes y agentes públicos armados para vengar todo daño que se le pudiera hacer; qué opinión tiene de sus compañeros-subditos cuando cabalga armado; de sus compañeros-subditos cuando cierra con llave las puertas; y de sus hijos y criados cuando cierra con llave los armarios. ¿No acusa tanto a la humanidad con sus acciones como yo con mis palabras?* Al haber pasado su juventud en un mundo tenso y sombrío de paz que era realmente guerra, Staunt había encontrado que era fácil aceptar las oscuras enseñanzas de Hobbes. Ahora no estaba tan seguro de que la condición natural del hombre fuera un estado de conflicto, todo el mundo en guerra con cada uno. Algo había cambiado en el mundo, parecía. O en Staunt. Guardó el libro de Hobbes, disgustado.

Casi tenía miedo de dirigirse a Montaigne, temiendo que ese otro gran guía de su juventud se hubiera agriado también a lo largo de las décadas. Pero, no. Al instante el viejo encanto le cautivó: *No puedo aceptar la manera en que fijamos el curso de nuestras vidas. He observado que los sabios la tienen por mucho más corta de lo que normalmente se supone. «¡Qué!», dijo Catón el Joven a los que le prevenían de matarse, «¿estoy en la edad de ser reprendido por entregar la vida demasiado pronto?» Y tenía sólo cuarenta y ocho años de edad. Pensaba que esa edad era madura y bien avanzada, considerando cuan pocos la alcanzaban.* Sí. Sí. Y: *Cuando acabe la vida, está toda allí. El provecho de vivir no está en su duración sino en el empleo que le damos: muchos hombres que han vivido poco, han vivido largo tiempo; atiende a esto mientras estés aquí. Está en tu voluntad, no en la cantidad de años, hacer lo mejor posible de la vida. ¿Pensabas que nunca ibas a llegar al sitio hacia donde ibas sin cesar? Pero no hay camino que no tenga fin. Y si la sociedad te ofrece algún consuelo, ¿no va el mundo por el mismo camino que tú?* Sí. Perfecto. Staunt leyó hasta muy tarde por la noche, pidió una botella de Château d'Yquem de las bodegas bien provistas de la Casa de Despedida, brindó solemnemente por el viejo Montaigne con su propio vino fino y siguió leyendo hasta la madrugada. *No hay camino que no tenga fin.*

Cuando terminó con Montaigne empezó a leer a Ben Jonson, primero las obras familiares *Volpone* y *La mujer silenciosa* y *El caso es alterado,* luego los dramas negros y explosivos de los años tardíos, *La feria de Bartholomew* y *La nueva posada* y *El Diablo es asno.* Staunt siempre había sentido una afinidad para con los isabelinos, sobre todo con Jonson, ese hombre chisporroteante, chirriante, centelleante, cuyos tempestuosos dramas irregulares y grandes ardían con una intensidad de pesadilla que a Shakespeare, al poeta mayor, le parecía faltar. Como siempre se había

prometido que haría, Staunt se hundió en Jonson, hasta que el sonido y el ritmo de los versos producían eco y se repetían en eco como truenos en su cerebro sobrecargado, y la textura de la mente de Jonson parecía incrustarse en la suya. *La dama magnética, Los deleites de Cynthia, La conspiración de Catilina,* ningún drama era demasiado oscuro, demasiado hermético para Staunt en su glotonería. Una tarde durante esos días se encontró haciendo una cosa inesperada. Del terminal de información pidió una copia impresa de las últimas páginas del primer acto de *La nueva posada,* con tres centímetros en blanco entre las líneas. En la cabeza de la página escribió con cuidado: *La nueva posada, una ópera de Henry Staunt, del drama de Ben Jonson.* Luego; mirando el largo discurso de Lovel, «Oh, ahí cuelga una historia, mi señor», Staunt empezó a escribir a lápiz las notaciones musicales bajo las palabras, con indiferencia al principio, luego con serio fervor repentino mientras se le ocurrían los contornos propios de la línea vocal. Al cabo de minutos había transformado el discurso en aria, e incluso, había garabateado en el margen unas notas preliminares en cuanto a la orquestación. El estilo de la música era extraño para él, una melodía parca, delgada y angular, de una complejidad espinosa y un sabor extrañamente arcaico. Era el tipo de música que pudiera haber escrito Alban Berg durante una larga visita al siglo XVII. No tenía mucho parecido con la música normal de Staunt. Mi estilo tardío, pensó. Probablemente era imposible cantar el aria. No importaba: así la evocó la musa. Fue la primera vez en años que Staunt componía sostenidamente. Miró asombrado el aria terminada, maravillado de que la música pudiera fluir de él así, surgiendo espontáneamente de la repleta fuente interior.

Por un instante sintió la tentación de meter lo que había compuesto en el sintetizador y recibir a cambio una orquestación aproximada. Oír el sonido de aquello con el barítono montando tensamente por encima de las cuerdas que bajan en picado, oírlo le podría llevar a componer la siguiente página de la partitura, y la siguiente y la siguiente. Se resistió. El mundo ya tenía bastantes óperas que nadie escuchaba. Meneando la cabeza, sonriendo tristemente, puso fecha a la página, la firmó con iniciales de la manera acostumbrada, anotó un número de opus -adivinándolo porque estaba lejos de sus manuscritos- y doblando la hoja la guardó entre sus papeles. Pero la música seguía desplegándose en su mente.

9

Durante su novena semana en la Casa de Realización, encontrándose varado en aguas estancadas, Staunt buscó al Dr. James y pidió la sacudida de la memoria. Parecía la única alternativa que le quedaba aparte de la Ida misma, y en estos días raras veces pasaba por su mente la idea de Irse. Había terminado la lectura de Jonson y el impulso de pedir otros libros no le había venido; echó una mirada de vez en cuando a la hoja de *La nueva posada,* pero no volvió a trabajar en ella; mantenía una actitud cautelosa y distante en sus conversaciones con Bollinger y con sus visitas infrecuentes; se daba cuenta de que se deslizaba casi imperceptiblemente hacia una pasividad de muerte, sin acercarse de veras a la salida. No podía regresar a

su vida anterior y no podía rendirse e Ir. Posiblemente, la sacudida de la memoria le empujaría fuera del punto muerto.

-Harán falta seis horas para prepararle -dijo el Dr. James, su larga nariz crispándose de entusiasmo por el proyecto de Staunt-. Hay que aclarar el cerebro de todo producto de la fatiga, y el sistema nervioso autónomo necesita ajustarse. ¿Cuándo quiere empezar?

-Ahora -dijo Staunt.

Le limpiaron, le ajustaron, le llevaron a su apartamento, le acostaron y le enchufaron a su monitor metabólico.

-Si se sobreexcita -explicó el Dr. James-, el monitor ajustará, bajándola automáticamente, la intensidad del flujo emocional. -Staunt estaba dispuesto a arriesgarse con la intensidad de su flujo emocional, pero el médico insistió.

El monitor se quedó en su sitio.

-No es el dolor psíquico lo que nos preocupa -dijo el Dr. James-. Nunca hay nada de eso. Pero a veces -un exceso del amor recordado, ¿sabe?- un estallido de felicidad, hemos encontrado que podría ser demasiado.

Staunt asintió con la cabeza. No iba a discutir. El médico sacó una aguja hipodérmica y apretó el pico ultrasónico contra el brazo de Staunt. Brevemente Staunt se preguntó si todo esto era un engaño, si la droga le enviaría a la Ida en vez de hacerle viajar por su camino del tiempo, pero dejó a un lado la idea irracional, el pico hizo su breve son de zángano y el líquido oscuro misterioso saltó hacia sus venas.

10

Oye las últimas cuerdas estrepitosas de *Las pruebas de Job* y el telón, una cortina de densa luz purpúrea surge del suelo del escenario. Aplausos. Llamadas a escena para los cantantes. El director en la escena ahora, inclinándose, sonriendo. El director del coro, incluso. Cascadas de vítores. A su alrededor giran los centelleantes candelabros móviles del Teatro de la Ópera de Haifa. Alguien le grita al oído incomprensibles palabras jubilosas: la lengua es el hebreo, Staunt se da cuenta. Dice, sí, sí, muchísimas gracias. Quieren que se ponga de pie para aceptar los aplausos. Edith está sentada a su lado con las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes. Su mente produce la fecha: el 9 de septiembre de 1999.

-Déjales verte -Edith susurra en medio del tumulto.

Una mano le golpea el hombro. Unos ojos fogosos brillan en los suyos: Mannheim, el crítico.

-¡La ópera del siglo!, -grita.

Staunt hace un esfuerzo y se levanta. Están gritando su nombre. *¡Staunt! ¡Staunt! ¡Staunt!* El público es suyo. Dos mil israelíes enloquecidos, suyos para mandar. ¿Qué va a decirles? *¡Sieg! ¡Heil! ¡Sieg! ¡Heil! ¡Heil Hitler!* Le atraganta su propio horroroso chiste no expresado. Al fin no puede hacer más que saludar con la mano y sonreír tontamente y caerse en la silla. Edith le toca el brazo con cariño. Su novia radiante. Su noche de triunfo. Escribir siquiera una ópera en estos días es una tarea extraordinaria; gozar de un estreno como éste es la perfección. Ahora el público pide la repetición. El

director en su lugar. El telón se esfuma. Job está solo en el escenario: es su escena final; la orgullosa voz de bajo gritando: «He aquí que soy vil», y la voz del Señor contestándole por mil altavoces, llenando el mundo entero con el sonido: «Atavíate ahora de majestad y de alteza.» Staunt llora al oír su propia música. Si vivo cien años, nunca me olvidaré de esta noche, se dice.

11

-El cóptero cayó tan rápido, señor Staunt. Lo seguían con el haz de estabilización por toda la tempestad, pero sabe que no es posible siempre...

-¿Y mi mujer? ¿Mi mujer?

-Lo sentimos, señor Staunt.

12

Está sentado frente a la fila de teclas del piano, impacientándose con la teoría y el enlace de acordes. Las piernas todavía no alcanzan los pedales; una molestia que durará poco. Cierra los ojos y golpea el teclado. Éste es el tono de *do* mayor, el fácil. La cuerda tónica. La dominante. ¿Por qué esperaron tanto para hablarle de estas cosas? Construye cuerda tras cuerda. *Ahora moderaré a* re *menor. Modular. Hago esto y esto y esto.* Tiene nueve años. Durante toda la calurosa tarde de sábado ha explorado este otro lenguaje maravilloso de los sonidos. Mientras su familia está sentada, helada, frente al televisor.

-¿Henry? ¡Henry, van a salir del módulo en cualquier momento!

Él se encoge de hombros. ¿Qué le importa a él caminar por la Luna? La Luna está muerta y muy remota. Y éste es el mundo de *re* menor. Tiene sus propias exploraciones que hacer hoy.

-¡Henry, ya está fuera! ¡Bajó la escalera!

Bien. Tónica. Dominante. Y la séptima disminuida. Las palabras son extrañas. Pero qué fácil es ir más y más profundo en el laberinto del sonido.

13

Los profesores y los estudiantes tenemos gran placer, señor Staunt, al presentarle en esta ocasión de su centesimo aniversario, este recuerdo de un compositor que compartía la divina productividad de usted, si no su longevidad afortunada: el manuscrito original de «Divertimento en si» de Mozart, Kóchel número...

Librodot

14

-Un niño. Sí. Vamos a llamarle Paul, por el padre de Edith. Y qué sensación más rara es decirme que tengo un hijo. Sabes, tengo cuarenta y cinco años. Ha pasado más de la mitad de mi vida, supongo. Y, ahora, un hijo.

15

El sol es enorme en el cielo y la playa está ardiendo con resplandecientes furias de calor, y más allá de la media luna rosada de arena, el verde Caribe descansa en su lecho como agua en una tina quieta. Éstas son las horas cuando él se queda a la sombra en una hamaca, leyendo o tomando notas para un ensayo o su próxima composición. Pero allí está esa chica otra vez, agachada cerca de la ribera, dando suaves golpes con los dedos a los bichitos en un charco que formó la marea, las tímidas anémonas y las pequeñas caracolas y los ermitaños inquietos. Así que él tiene que exponer la piel vulnerable porque mañana volverá en avión a Nueva York, y ésta puede ser la última oportunidad de presentarse a la muchacha. La ha observado durante la semana entera de vacaciones. No una chica, exactamente. Por lo menos tiene veinticinco años. Muy suya: reservada, distantemente precisa, alerta, elegante. Una tentación. Rara vez se ha sentido tan atraído hacia nadie. Conservar su estado de soltero no ha sido difícil para él; pasa tan suavemente de mujer en mujer como de ciudad en ciudad. Pero hay algo en los ojos de esa Edith, algo en su sonrisa que tira de él. Sabe que se hace el tonto. Todo esto es pura fantasía: no tiene idea de cómo es ella, qué intereses tiene. Ese aspecto de inteligencia y simpatía puede ser su propia invención; la chica detrás de la cara puede ser de veras vacía y ordinaria, alguna programadora en vacaciones, el alma de ella una oscura confusión de ensueños de estrellas encantadoras de la holovisión. Pero tiene que acercarse. El sol golpea sobre su piel sensible. Ella le mira sonriendo desde el charco. Un caracol violeta se arrastra levemente por su palma. Él se arrodilla junto a ella. Ella le ofrece el animalillo y él le deja arrastrarse por la mano, y se ríen, y ella va mostrándole conchas, caracolas marinas, crustáceos, hasta que hay alguna especie de contacto humano por medio de las criaturas de este charco salado, y por fin él dice, sintiéndose torpe:

-No nos conocemos. Soy Henry Staunt.

-Lo sé -dice Edith-. El compositor.

Y todo se hace mucho más fácil.

16

-... y la medalla de oro por su destacada obra en la forma sinfónica

extensiva del estudiante de menos de dieciséis años se entrega -como estoy seguro de que todos se han dado cuenta- a Henry Staunt, que...

17

-¿Y mi mujer? ¿Mi mujer?
-Lo sentimos tanto, señor Staunt.

18

-Y mientras estamos entrando ya en esa parte de la noche, Henry, me permito el privilegio de hacer algo de análisis también. ¿Sabes lo que te pasa de veras? ¿Lo que está mal en tu música, tu alma, todo? No sufres. Nunca te ha tocado el dolor, o si lo ha hecho, no lo has asumido. Mira, tienes cuarenta años y nunca has conocido más que el éxito, se toca tu música en todas partes, un logro increíble para un compositor vivo, y podrías aparentar treinta años. O incluso veintisiete. El tiempo no te araña. Yo no recomiendo el sufrimiento, no, pero sí digo que templa el alma del artista; añade una riqueza de textura que -perdóname, Henry- a ti te falta. Sabes que podrías vivir hasta muy viejo, viendo como no pareces envejecer, y algún día, cuando tengas noventa y siete o ciento cinco o más, te darás cuenta de que nunca has coincidido con la realidad, que te has mantenido aislado, que en un sentido nunca has vivido siquiera, ni has creado nada, ni... perdóname, Henry. Lo desdigo todo, aunque todavía sonríes. Ni siquiera un amigo debiera decir esas cosas. Ni siquiera un amigo.

19

-El premio Pulitzer de Música del año 2002.

20

-Yo, Edith, te tomo a ti, Henry, como mi marido legal...

21

-No es como si fuera tu novia, Henry. Dios sabe que es terrible perderla de esa manera, pero fue tuya durante cincuenta años, Henry; *cincuenta años,* el tipo de matrimonio que la mayoría de la gente apenas se atreve a soñar que tendrá, y si bien ella se ha ido, conténtate con haber tenido por lo menos esos cincuenta años.

-Pero hubiera querido que nos estrelláramos juntos.

-No seas infantil. Tienes -¿cuántos?- ¿ochenta y cinco, ochenta y siete años? Te quedan quince o veinte años saludables y productivos por delante. Más, si tienes suerte. La gente alcanza a tener edades fantásticas hoy. Quizá vivas ciento diez o ciento quince.

-Sin Edith, ¿para qué vale eso?

22

-Pon las manos en el centro del teclado. Estira los dedos todo lo que puedas. Más. Más. ¡Eso es, hombre! Ahora, Henry, ésta es la que llamamos *do* mayor.

23

De prisa, tropezando, entra en el estudio. El cuarto grande contiene los restos tangibles de su larga carrera. A este lado, la música misma, en ejecuciones grabadas: discos y *cassettes* para las obras tempranas, brillantes cubos de reproducción para las más recientes. Aquí están los manuscritos, uniformemente encuadernados en tafilete, una de sus pequeñas vanidades. Aquí están los álbumes con recortes de reseñas y programas de conciertos. Aquí están los trofeos. Aquí los volúmenes de sus obras de crítica. Staunt ha sido un hombre ocupado. Mira los titulares del lomo de los manuscritos: las sinfonías, los cuartetos de cuerda, los conciertos, las obras misceláneas de cámara, las canciones, las sonatas, las cantatas, las óperas. Tanto. Tanto. Staunt cree que no ha malgastado su tiempo llenando este cuarto con lo que contiene. Nunca, en los últimos cien años, ha pasado una semana sin que se haya ejecutado una de sus composiciones en alguna parte. Ésa es justificación suficiente para haber compuesto, para haber vivido. Pero ciento treinta y seis años es tanto tiempo...

Mete los cubos en las ranuras de reproducción, tocando tres de sus obras a la vez, haciendo brotar briosas marañas de sones de la colección de altavoces del cuarto; y se queda de pie en el centro, temblando un poco, aceptando la andanada sónica. Después de quizá cuatro minutos corta el sonido y dice al teléfono que le ponga con la Oficina de Realización.

-Mi Guía es Martín Bollinger -dice-. ¿Podría avisarle que me gustaría pasar a la Casa de Despedida tan pronto como sea posible?

24

El Dr. James le había dicho, hacía mucho, que los que Parten salieron invariablemente de la sacudida de la memoria en estado de éxtasis y que con frecuencia estaban tan transportados que insistieron en Ir inmediatamente, antes de que pudieran decaer de su exaltación. Emergiendo de los efectos de la droga, Staunt buscaba en vano el éxtasis. ¿Dónde? Estaba completamente tranquilo. Durante algunas horas, o quizá unos pocos minutos -no tenía idea de cuánto había durado la sacudida- había saboreado trozos del pasado, fragmentos de conversaciones, de paisajes, de texturas azarosas de contacto, acontecimientos esparcidos, sin cronología, sin orden. Su música y su mujer. Su mujer y su música. Un caldo muy aguado para ciento treinta y seis años de vida. ¿Dónde estaban las tormentas? ¿Dónde estaban las tempestades? Una sola gran tragedia, sí, y en otros aspectos todo tranquilo. Una vida demasiado ordenada, demasiado cuerda, demasiado vacía, y ahora, con permiso para remirarla, se encontraba sin nada a qué agarrarse salvo los aplausos, que se escurrían de los dedos, y su amor por Edith, y aun eso había perdido la magia. ¿Dónde estaba ese exceso de amor recordado que el doctor James había dicho que podría ser peligroso? Quizá le habían aplicado demasiado el monitor, bajando la intensidad de su espíritu. O quizá su espíritu tenía la culpa. Viejo y seco, pálido y enjuto.

A diferencia de los otros de los que había oído, él no pidió la Ida inmediatamente después de su viaje. Sin ese éxtasis terminal, ¿por qué Ir? No se sentía exactamente deprimido, pero sí abatido, por cierto; la excursión por sus ayeres le había empujado a una especie de quietud, una parálisis de la voluntad, que le dejaba colgando igual que antes, entretejido en las hebras de su propio tranquilo pasado.

Pero si Staunt se quedó sin decidirse a Ir, no sucedió así con los otros.

-Estás invitado a la ceremonia de Despedida de David Golding -le dijo la señorita Elliot el día después de la sacudida de memoria.

Golding era el hombre que había tenido seis mujeres, sobreviviendo a algunas, divorciándose de otras, y sufriendo que otras se divorciaran de él. Su heroica carrera de marido ya no se notaba en nada; ahora era pequeño y sarmentoso y descarnado; y como estaba casi ciego, su cara estrecha y mezquina estaba deformada por los conos salientes de dos transvisores ópticos. Decían que tenía ciento veinticinco años, pero a Staunt le parecían, por lo menos, doscientos. Para la ceremonia de Despedida, sin embargo, los técnicos de la Casa habían transformado al pequeño viejo en algo sublime. Su cara brillaba con un maquillaje que borraba las grietas de décadas; se mantenía vigorosamente erguido, sin duda inflado en semejanza a su antigua virilidad por alguna droga; estaba vestido con una bata radiante, resplandeciente. Veintenas de parientes y amigos le rodeaban en las Cámaras de Despedida, un grupo de salas subterráneas, brillantemente decoradas, al otro lado del centro de recreo. Staunt, al entrar, estaba consternado por la magnitud de la muchedumbre. Tantos, tan jóvenes, tan ruidosos.

Ella Freeman se le acercó furtivamente y tocó el brazo de Staunt con la mano marchitada:

-Mira, allí: dos de sus mujeres. Él no había visto a una en sesenta años.

Y sus hijos. Todos ellos, hijos suyos. ¡Dos o tres con cada mujer!

La ceremonia, dirigida por el hombre relativamente joven que era el Guía de Golding, tenía un tono elegiaco; era breve y dulce. De pie bajo el emblema de la Oficina de Realización, la rueda y los engranajes, el Guía habló brevemente de la filosofía de dejar sitio para los otros, de la belleza de una partida voluntaria. Luego elogió al que Partía en términos generales, vagos; uno de los hijos hizo un elogio más específico; y al fin, Seymour Church, elegido para representar a los compañeros de Golding en la Casa de Despedida, graznó un discurso corto, casi incoherente, de adiós. A todo esto el que Partía, que parecía transfigurado de felicidad y ya a la mitad del camino al otro mundo, contestó con unas pocas sílabas tenues, expresando él, borrosamente, su gratitud por una vida larga y feliz. Golding parecía entender apenas lo que pasaba; estaba sentado, radiante, en un tipo de trono, soñoliento y remoto. Staunt se preguntó si le habrían drogado hasta el atontamiento.

Cuando se terminaron los discursos, se sirvieron los refrescos. Luego, acompañado sólo por sus parientes más cercanos, quince o veinte personas, Golding fue llevado al cuarto más profundo de las Cámaras de Despedida. La puerta corrediza se cerró detrás de él, y en su ausencia la fiesta de Despedida siguió alegremente.

Hubo cuatro de estos acontecimientos durante las cinco semanas siguientes. En dos de ellos -las Idas de Michael Green y de Katherine Parks- se le pidió a Staunt que diera el discurso de adiós. Fue una tarea que cumplió con gracia, serenamente, y él pensaba que con bastante elocuencia. Habló diez minutos de Michael Green, y casi quince de Katherine Parks; habló no tanto de los que Partían, que apenas había llegado a conocer bien, sino de la filosofía entera de la Ida, de la belleza y la maravilla del acto de renunciar al mundo. No era costumbre que el que daba un discurso de adiós se esforzara tan sostenidamente, y su público le escuchó totalmente fascinado; si la ocasión lo hubiera permitido, sospechaba Staunt, hasta le habrían aplaudido.

Así que tenía una nueva vocación, y varios de los que Partían aceleraron su propia Ida para poder pedirle a Staunt que hablara en los ritos. Era verano ya, y Arizona estaba atrapada en relucientes olas de calor. Staunt ya no salía afuera nunca; pasaba mucho tiempo tratándose socialmente con la gente en el centro de recreo, haciendo investigación, por decirlo así, para la futura oratoria. Raras veces leía en estos días. Nunca escuchaba música. Se había acomodado a una rutina agradable y serena. Ya era el cuarto mes en la Casa de Despedida. Con excepción de Seymour Church, que aún no quiso que le empujaran suavemente hacia la Ida, Staunt era el mayor en cuanto a residencia, entre los que Partían. Y a fines de julio, Church por fin se despidió. Staunt, por supuesto, habló en el rito y tocó el tema de la lentitud del viaje hacia la Ida, y fue difícil para él evitar referencias personales a su propia y semejante renuencia. ¿Por qué me demoro aquí?, se preguntaba Staunt. ¿Por qué no digo la última palabra?

Cada pocas semanas su hijo Paul le visitaba. Staunt encontraba difíciles las reuniones. Paul, mostrando señas de ansiedad y tensión, siempre parecía a punto de soltar abruptamente: -Por qué no te Vas ya?- Y Staunt no tendría respuesta, porque no sabía la respuesta. Había leído a Hallam cuatro veces. Filosófica y psicológicamente estaba preparado para Irse. Pero se quedaba.

25

A mediados de agosto Martín Bollinger entró en su apartamento, extendió una hoja de papel y dijo:

-¿Qué es esto, Henry?

Staunt le echó una mirada. Era una fotocopia del aria de *La nueva posada.*

-¿Dónde encontraste eso? -preguntó.

-Uno de personal lo encontró por casualidad cuando arreglaba el cuarto.

-Yo creía que teníamos derecho a la intimidad.

-No es una inquisición, Henry. Sólo tengo curiosidad. ¿Has empezado a componer otra vez?

-Ese trozo es todo lo que escribí. Hace meses.

-Es una música fascinante -dijo Bollinger.

-¿Lo es, eh? Yo pensaba que era bastante forzada y áspera.

-No. No. Ni hablar. Siempre hablabas de una ópera de Ben Jonson, ¿verdad? Y ahora la has empezado.

-Estaba animando a un día gris -dijo Staunt-. Garrapatos, nada más.

-¿Henry, te gustaría salir de este sitio?

-¿Estamos en eso otra vez?

-Evidentemente tienes música todavía dentro. Quizá una gran ópera.

-¿Qué propones exprimir de mí, eh? No digas tonterías. No hay nada ya en mí, Martín. Estoy aquí para Irme.

-Pero no te has Ido.

-Lo has notado -dijo Staunt.

-Te fue aclarado desde el principio que no íbamos a presionarte. Pero he empezado a sospechar, Henry, que ni siquiera te interesa Ir, que estás marcando el paso aquí, quizá madurando esta ópera, quizá llegando a un acuerdo con algo indigerible en tu alma. Lo que sea. No *tienes* que Ir. Te enviaremos a casa. Termina *La nueva posada.* Piensa los pensamientos que quieras pensar. Vuelve a pedir la Ida el año que viene o el siguiente.

-Quieres esa ópera de mí, ¿verdad?

-Quiero que estés feliz -dijo Bollinger-. Quiero que tu Ida sea *correcta.* Este trozo de música es sólo un indicio de tu estado interior.

-No habrá ninguna ópera, Martín. Y no tengo planes de salir de Omega Prima estando vivo. Haber impuesto a mi familia esta penosa experiencia, y luego regresar a casa y decirles que sólo ha sido un jolgorio de vacaciones aquí. No. No.

-Como quieras -dijo Bollinger. Sonrió y se apartó dejando una pregunta no expresada, suspendida como una espada entre ellos: *Si quieres Irte, Henry, ¿por qué no te Vas?*

26

Staunt era consciente de que había cobrado la categoría de permanente entre los que Partían, un tipo de conservador emérito de la Casa de Realización. Aquí estaba, gozando de esta vida de desahogo y dignidad, aceptando las atenciones de voz dulce de los que se proponían empujarle suavemente fuera del mundo, desempeñando su papel de patriarca entre los cascotes desmoronados que eran los otros que Partían. Cada semana llegaban nuevos; él los recibía con solemnes saludos, les ayudaba a asociarse con los que ya estaban en residencia, y con el tiempo, presidía su Ida. Y él se quedaba. ¿Por qué? Ciertamente no por miedo a morir. ¿Por qué, entonces, hacía una carrera profesional de su Ida?

Posiblemente para poder tener el prestigio de ser el héroe de su tiempo, representante de la noble renuncia, practicante de la partida gozosa. Muchas palabras fáciles sobre el hecho de hacer girar la rueda y de crear un lugar para los que vienen: un Sydney Cartón del siglo XXI, de pie junto a la guillotina y alabando la parte que él hará mucho mejor, sólo que ahora encuentra que le gusta tanto el papel que se olvida de arrodillarse y de ofrecer el cuello a la cuchilla.

O quizá sólo está interrumpiendo el aburrimiento de una vida demasiado sosa con una aventura fingida de morir. La gloria de llegar a ser uno de los que Parten, prestando así complejidades interesantes a una existencia estática. Pero con la diversión y no la muerte como propósito real. ¿Sí? Si es así, Henry, vete a casa y compon la ópera; las vacaciones debieran haberse terminado ya. Estuvo a punto de llamar a Bollinger y pedir que le mandaran a casa. Pero luchó contra el impulso. Salir de Omega Prima ahora sería una verdadera cobardía. Él debía al mundo una muerte. Había ocupado este cuerpo bastante tiempo. Se necesitaba su lugar; pronto se Iría. Pronto. Pronto. Pronto.

27

A principios de septiembre llovió cuatro días seguidos, un acontecimiento casi desconocido en esa parte de Arizona. La señorita Elliot dijo que los indios Hopi, bailando sus bailes de serpiente en la meseta, lejos, al norte, se habían excedido este año y habían mandado nubes de lluvia por todo el Estado. Staunt, con horror del personal, salió todos los días a quedarse bajo la lluvia, dejando que las frescas gotas le mojaran la fina bata y mirando lo rápidamente que penetraba el agua en la roja tierra sedienta.

-Usted va a coger un catarro de muerte -le dijo el señor Falkenbridge firmemente. Staunt se rió.

Pidió otra copia impresa con amplios márgenes de *La nueva posada* e intentó esbozar la escena de apertura. No le vino nada. No pudo encontrar la línea vocal conveniente, ni tampoco pudo captar de nuevo el extraño color de la anterior aria. Los tonos y las texturas de Ben Jonson se habían escapado de su mente. Abandonó el proyecto sin pesar.

Hubo tres ceremonias de Despedida en ocho días. Staunt asistió a todas y habló en dos.

Arbitrariamente, escogió el 19 de septiembre como el día de su propia

Ida. Pero no le contó a nadie su decisión y el 19 de septiembre vino y pasó, dejando a Staunt inalterado.

Al fin del mes le dijo a Martín Bollinger:

-Soy un impostor. No me he movido ni un centímetro más cerca de la Ida en todo el tiempo que llevo aquí. Nunca siquiera he querido Irme. Todavía quiero vivir, ver y hacer cosas, tener experiencias. Vine aquí por desesperación, porque estaba estancado, aburrido, me hacía falta novedad. Jugar con la muerte, vivir un pequeño libreto del morir. Eso es lo que buscaba. Emociones. Un acontecimiento en una vida sin notables acontecimientos: *Henry Staunt se prepara para Morir.* Os he estado usando a todos como actores en una cínica charada.

Bollinger dijo con calma:

-¿Lo arreglo para que vayas a casa, entonces, Henry?

-No. No. Llámame al Dr. James. Y avisa a mi familia que tendrá lugar mi ceremonia de Despedida de hoy en ocho días. Es hora de que me Vaya.

-Pero si todavía quieres vivir…

-Y ¿qué hora mejor que ésta para Ir? -preguntó Staunt.

28

Todos estaban allí, alrededor de él. Paul había venido, y Crystal, también, de regreso de la Luna y aparentemente débil, y todos los nietos y bisnietos, y los amigos, los directores y los compositores más jóvenes, y algunos críticos; más de cien personas en total, todos vinieron a despedirle. Staunt, no drogado pero ya empezando a ascender, había pasado distante entre ellos, dándoles las gracias por asistir a su fiesta de Despedida, dándoles la bienvenida a su ceremonia de adiós. Estaba asombrado de ver su propia calma. Sentado ahora sobre el trono de honor, escuchaba las oraciones finales y aguantaba sin chistar una miscelánea de sus composiciones más famosas, evidentemente montadas de prisa por alguien inexperto en tales cosas. Martín Bollinger, que hacía el elogio principal, citaba mucho a Hallam: «Con demasiada frecuencia nos engañamos al pensar que estamos verdaderamente preparados, cuando de hecho no hemos llegado siquiera a la preparación, y escogemos Irnos por motivos indignos o superficiales. ¡Qué trágico es llegar al verdadero momento de la Despedida y darse cuenta de que se ha engañado, que los motivos son falsos, que realmente no se está, ni en lo más mínimo, preparado para Ir!»

Qué verdad, se dijo Staunt. Y también, qué falso. Porque aquí estoy preparado para Ir y ni en lo más mínimo preparado, y en mi falta de preparación yace mi preparación.

Bollinger terminó lo que tenía que decir, y uno de los que Partían, un hombre llamado Bradford que había venido a Omega Prima en agosto, empezó a farfullar el discurso final de costumbre. Tartamudeó y tosió y perdió el hilo de sus palabras, porque tenía ciento cuarenta años y aguardaba su propia Ida la semana próxima, pero de alguna manera llegó al fin. Staunt, sin prestarle mucha atención, sonreía radiante hacia los hijos y la horda de descendientes, admiradores, médicos. Entendía ahora por qué casi siempre los que Partían parecían remotos a su propia ceremonia de

Despedida: el zumbido monótono de los discursos les lanzaba temprano hacia las riberas del paraíso.

Y luego sirvieron los refrescos y ya estaban a punto de llevarle rodando hacia el cuarto más profundo. Y Staunt dijo:

-¿Puedo hablar también?

Le miraron, asombrados, con miedo, evidentemente temiendo que estropeara la armonía del acto con esta inoportuna intrusión desacostumbrada. Pero no se lo pudieron negar. Había hecho tantos elogios para otros. Y ahora hablaría para él mismo.

En voz baja Staunt dijo, obligándoles a hacer un esfuerzo para escucharle:

-Yo acepto la idea de la rueda que gira y con mucho gusto cedo mi lugar a los que están por venir. Pero dejadme deciros que no es ésta una Ida corriente. Sabéis que cuando vine aquí suponía que estaba cansado del mundo y listo para Irme, pero todavía me quedé, me contuve en el mismo borde, me demoré, fingí. Incluso -Martín lo sabe- empecé otra ópera. Me dijeron que podía volver a casa y yo me negué. Perdón, Hallam, pero me negué. Porque tu manera de Ir no es la única. Como la vida todavía me parece dulce, yo la entrego hoy. Y así tengo mi placer final: aquél de renunciar a la única cosa que me queda que vale la pena de ser guardada.

Todos susurraban. Miraban boquiabiertos.

He dicho todo mal, pensó. Les he estropeado el día. Pero, ¿de quién es la Ida ésta? ¿Por qué voy a preocuparme de ellos?

Martín Bollinger, inclinándose sobre él, murmuró:

-Todavía no es demasiado tarde, Henry. Podemos pararlo todo ahora mismo.

-La tentación final -dijo Staunt-. Y yo la resisto. Baja el telón. Estoy preparado para Ir.

Le llevaron en la silla de ruedas hasta la cámara más profunda. Cuando le ofrecieron la taza, la agarró, guiñó el ojo a Martín Bollinger, y la vació de un solo trago.